

Katherine Rundell



*Sophie*  
en los  
cielos de Paris



salamandra

Katherine Rundell

*Sophie*  
*en los*  
*cielos de Paris*



# Contenido

Portada  
Contenido  
Dedicatoria

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26

27

28

29

30

31

Créditos

*A mi hermano, con amor*



# 1

Una mañana, apareció un bebé flotando dentro de un estuche de violonchelo en pleno canal de la Mancha. Cumplía un año ese mismo día.

Era el único ser vivo en millas a la redonda. Sólo se lo veía a él, algunas sillas y la proa de un barco hundiéndose en el océano. La música del comedor del buque era tan buena y el volumen tan alto que nadie había reparado en el agua que encharcaba la moqueta. Los violines siguieron sonando, sin hacer caso de los primeros gritos. A veces, algún pasajero chillaba al compás de un do agudo.

Al bebé lo encontraron envuelto en la partitura de una sinfonía de Beethoven para protegerlo del frío. Se había alejado casi una milla del barco y fue el último al que rescataron. El hombre que lo subió al bote salvavidas era otro de los pasajeros: un erudito. Es cosa de eruditos reparar en los detalles, y éste advirtió que se trataba de una niña, con un pelo rubio del color de los relámpagos y la sonrisa de una persona tímida.

Imaginad la voz de la noche. O imaginad cómo hablaría la luz de la luna. O imaginad la tinta, si la tinta tuviera cuerdas vocales. Dadle a todo esto un estilizado rostro aristocrático de cejas prominentes y añadidle piernas y brazos largos, y tendréis lo que vio la pequeña cuando el hombre la sacó de su estuche de violonchelo para ponerla a salvo. Se llamaba Charles Maxim y, mientras la sostenía con sus enormes manos —algo separada del cuerpo, como si fuera una maceta que goteaba—, decidió que se la quedaría.

Era casi seguro que el bebé tenía un año. Lo supieron por la escarapela roja que llevaba prendida a la ropa. En ella se leía: «¡1!».

—O tiene un año —dijo Charles Maxim—, o ha quedado primera en alguna competición. Y yo creo que los bebés no practican deportes competitivos. ¿Deberíamos, en consecuencia, suponer que se trata de lo primero?

La niña le agarró la oreja con sus dedos sucios.

—Feliz cumpleaños, pequeña —le deseó él.

Charles no sólo le dio una fecha de cumpleaños al bebé, sino también un nombre. Ese mismo día, aprovechando que nadie podía oponerse, eligió llamarla Sophie.

—Tu día ya ha sido lo bastante dramático e insólito, pequeña —dijo—. Lo mejor será elegir un nombre lo más corriente posible. Puedes llamarte Mary, Betty o Sophie. A lo sumo, Mildred. Tú eliges.

Sophie sonrió cuando su salvador dijo «Sophie», así que se quedó con ese nombre. Entonces Charles cogió su abrigo, la envolvió en él y se la llevó a casa en un carruaje. Llovía un poco, pero a ninguno de los dos le importó. Charles no solía reparar en el tiempo, y Sophie ya había sobrevivido a un montón de agua ese día.

Charles en realidad no había conocido a ningún niño hasta entonces, y así se lo confesó a Sophie mientras iban camino de su casa:

—Me temo que me entiendo mejor con los libros que con las personas. Es tan fácil llevarse bien con los libros...

Pasaron cuatro horas metidos en el carruaje. Charles se sentó a Sophie en la punta de las rodillas y le habló de sí mismo como si la acabara de conocer tomando el té. Tenía treinta y seis años y medía un metro noventa. Hablaba inglés con las personas, francés con los gatos y latín con los pájaros. Una vez, había estado a punto de matarse por tratar de leer y montar a caballo al mismo tiempo.

—Pero ahora que estás conmigo seré más cuidadoso, pequeña niña chelo —dijo.

La casa de Charles era bonita pero poco segura: estaba llena de escaleras, suelos de madera resbaladizos y esquinas puntiagudas.

—Compraré sillas más pequeñas —dijo—. ¡Y cubriremos todos los suelos con alfombras rojas bien tupidas! Aunque no sé dónde conseguirlas. Supongo que tú tampoco lo sabrás, ¿no, Sophie?

Como era de esperar, Sophie no contestó. Era demasiado pequeña para hablar y, además, se había quedado dormida.

Se despertó cuando se detuvieron en una calle que olía a árboles y a boñiga de caballo. Sophie se enamoró de la casa al instante. Los ladrillos estaban pintados del blanco más deslumbrante de todo Londres: incluso brillaban en la oscuridad. El sótano servía para almacenar el exceso de libros y cuadros y dar cobijo a varias especies de arañas, y del tejado se habían apropiado los pájaros. Charles vivía en el espacio que quedaba en medio.



Una vez en casa, y después de un baño caliente delante de la estufa, Sophie tenía un aspecto pálido y frágil. Charles no sabía que los bebés fueran tan increíblemente diminutos. Sophie parecía muy pequeña entre sus brazos. Casi se sintió aliviado cuando llamaron a la puerta. Dejó a la niña en una silla con mucho cuidado, sentada encima de una obra de Shakespeare que le servía de alizador, y después subió los escalones de dos en dos.

Volvió acompañado de una mujer corpulenta de pelo gris. Las páginas de *Hamlet* estaban un poco mojadas y Sophie parecía avergonzada. Charles la cogió en brazos. Dudó entre dejarla en el paragüero del rincón o encima de la estufa, pero acabó metiéndola en el fregadero. Le sonrió, y sus cejas y ojos reflejaron su felicidad.

—Por favor, no te preocupes —le dijo—. Todos tenemos accidentes, Sophie. —Luego miró a la mujer y le hizo una pequeña reverencia—. Permítame que las presente: Sophie, ésta es la señorita Eliot, de la Agencia Nacional de Protección de Menores. Señorita Eliot, ésta es Sophie, del océano.

La mujer suspiró. Desde donde estaba Sophie, dentro del fregadero, sonó a suspiro oficial. A continuación, frunció el ceño y sacó ropa limpia de un paquete.

—Démela.

Charles le quitó la ropa de las manos.

—Yo he sacado a esta niña del mar, señora. —Sophie los observaba con atención—. No tiene a nadie que la cuide, de modo que, me guste o no, soy responsable de ella.

—Por ahora.

—¿Disculpe?

—La niña está bajo su «tutela», pero no es hija suya. —La señorita Eliot era una de esas mujeres que hablan entre comillas. Se podía apostar a que su pasatiempo era organizar la vida de la gente—. Esta situación es temporal.

—Lamento discrepar —dijo Charles—. Pero ya lo discutiremos luego, la niña tiene frío. —Le dio el pelele a Sophie, quien se lo llevó a la boca. Charles le quitó la prenda y la vistió. Luego la levantó como si quisiera adivinar su peso en una feria y la observó de cerca—. ¿Lo ve? Parece un bebé muy inteligente. —Constató que Sophie tenía los dedos largos, delgados y habilidosos—. Y es muy rubia, como un relámpago. ¿No le parece irresistible?

—Tendré que pasarme por aquí de vez en cuando para asegurarme de que está bien, y a mí no me sobra el tiempo, señor Maxim. «Un hombre no puede hacer estas cosas solo.»

—Claro, venga cuando quiera, por favor —respondió Charles. Y luego añadió, como si no pudiera callárselo—: ... si de verdad le resulta imposible evitarlo. Me esforzaré por ser agradecido, pero esta niña es mi responsabilidad. ¿Lo comprende?

—Pero ¡es una «niña»! ¡Y usted es un «hombre»!

—Tiene una capacidad de observación extraordinaria —dijo Charles—. Su oftalmólogo debe de estar muy orgulloso de usted.

—¿Qué piensa «hacer» con ella?

Charles parecía desconcertado.

—Quererla. Según la poesía que he leído, con eso debería bastar. — Charles le dio una manzana roja a Sophie; luego se la quitó y se la frotó contra la manga hasta que se vio reflejado en ella. Y añadió—: Por muy oscuros y misteriosos que sean los secretos de la puericultura, estoy seguro de que no son impenetrables.

Se sentó a la niña en las rodillas, le dio la manzana y empezó a leerle en voz alta *El sueño de una noche de verano*.

Quizá no fuera el principio perfecto para una nueva vida, pero tenía su potencial.

## 2

En las oficinas de la Agencia Nacional de Protección de Menores de Westminster había un armario, y dentro de ese armario se guardaba un archivador rojo con una etiqueta que decía: «Tutores: evaluación de personalidad». En el archivador rojo había una carpeta azul más pequeña, etiquetada «Maxim, Charles». Y dentro se podía leer: «C. P. Maxim es un lector empedernido, como cabe esperar de un erudito; también parece generoso, torpe y trabajador. Es atípicamente alto, pero los informes médicos aseguran que goza de buena salud. Está obstinadamente convencido de que puede cuidar de una niña.»

Quizá ese tipo de cosas fueran contagiosas, porque Sophie se convirtió en una lectora empedernida, alta, generosa y torpe. Cuando cumplió los siete años, tenía las piernas tan largas y delgadas como paraguas de golf y una buena colección de obstinadas certezas.

El día de su séptimo cumpleaños, Charles le preparó un pastel de chocolate. No le salió bien del todo, porque se hundió por el centro, pero Sophie afirmó con convicción que éstos eran sus pasteles preferidos.

—El hueco deja más espacio para el glaseado —dijo—. Y a mí me gusta ponerle una montaña de glaseado *exarejada*.

—Me alegro mucho de saberlo —respondió Charles—. Aunque me parece que esa palabra se suele pronunciar «exagerada». Feliz probable séptimo cumpleaños, cariño. ¿Qué tal si lo celebramos con un poquito de Shakespeare?

Como Sophie acostumbraba a romper muchos platos, se estaban comiendo el pastel encima de las cubiertas de *El sueño de una noche de verano*. Charles frotó el libro con la manga y lo abrió por la mitad.

—¿Me lees algo de Titania? —sugirió.

Sophie puso mala cara.

—Prefiero ser Puck.

Intentó leer algunas frases, pero iba muy despacio. Sophie esperó a que

Charles mirase hacia otra parte, dejó caer el libro al suelo e hizo el pino encima de él.

Charles se rió.

—¡Bravo! —aplaudió, golpeando la mesa con la mano—. Tienes madera de elfo.

Sophie se cayó contra la mesa de la cocina, se levantó y lo volvió a intentar apoyándose en la puerta.

—¡Fantástico! Estás mejorando. Ya te sale casi perfecto.

—¿Sólo casi? —Sophie, que seguía cabeza abajo, lo miró de reojo y se bamboleó. Le empezaban a arder los ojos, pero no se movió—. ¿Es que no tengo las piernas rectas?

—Casi. Tienes la rodilla izquierda un poco descolocada. Pero ningún ser humano es perfecto; el último fue Shakespeare.

Sophie volvió a pensar en eso más tarde, cuando ya estaba en la cama. Charles había dicho que ningún ser humano era perfecto, pero se equivocaba. Él era perfecto. Tenía el pelo del mismo color que el pasamanos y los ojos llenos de magia. Su padre le había dejado en herencia la casa y toda su ropa. En su día fueron preciosas y llamativas prendas de pura seda de las mejores tiendas de la calle Savile Row, pero en la actualidad eran cincuenta por ciento seda y cincuenta por ciento agujero. Charles no tenía instrumentos musicales, pero le cantaba; y cuando Sophie no estaba con él, cantaba a los pájaros y a las cochinillas que invadían la cocina de vez en cuando. Su voz tenía el timbre perfecto. Escucharlo era como volar.

Algunas veces, en mitad de la noche, Sophie soñaba con el naufragio y la invadía una intensa necesidad de encaramarse a cualquier cosa. Sólo así se sentía segura. Charles la dejaba dormir encima del armario y él se acostaba justo debajo, por si acaso.

Sophie no comprendía a Charles del todo. Éste comía poco, apenas dormía y no sonreía tan a menudo como otras personas. Pero él tenía amabilidad en la yema de los dedos y bondad donde los demás tenían pulmones. Si alguna vez chocaba contra una farola cuando iba leyendo y caminando al mismo tiempo, se disculpaba y se aseguraba de que la farola no hubiese sufrido ningún daño.

La señorita Eliot los visitaba una mañana a la semana para «resolver

cualquier contratiempo». (Sophie le podría haber preguntado a qué clase de contratiempos se refería, pero pronto aprendió a guardar silencio.) La señorita Eliot examinaba aquella casa con las esquinas descascarilladas y la despensa vacía y plagada de arañas, y negaba con la cabeza.

—¿Qué «comes»?

A decir verdad, en casa de Sophie la comida era más interesante que en las de sus amigos. A veces, Charles se olvidaba de comprar carne durante meses. Los platos limpios parecían romperse por sí solos en presencia de la niña, así que Charles servía las patatas laminadas al horno sobre atlas del mundo abiertos por el mapa de Hungría. En realidad, a él le encantaría vivir a base de galletas y té, y un poco de whisky antes de irse a dormir. Cuando Sophie aprendió a leer, Charles guardaba el whisky en una botella etiquetada como «orín de gato» para que la niña no la tocara. Pero ella destapó la botella, le dio un sorbo y luego olisqueó al gato del vecino. No se parecían en nada, pero eran igual de desagradables.

—Comemos pan —dijo Sophie—. Y pescado en conserva.

—¿Que coméis «qué»? —preguntó la señorita Eliot.

—Me encanta el pescado en conserva —afirmó Sophie—. Y comemos jamón.

—¿Ah, sí? Nunca he visto una sola loncha de jamón en esta casa.

—¡Cada día! Bueno... —añadió, porque Sophie era más sincera de lo que resultaba conveniente—, más bien de vez en cuando. Y queso. Y manzanas. Y me tomo medio litro de leche para desayunar.

—Pero ¿cómo puede ser que Charles te deje «vivir» así? No creo que esta clase de vida sea buena para una niña. No es «correcto».

En realidad se las apañaban muy bien, pero la señorita Eliot nunca llegó a comprenderlo. Sophie creía que cuando la señorita Eliot decía «correcto» quería decir «pulcro». Charles y ella no llevaban una vida muy pulcra, pero a Sophie no le parecía que la pulcritud fuera necesaria para ser feliz.

—Verá, señorita Eliot, la verdad es que yo tengo una de esas caras que nunca parecen limpias del todo —explicó Sophie—. Charles dice que tengo la mirada desaliñada. Es por las manchas, ¿sabe?

Sophie tenía la piel muy pálida y cuando hacía frío le salían manchas. Y no recordaba haber tenido nunca el pelo desenredado. Pero a ella no le importaba, porque cuando recordaba a su madre veía el mismo pelo y la misma piel, y estaba convencida de que ella era preciosa. De que olía a aire

fresco y a hollín y de que llevaba pantalones con parches en los tobillos.

De hecho, puede que todos los problemas empezaran con los pantalones. Cuando Sophie tenía casi ocho años, le pidió unos pantalones a Charles.

—¿Pantalones? ¿No es una prenda más bien insólita para una mujer?

—No —contestó Sophie—. A mí no me lo parece. Mi madre lleva pantalones.

—Los llevaba, pequeña Sophie.

—Los lleva. De color negro. Pero yo quiero que los míos sean rojos.

—Ejem... ¿Y no prefieres una falda? —Parecía preocupado.

Sophie puso mala cara.

—No. Quiero unos pantalones, por favor.

En las tiendas no tenían ningún pantalón que le sentara bien. Sólo le servían los cortos de color gris que llevaban los niños.

—¡Cielo santo! —exclamó Charles—. Pareces una clase de matemáticas.

Charles decidió hacérselos él mismo y le cosió cuatro pares en tela de algodón de colores vivos. Una vez acabados, se los dio envueltos en papel de periódico. Uno de ellos tenía una pernera más larga que la otra. A Sophie le encantaron, pero la señorita Eliot estaba escandalizada.

—Las «chicas» no llevan pantalones —dijo.

Sophie insistía:

—Mi madre llevaba pantalones. Estoy segura. Cuando tocaba el violonchelo marcaba el compás con ellos puestos.

—Eso es imposible —dijo la señorita Eliot. Siempre era la misma historia—. Las mujeres no tocan el violonchelo, Sophie. Y tú eras «demasiado» pequeña para acordarte. No seas mentirosa.

—Pero es verdad. Llevaba unos pantalones negros con las rodillas desgastadas y zapatos negros. Me acuerdo perfectamente.

—Son imaginaciones tuyas, querida. —La voz de la señorita Eliot era como un portazo.

—Se lo juro. No me lo estoy imaginando.

—Sophie...

—¡No!

Sophie no añadió «vieja bruja con cara de patata», aunque se moría de ganas. Pero había un problema: era imposible vivir con Charles y no ser respetuoso hasta la médula. Para Sophie, ser grosera era como llevar la ropa interior sucia y, sin embargo, le costaba mucho ser educada cuando la gente

hablaba de su madre. Todos estaban convencidos de que ella se lo inventaba; ella estaba convencida de que todos se equivocaban.

—¡Carasapo! —susurró Sophie—. ¡Amargada! Claro que me acuerdo. — Se sintió un poco mejor.

Lo cierto era que Sophie se acordaba muy bien de su madre. No recordaba ningún padre, pero sí un torbellino de pelo y dos piernas enfundadas en tela, marcando el ritmo de una música maravillosa, cosa que habría sido imposible si hubiese llevado una falda.

Sophie también estaba segura de recordar, con total claridad, haber visto a su madre aferrada a una puerta que flotaba en medio del canal.

Todo el mundo decía que un bebé es demasiado pequeño para acordarse de esas cosas. No hacían más que repetirle: «Sólo recuerdas lo que te gustaría que fuera cierto.» Estaba cansada de oír siempre lo mismo. Pero Sophie recordaba haber visto a su madre pedir ayuda levantando el brazo. También la había oído silbar, y los silbidos tienen un sonido inconfundible. No le importaba, pues, lo que dijera la policía: ella sabía que su madre no se había ahogado dentro del barco. Y lo defendía con obstinada convicción.

Cada noche, la pequeña musitaba en la oscuridad: «Mi madre sigue viva y algún día vendrá a buscarme.»

—Vendrá a buscarme —le dijo a Charles.

Pero él negaba con la cabeza.

—Eso es casi imposible, cariño.

—«Casi imposible» significa que aún es posible. —Sophie intentó ponerse bien recta y hablar como una adulta; la gente confiaba más en las personas altas—. Y tú siempre dices que nunca hay que ignorar una posibilidad.

—Pero, pequeña, eso es tan absolutamente improbable que no vale la pena vivir con esa esperanza. Sería como intentar construir una casa sobre el dorso de una libélula.

—Vendrá a buscarme —le dijo Sophie a la señorita Eliot.

Ésta era más directa que Charles.

—Tu madre está muerta. No sobrevivió ninguna mujer —respondió—. No deberías hacerte ilusiones.

A veces, a los adultos de la vida de Sophie les costaba distinguir entre «hacerse ilusiones» y «estar en lo cierto pero que nadie te crea». Sophie notó



que se acaloraba.

—Vendrá —afirmó—. Y si no viene, iré yo a buscarla.

—No, Sophie. El mundo no funciona así.

La señorita Eliot estaba convencida de que Sophie se equivocaba, pero también creía que el punto de cruz era «vital» y que Charles era «imposible», lo cual demostraba que los adultos no siempre tenían razón.

Un día, Sophie encontró un poco de pintura roja y escribió en la fachada blanca de la casa el nombre del barco —*Queen Mary*—, y la fecha de la tormenta, por si acaso su madre pasaba por allí.

Cuando Charles vio lo que estaba haciendo, en su cara apareció una expresión tan complicada que Sophie prefirió no mirarlo. Sin embargo, la ayudó a alcanzar las partes más altas y a limpiar las brochas cuando hubo terminado.

—Es una de esas cosas que se hacen por si acaso —le explicó Charles a la señorita Eliot.

—Pero está...

—Está haciendo lo que yo le he dicho.

—¿Le ha dicho que estropee así su propia casa?

—No. Le he dicho que no debe ignorar las posibilidades de la vida.

### 3

A la señorita Eliot no le gustaba Charles, ni tampoco Sophie. Detestaba que él fuera tan manirroto con el dinero y que cenaran tan tarde.

Detestaba la expresión observadora y atenta de Sophie.

—¡No es natural en una niña tan pequeña!

Odiaba la costumbre que tenían de escribirse notas en el papel pintado del recibidor.

—¡No es normal! —dijo, mientras garabateaba en su libreta—. ¡No es saludable!

—Todo lo contrario —le replicó Charles—. Cuantas más palabras existan en una casa, mejor, señorita Eliot.

La señorita Eliot también detestaba las manos de Charles, siempre manchadas de tinta, y el ala deformada de su sombrero. Y desaprobaba la ropa que llevaba Sophie.

A Charles no se le daban bien las compras. Una vez se pasó el día desconcertado, plantado en medio de Bond Street, y volvió con un paquete de camisas para niño. La señorita Eliot estaba furiosa.

—No puede dejar que se ponga eso —dijo—. La gente creerá que está loca.

Sophie se miró. Tocó la tela con el dedo. A ella le parecía muy normal; todavía un poco acartonada de la tienda, pero por lo demás estaba bien.

—¿Cómo sabe que no es una camisa de chica? —preguntó.

—En las camisas de chico, la parte izquierda queda encima al abrocharlas. En las blusas, y, por favor, toma nota de que la palabra correcta es «blusa», queda encima la derecha. Me sorprende que no lo sepas.

Charles bajó el periódico tras el que se había ocultado.

—¿Le sorprende que no sepa nada sobre botones? Los botones no suelen tener mucho protagonismo en los asuntos internacionales.

—¿Disculpe?

—Quiero decir que la niña sabe las cosas importantes. No todas, claro,

todavía es pequeña. Sin embargo sabe muchas.

La señorita Eliot resopló.

—Discúlpeme; puede que sea anticuada, pero yo creo que los botones «sí» son importantes.

—Sophie se sabe todas las capitales de todos los países del mundo —dijo Charles.

Sophie, que estaba de pie en la entrada, susurró:

—Casi todas.

—Sabe leer y dibujar. Sabe cuál es la diferencia entre una tortuga marina y una de tierra. Sabe distinguir los árboles y cómo trepar a ellos. Justo esta mañana me estaba diciendo cuál es el sustantivo colectivo de «cerdo».

—Una piara —dijo Sophie—. Es una piara de cerdos.

—Y silba. Habría que ser extraordinariamente tonto para no darse cuenta de que la forma de silbar de Sophie es poco corriente. Extraordinariamente tonto o sordo.

Fue como si Charles no hubiera dicho ni una sola palabra. La señorita Eliot lo ignoró con un simple gesto de los dedos.

—Necesitaré camisas nuevas, por favor, señor Maxim. Camisas de «mujer». ¡Y, por Dios, esos pantalones...!

Sophie no le veía ningún problema. Los pantalones sólo eran faldas con una costura de más.

—Los necesito —dijo—. Por favor, deje que me los quede. No se puede trepar a los árboles con falda. Bueno, sí que podría, pero entonces todo el mundo me vería las bragas, y eso sería peor, ¿no?

La señorita Eliot frunció el ceño. No era la clase de persona que admitía llevar bragas.

—Lo dejaremos pasar por ahora. Todavía eres una niña. Pero esto no puede seguir siempre así.

—¿Qué? ¿Por qué no? —Sophie tocó la estantería con los dedos para que le diera suerte—. Sí que puede. ¿Por qué no puede seguir así?

—Claro que no. Inglaterra no es un buen sitio para mujeres silvestres.

Lo que más disgustaba a la señorita Eliot era que Charles se empeñara en hacer salidas inesperadas con Sophie. Decía que Londres era sucia y que la niña se contagiaría de sus gérmenes y sus malas costumbres.

El día del probable noveno cumpleaños de Sophie, Charles la subió a una silla y le limpió los zapatos mientras ella se comía una tostada con una mano

y leía un libro que sostenía en la otra. Pasaba las páginas con los dientes. Era una técnica satisfactoria, aunque las esquinas del papel quedaran llenas de migas y saliva.

Estaban a punto de salir de casa para ir al auditorio cuando la señorita Eliot entró como un huracán.

—¡No puede llevársela así! ¡Está muy sucia! Y pon la espalda recta, Sophie.

Charles observó la cabeza de la niña con interés.

—¿Ah, sí?

—¡Señor Maxim! —casi aulló la señorita Eliot—. ¡La niña tiene toda la cabeza llena de mermelada!

—Así es. —Charles miró a la señorita Eliot con amable desconcierto—. ¿Acaso importa?

Entonces, cuando vio que la señorita Eliot alargaba la mano hacia su libreta, cogió un trapo y limpió a Sophie con tanta delicadeza como si fuera un lienzo.

La señorita Eliot resopló.

—También tiene un poco en la manga.

—Ya se lo acabará de limpiar la lluvia, ¿no? Es su cumpleaños.

—¡La suciedad no entiende de cumpleaños! No la lleva usted al zoológico.

—Ya la entiendo. ¿Preferiría que la llevara al zoo? —Charles ladeó la cabeza. Sophie pensó que parecía una pantera con muy buenos modales—. Quizá aún estemos a tiempo de cambiar las entradas.

—¡No me refería a eso! Lo va a dejar en ridículo. A mí me daría vergüenza que me vieran con ella.

Charles miró a la señorita Eliot. Ésta fue la primera en bajar la mirada.

—Le brillan los zapatos y los ojos —dijo Charles—. Es más que suficiente pulcritud. —Le dio las entradas a Sophie para que las sostuviera—. Feliz cumpleaños, pequeña.

Le dio un beso en la frente —su beso anual, el único, siempre por su cumpleaños—, y la ayudó a bajar de la silla.

Sophie sabía que había muchas formas de ayudar a alguien a bajar de una silla. Era un gesto muy revelador. La señorita Eliot, por ejemplo, la habría empujado con un cucharón de madera. Charles lo hizo con cuidado, con las yemas de los dedos, como si estuvieran bailando; y luego fue silbando la sección de cuerda de *Così fan tutte* durante todo el camino.

—¡Música, Sophie! La música es alocada y maravillosa.

—¡Sí!

Charles había mantenido en secreto los planes para su cumpleaños, pero su excitación era contagiosa. La niña brincaba a su lado.

—¿Qué clase de música será?

—Clásica, Sophie. —La felicidad le iluminaba la cara y tenía un tic en la punta de los dedos—. Una música inteligente y complicada.

—Ah. Qué... bien. —A Sophie no se le daba bien mentir—. Será genial.

Pensó que habría preferido ir al zoológico. Ella apenas había escuchado música clásica, y no le habría importado seguir así. A Sophie le gustaban las canciones folk y los ritmos que se podían bailar; imaginaba que habría muy pocos niños con nueve años recién cumplidos que pudieran decir que les gustaba la música clásica sin mentir un poco.

Desde su punto de vista, la actuación no empezó de un modo muy prometedor. La pieza de piano era larga. El pianista llevaba bigote y ponía la clase de caras que Sophie asociaba con un picor muy intenso.

—¿Charles?

Miró a Charles y vio que tenía los labios un tanto separados y curvados hacia arriba en una expresión de atenta felicidad.

—¿Charles?

—¿Sí, Sophie? Y deberías intentar susurrar.

—¿Cuánto dura esto? No es que no sea maravilloso —Sophie cruzó los dedos por detrás de la espalda—, es... por saberlo.

—Me temo que sólo una hora, pequeña. Podría pasarme la vida en esta butaca, ¿tú no?

—Ah. ¿Una hora?

Intentó estarse quieta, pero era difícil. Se chupaba la punta de la trenza. Encogía y estiraba los dedos de los pies. Intentó no morderse la uña del pulgar, pero no lo consiguió. Estaba a punto de quedarse dormida cuando tres violines, un chelo y una viola aparecieron en el escenario, acompañados por sus músicos.

Cuando empezaron a tocar, la música sonó diferente. Más melodiosa y apasionada. Sophie se sentó bien y se inclinó hacia delante hasta que sólo un centímetro de su trasero estuvo en contacto con el asiento. Era tan hermoso que le costaba respirar. Pensó que si la música pudiera brillar, aquélla brillaría. Era como si todas las voces de todos los coros de la ciudad

entonaran una única melodía. Sentía una hinchazón extraña en el pecho.

—¡Es igual que ocho mil pájaros, Charles! ¡Charles! ¿A que es igual que ocho mil pájaros?

—¡Sí! Pero calla, Sophie.

La melodía se aceleró y el pulso de Sophie se acompasó al ritmo creciente. Le resultaba conocida y nueva al mismo tiempo. Le tiraba de los pies y de los dedos de las manos.

No podía dejar de mover las piernas. Se puso de rodillas sobre la butaca. Al poco, arriesgó un susurro:

—¡Charles! ¡Escucha! ¡El chelo canta, Charles!

Cuando cesó la música, Sophie siguió aplaudiendo incluso cuando el resto del público había dejado de hacerlo, hasta que tuvo las manos ardiendo y llenas de manchas rojas. Aplaudió tanto que todo el mundo se quedó mirando a la niña del pelo del color de los relámpagos con una carrera en las medias que iluminaba toda la segunda fila con sus ojos y sus zapatos.

Había algo en aquella música que a Sophie le resultaba familiar.

—Es como estar en casa —le dijo a Charles—. ¿Entiendes lo que quiero decir? Es como una bocanada de aire fresco.

—¿Ah, sí? Entonces creo que tendremos que conseguirte un chelo —sentenció Charles.

El chelo que compraron era pequeño, pero seguía siendo demasiado grande para que pudiera tocarlo con comodidad dentro de su habitación. Charles destrabó la claraboya del desván y, los días que no llovía, Sophie subía por allí al tejado y tocaba entre las hojas secas y las palomas.

Cuando la música sonaba bien, absorbía toda la desazón y la inquietud del mundo y lo dejaba brillante. Cuando Sophie se estiraba, parpadeaba y dejaba su arco varias horas después, se sentía más fuerte y más valiente. Pensaba que era como haber comido nata y luz de luna. Cuando el ensayo iba mal, era sólo una tarea, como lavarse los dientes. Sophie había calculado que los días buenos y los malos se dividían en mitad y mitad. Valía la pena.

En el tejado nadie la molestaba. Estaba hecho de losas planas de pizarra gris y tenía una balaustrada de piedra en el borde que a Sophie le llegaba por la barbilla. Las personas que miraran hacia arriba desde la calle sólo podrían ver una mata de pelo brillante y un codo flexionado.

—Adoro el cielo —dijo una noche sin pensar, mientras cenaban. Se mordió la lengua; las otras niñas se reían cuando decía esa clase de cosas.

En cambio, Charles se limitó a servirle una porción de pastel de cerdo sobre la Biblia y asintió.

—Me alegro —dijo. Añadió una cucharada de mostaza y le acercó el libro a Sophie—. Hay que ser muy tonto para no adorar el cielo.

Sophie había aprendido a trepar casi al mismo tiempo que a andar. Comenzó con los árboles, que eran la ruta más rápida hacia el cielo. Charles la acompañaba. No era la clase de hombre dado a decir que no o a pedirle que se agarrase más fuerte. Se quedaba abajo y le gritaba:

—¡Más arriba, Sophie! ¡Sí, bravo! ¡No te pierdas los pájaros! ¡Los pájaros se ven magníficos desde abajo!



## 4

El estuche de chelo original, el bote salvavidas de Sophie, lo guardaban a los pies de su cama. Para su undécimo cumpleaños, Charles le lijó el moho y compró un poco de pintura.

—¿De qué color? —preguntó.

—Rojo. El rojo es lo opuesto a los colores del mar.

A Sophie le costaba apreciar el mar.

Charles pintó el estuche de chelo del rojo más brillante que encontró y le puso un cierre. La niña guardaba allí sus tesoros y los tentempiés nocturnos. Sólo lo abría en ocasiones especiales o cuando tenía alguna de sus oscuras pesadillas marinas.

Si Sophie hubiera sabido lo importante que llegaría a ser el estuche del chelo, probablemente no habría guardado allí la miel, que siempre acababa goteando. Pero no lo sabía. Charles siempre decía que era imposible saberlo todo.

Charles le advirtió que no se encariñara mucho con el estuche del chelo.

—Procura no equivocarte con las cosas que atesoras —le dijo—. No podemos saber si es legítimamente tuyo, Sophie. Quizá no puedas quedártelo; alguien podría reclamarlo.

—¡Sí, ya lo sé! —Sophie sonrió—. Alguien lo reclamará. Mi madre. Cuando venga.

Se escupió en la palma de la mano y cruzó los dedos para que le diera suerte. Era como un reflejo: escupía y cruzaba los dedos cien veces cada noche.

—Tal vez el estuche no fuera de tu madre. Tal vez lo cogiera mientras el barco se hundía. Las mujeres no suelen tocar el violonchelo, Sophie. En realidad, yo nunca he oído hablar de ninguna. Es más habitual que toquen el violín.

—No —dijo Sophie—. Era un chelo. Estoy segura. Me acuerdo. Recuerdo sus dedos sobre el arco.

Charles inclinó la cabeza con cortesía, como hacía siempre que discrepaba de algo.

—Recuerdo bien el barco, Sophie. Me acuerdo de la orquesta. Pero no recuerdo a ninguna mujer con un chelo.

—Pero yo sí.

—No, Sophie. La orquesta estaba formada por hombres con bigote y brillantina en el pelo.

—¡Yo me acuerdo, Charles! ¡De verdad!

—Ya lo sé.

Charles tenía una expresión demasiado triste como para mirarlo. Sophie agachó la cabeza y frunció el ceño mientras se observaba los tobillos.

—Pero, cariño, sólo eras un bebé.

—Eso no significa que no me acuerde. La vi, Charles. La vi de verdad. Recuerdo el chelo.

Siempre la misma discusión. Sophie se preguntó qué se podía hacer para que la gente te creyera. Era demasiado lento y demasiado complicado. Era del todo imposible.

—La vi flotando. ¡La vi!

Entonces apretó los puños. Si no hubiera querido tanto a Charles, le habría escupido.

—Y, sin embargo, yo no, pequeña. Yo también estaba allí. —Suspiró con tanta fuerza que su aliento agitó las cortinas—. Ya sé que es duro, Sophie. La vida es muy dura. Dios mío, ¡la vida es lo más duro del mundo! Es algo que la gente debería mencionar más a menudo.

Casi cada noche, Sophie se dedicaba a espiar madres. Apagaba la vela, se sentaba en el alféizar de la ventana con las piernas colgando hacia fuera y observaba el ir y venir de las madres por la calle. Las mejores tenían caras inteligentes. A veces llevaban niños dormidos; bebés rollizos y niños pequeños con las piernas flexionadas en ángulos extraños. A veces cantaban al pasar por debajo de los pies colgantes de Sophie.

Pero esa noche Sophie sacó su cuaderno. Era de piel, y se había vuelto suave de tanto tenerlo debajo de la almohada. Dibujaba en él todos sus cumpleaños.

Como el lápiz estaba despuntado, le mordió la punta para afilarlo. A

continuación cerró los ojos e intentó recordar. Dibujó un par de pantalones negros con las rodillas desgastadas (es muy difícil dibujar unas rodillas desgastadas, pero ella lo hizo lo mejor que pudo), y encima de ellos trazó el torso y la cabeza de una mujer. Le añadió pelo. No tenía lápices de colores, pero se mordió un padraastro y utilizó un poco de sangre para pintarlo de rojo. A continuación colocó el lápiz encima de la cara y vaciló.

—Oh —susurró. Y luego—: Piensa. —Y entonces—: Por favor.

Pero lo que recordaba no era más que un borrón. Al final, Sophie dibujó un árbol mecido por el viento y después unos mechones de pelo que tapaban la cara de la mujer.

Pensó que las madres eran tan necesarias como el aire y el agua. Incluso las de papel eran mejor que nada; incluso las imaginarias. Las madres eran un sitio donde dejar el corazón. Eran una parada de descanso para recuperar el aliento.

Debajo del retrato, Sophie escribió: «mi madre». Todavía le sangraba el dedo y aprovechó para dibujar una flor detrás de la oreja de la mujer y pintarla de rojo.

Cada noche, antes de irse a dormir, Sophie se contaba historias imaginarias en las que su madre volvía a buscarla. Eran largas y por la mañana le costaba recordarlas, pero siempre acababan con un baile. Cuando se acordaba de su madre, siempre recordaba el baile.

Cuando Sophie cumplió doce años ya casi había dejado de romper platos, y los libros habían vuelto de la cocina al estudio. Charles la convocó allí para darle su regalo. Estaba sobre el escritorio y era una torre cuadrada envuelta en papel de periódico.

—¿Qué es?

Tenía el tamaño de un armario botiquín, pero ése parecía un regalo muy improbable incluso para alguien tan poco corriente como Charles.

—Ábrelo.

Sophie arrancó el papel.

—¡Oh!

El aliento se le quedó trabado en algún sitio al intentar salir. Se trataba de una pila de libros, cada uno de ellos encuadernado en piel de un color diferente, tan nueva que brillaba pese a la grisura de la luz de aquel día.

—Hay doce. Uno por cada año.

—Son preciosos. Pero, Charles... ¿no te han costado muy caros?

Parecían cálidos al tacto. Aquella clase de piel no era barata.

Él se encogió de hombros.

—Doce años es la edad perfecta para empezar a coleccionar cosas bonitas. Cada uno de estos libros —dijo— fue uno de mis preferidos.

—¡Gracias! Gracias.

—Las cosas que se leen a tu edad son las que luego se conservan. Los libros son la palanca que te abre las puertas del mundo.

—Son perfectos.

Sophie les dio vueltas. Los olió por dentro. El papel olía a zarzamora y a teteras de estaño.

—Me alegro de que te gusten. Pero si doblas las esquinas de las páginas así, tendré que aporrearte hasta la muerte con *Robinson Crusoe*.

En cuanto acabó de examinar el último (era *Todos los cuentos de los Hermanos Grimm*, y la ilustración de la cubierta parecía prometedora),

Charles se acercó al alféizar de la ventana y a continuación volvió con un bote lleno de helado. Era del tamaño de la cabeza de Sophie.

—Feliz cumpleaños, pequeña.

Ella metió el dedo, cosa que no estaba permitida, pero como era su cumpleaños, igual se salía con la suya. Era sabroso y dulce. Sophie cogió un buen trozo con la regla de Charles y luego levantó la cabeza para sonreírle.

—Es perfecto. Gracias. Sabe exactamente como deberían saber los cumpleaños.

Charles creía que era mejor comer en sitios bonitos: en jardines, en medio de los lagos o en barcos.

—Tengo la teoría —dijo— de que el mejor sitio para comer helado es bajo la lluvia, en un carruaje abierto tirado por cuatro caballos.

Sophie lo miró de reojo. A veces era difícil saber si Charles bromeaba.

—¿Ah, sí?

—¿No me crees? —preguntó él.

—No, no te creo.

Sophie se esforzó por ponerse seria. Notaba cómo le subía una carcajada por la garganta. Era como un estornudo; le llenaba el pecho.

—Bueno, para ser sincero, debo admitir que yo tampoco. Pero es posible —dijo Charles—. Tú y yo saldremos a comprobarlo. ¡Nunca hay que darle la espalda a una posibilidad!

—¡Estupendo!

Sophie pensaba que los coches tirados por cuatro caballos eran el mejor invento del mundo. Te hacían sentir como una reina guerrera.

—¿Podremos pedir que los caballos vayan al galope?

—Claro. Pero te sugiero que primero te pongas los pantalones. Esas faldas son unas creaciones fascinantes; es como si le hubieras robado la ropa a una bibliotecaria —concluyó.

—¡Sí! Me cambio enseguida. —Sophie recogió los libros. Apenas podía ver por encima de ellos—. ¿Y luego?

—Luego buscaremos una calesa. Por suerte, está lloviendo.

Resultó que Charles tenía razón. La lluvia los empapaba mientras recorrían las calles con gran estruendo, y hacía que el helado le resbalara a Sophie por la muñeca. Le transformaba el pelo en serpientes mojadas que le caían por la

espalda y convertía el acto de comer en todo un desafío. Pero a ella le gustaban los desafíos.

Cuando regresaron, chorreando agua y atiborrados de helado, había una carta en el felpudo. Con sólo ver el sobre, Sophie se dio cuenta de que no se trataba de una tarjeta de cumpleaños. Toda la felicidad se le escapó como una exhalación.

Charles la leyó muy serio.

—¿Qué es? —Intentaba leer por encima de su hombro, pero era demasiado alto—. ¿De quién es? ¿Qué quieren?

—No estoy seguro. —Le había cambiado la cara. No parecía el hombre de hacía apenas un minuto—. Parece que van a hacer una inspección.

—¿A quién? ¿A mí?

—A nosotros. Es de la Agencia Nacional de Protección de Menores. Dicen que tienen dudas sobre mi capacidad para cuidar de ti ahora que te has convertido en una jovencita. Creen que no sabré enseñarte a comportarte como una dama.

—¿Qué? Pero ¡eso es de locos!

—Los gobiernos suelen estarlo.

—¡Sólo tengo doce años! Prácticamente sigo teniendo once.

—Sin embargo, están decididos a venir.

—¿Quiénes son? ¿Quién la ha enviado?

—Dos hombres. Uno se llama Martin Eliot. El otro nombre no se entiende.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué tienen derecho a decidir sobre mí dos desconocidos? ¡No me conocen! ¡Sólo son hombres!

—¡Hombres! Yo conozco muy bien a esa clase de gente. No son hombres. Son bigotes con idiotas pegados.

Sophie resopló y soltó una carcajada llena de mocos. Se enjugó los ojos.

—¿Y qué hacemos?

—Supongo que deberíamos limpiar.

Juntos observaron el recibidor. La niña pensó que ya estaba lo bastante limpio, sin contar los poemas que había copiado en el papel pintado y las telarañas. A Sophie le gustaban las arañas y siempre las esquivaba cuando quitaba el polvo.

—¿Tengo que quitar las arañas?

—Me temo que sí —dijo Charles—. Y yo tendré que podar la hiedra.

El año anterior, una rama de hiedra se había colado por la ventana y se

había extendido por una de las paredes del recibidor. Se había acomodado sobre el retrato de la abuela de Charles como si fuera una pámela. A Sophie le encantaba.

—¿Puedes dejar la parte que crece por encima de la abuela Pauline? No se darán cuenta, ¿verdad?

—Claro. Lo puedo intentar. —Pero era evidente que Charles no estaba pensando en abuelas—. Y luego estás tú, Sophie.

—¿Qué pasa conmigo? —la niña notó que se sonrojaba—. ¿Tengo algo de malo?

—Para mí eres tan perfecta como lo puede ser un ser humano. Pero sospecho, aunque aceptaré que me corrijas si me equivoco, que tu pelo no obtendrá la aprobación de los inspectores. No, no me refiero a la parte de delante; aquí, por detrás.

Sophie se tocó la parte posterior de la cabeza.

—¿Qué tiene de malo?

—No es algo malo exactamente. Es sólo que parece un ovillo de cordel. Creo que el pelo suele describirse más bien como si fuera una cortina. O una ondulación.

—¡Ah! —Supuso que sería verdad. Nunca había leído sobre ninguna heroína que tuviera ovillos de pelo—. Yo me encargo.

Aquella noche, Sophie le declaró la guerra a su melena. Al principio parecía que iba ganando el pelo. El nudo estaba apretado en la base del cuello, en el sitio de más difícil acceso. Típico de los enredos. Sophie tiró con determinación hasta que tuvo un puñado de pelo en el regazo, pero el nudo seguía siendo enorme. Tiró una vez más, con saña, y el cepillo se partió en dos y se quedó allí colgado. Renegó por lo bajo:

—¡Maldición!

Entonces bajó corriendo a la cocina y cogió las tijeras. Las insertó en el enredo, se mordió la lengua para darse valor y después cortó. Resultó sorprendentemente satisfactorio. Cuando hubo cortado el trozo del cepillo y la mayor parte del enredo, se hizo una trenza bien gruesa por encima del hombro. Pensó que apenas se notaba el trasquilón si no se miraba de cerca. Se palpó el cuero cabelludo con mucho cuidado. Qué doloroso era ser femenina.

El día de la inspección, Sophie se restregó las manos hasta que le brillaron las uñas y tuvo casi en carne viva la piel de los nudillos. Charles le pulió los



zapatos con la cera de una vela y un trozo de carbón y, como no tenían plancha, le alisó la ropa con un ladrillo caliente. Él fregó el suelo y ella limpió las paredes con jabón hasta que hubo borrado la mitad de las cenefas del papel pintado. Repartió jarrones llenos de flores por la casa. Todo olía a pétalos de rosa y a jabón.

—Creo que tiene buen aspecto —dijo. A Sophie siempre le había encantado aquella casa y ese día estaba particularmente bonita—. Creo que está perfecta.

Demasiado nerviosos para sentarse, esperaron junto a la puerta. En el último minuto, a Sophie se le ocurrió una idea.

—¿Cuánto tiempo tengo antes de que lleguen? —le preguntó a Charles.

—Tres minutos más o menos. ¿Por qué?

—Ahora vuelvo.

Subió los escalones de cuatro en cuatro y, cuando llegó a su habitación, se empolvó la nariz con talco y se frotó pintura roja en las mejillas y los labios. No había espejo. Esperaba que le hubiera quedado bien.

Charles parpadeó cuando la vio bajar. Sophie sospechaba que aquello le daba una imagen más parecida a la de un payaso que a la de una señorita elegante, pero antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo de decir nada, sonó el timbre.

La mujer que había en la entrada sostenía un cuaderno en la mano y los miraba con una expresión de calcetín mojado. El hombre que la acompañaba llevaba un maletín y un elaborado mostacho. Sophie pensó que le resultaba un poco familiar.

Charles susurró «bigote» y ella se esforzó para no reírse.

Los hicieron pasar al salón. Ambos rechazaron el té que les ofrecieron y empezaron enseguida con su cuestionario. Sophie apartó la mirada haciendo una mueca de dolor. Era como estar en la línea de fuego.

—¿Por qué la niña no está en la escuela? —preguntó la mujer.

Sophie esperó a ver si contestaba Charles. Cuando vio que no lo hacía, dijo:

—No voy a la escuela.

—¿Por qué no? —quiso saber el hombre.

—Aprendo con Charles.

—¿Recibes las lecciones adecuadas?

La mujer parecía escéptica.

—¡Sí! —dijo Sophie—. Claro que sí. —Le vino a la cabeza una frase útil—. Charles dice que sin conocimiento sólo se puede ver la mitad del mundo.

—Mmm. ¿Y esas lecciones se imparten cada día?

—Sí —mintió Sophie.

En realidad daban clase sólo cuando alguno de los dos se acordaba. A Sophie le resultaba sumamente fácil olvidarlo.

—¿Sabes leer? —preguntó la mujer.

—¡Claro que sí!

Qué tontería. Sophie no recordaba no saber leer, de la misma forma que no recordaba no saber caminar.

—¿Sabes matemáticas?

—Mmm... Sí —dijo Sophie. Era verdad. Más o menos—. Aunque odio la tabla de multiplicar del siete. Pero me gustan la del ocho y la del nueve.

—¿Sabes recitar el catecismo?

—No. —Sophie se quedó helada—. No sé qué es. ¿Es un poeta? Puedo recitar la mayor parte de la obra de Shakespeare si quiere.

—No, gracias. No será necesario. ¿Sabes cocinar?

Sophie asintió.

—¿Recetas sencillas, pastitas o un buen postre típico inglés para cenas elegantes?

—Mmm... Sí, creo que sí.

Sophie se dijo con firmeza que eso no era mentira. Nunca había preparado uno de esos postres, pero cualquiera que supiera leer podía cocinar, siempre que tuviera los libros adecuados.

—No parece que comas muy bien. Estás encorvada y demasiado pálida. ¿Por qué está tan pálida?

Charles habló por primera vez.

—No está demasiado pálida. Está hecha del mismo material que la luna.

La mujer resopló; el hombre estaba distraído, observando el salón.

—¿Es aquí donde dais clase? —le preguntó a Sophie.

—Casi siempre las hacemos... —Había estado a punto de decir «en el tejado», pero Charles abrió los ojos a modo de advertencia y negó con la cabeza con mucha sutileza—. Sí —dijo—. Casi siempre las hacemos aquí.

—¿Y dónde está la pizarra?

A Sophie no se le ocurrió una respuesta convincente a esa pregunta. Dijo la verdad.

—No tenemos pizarra.

—¿Y cómo esperas aprender algo sin pizarra? —preguntó la mujer.

—Bueno, tengo libros. Y papel. Y también tengo permiso para escribir y dibujar en las paredes —añadió Sophie, animándose—, siempre que no lo haga en el salón. O en el recibidor, a menos que sea detrás del perchero.

Por algún motivo, eso no apaciguó a la mujer, que se levantó y se volvió hacia el hombre.

—¿Empezamos? Me da miedo pensar lo que podemos descubrir.

Los dos se pusieron a recorrer la casa como si estuvieran considerando comprarla. Buscaron agujeros en las sábanas y polvo en las cortinas y miraron dentro de la despensa. Tomaron notas de las hileras de quesos y de los tarros de mermelada. Por último, subieron a la habitación de Sophie en el desván y registraron su cómoda.

La mujer sacó los pantalones rojos y el hombre negó con la cabeza, con gesto triste. Los de color verde, que habían acumulado una interesante colección de manchas en la zona del tobillo, hicieron estremecer a la mujer.

—¡Inaceptable! —dijo—. Me parece asombroso que siga permitiendo esto, señor Maxim.

Sophie dijo:

—Él no sigue permitiendo nada. Me refiero a que los pantalones son míos. No tienen nada que ver con Charles.

—Por favor, cállate, niña.

A Sophie le dieron ganas de pegarle. Charles dio un paso para ponerse cerca de Sophie, pero no dijo nada. Apenas había hablado y guardó silencio también mientras bajaban la escalera, y sólo cuando les estrechó la mano a los inspectores les dirigió unas pocas palabras. Sophie se estiró todo lo que pudo, pero no alcanzó a oír nada. Cerró la puerta y se dejó caer en el felpudo.

—¿Qué han dicho? ¿Lo he hecho bien? —Se mordió la punta de la trenza—. Me han caído fatal, ¿a ti no? Tenía ganas de escupirles. ¡Y ese hombre...! Tenía cara de babuino.

—Parecía una prueba excelente de la teoría de la evolución, ¿verdad? ¿Y qué me dices de la mujer? He conocido barandillas de hierro forjado con más humanidad.

—¿Qué han dicho cuando se marchaban?

—Que van a presentar un informe.

—Pero eso no es todo, ¿verdad? Has tardado mucho.

—Creo que será mejor que hablemos. ¿Cuál es el mejor sitio para hacerlo?  
¿La cocina?

Sophie no quería estar en ninguna de las estancias por las que habían pasado los inspectores. Habían dejado una estela fría y húmeda a su paso por la casa.

—No, el tejado.

—Claro. Cogeré un poco de whisky. ¿Por qué no bajas a la cocina y traes el tarro de la nata? Creo que en días como éste ayuda tener un poco de nata.

Sophie echó a correr. El tarro de la nata se estaba enfriando en la nevera. Había mermelada y una hogaza de pan recién hecho; también los cogió. Se encontró a Charles apoyado en la caperuza de la chimenea.

—Siéntate. Toma un poco de whisky —le ofreció él. Miró por el tejado en busca de un vaso y luego le pasó la botella—. Dale un trago. —El whisky hizo toser y escupir a Sophie, pero él dijo—: Considéralo una medicina. Así, estupendo. ¿Estás bien?

—Claro. ¿Qué pasa? ¿Qué te han dicho?

—Sophie, debes intentar creer lo que te voy a decir ahora. Tienes que intentar comprenderlo. ¿Lo podrás hacer por mí?

—Claro que puedo —dijo Sophie. Se lo quedó mirando con indignación—. ¿Por qué no iba a poder?

—No estés tan segura, cariño. Creer en las cosas es un don.

—Vale. Te creeré. ¿Qué pasa?

—Come un poco de pan con mermelada. Puedes mojarlo en el tarro de la nata.

—¿Qué pasa, Charles?

Él cogió una miga de pan y la hizo rodar entre su dedo índice y el pulgar.

—Para empezar, me rompería el corazón que se te llevaran. Tú has sido la mayor aventura de mi vida. Sin ti, mis días no tendrían luz. —La miró—. ¿Entiendes lo que te he dicho, Sophie? ¿Me crees?

Ella asintió y se sonrojó, como hacía siempre que alguien le decía cosas bonitas.

—Sí, creo que sí.

—Pero no puedo hacer nada para detener a esa gente. No me perteneces legalmente. Legalmente eres propiedad del Estado. ¿Lo entiendes?

—No, no lo entiendo. ¡Eso es absurdo!

—No puedo estar más de acuerdo contigo. Y, sin embargo, es así, pequeña.

—¿Cómo puedo pertenecer al Estado? El Estado no es una persona. El Estado no puede querer a nadie.

—Ya lo sé. Pero me parece que tienen la intención de llevársete. Esos dos no han dicho nada concreto, pero lo han insinuado.

A Sophie se le enfrió todo el cuerpo de repente.

—No pueden hacer eso.

—Sí que pueden, cariño. Los gobiernos pueden hacer grandes proezas y grandes estupideces.

—¿Y si nos escapáramos? ¿A otro país? Podríamos irnos a América.

—Nos detendrían, Sophie. Le dirían a la policía que te he secuestrado.

—¿Cómo lo sabes? ¡Yo creo que no! —Se levantó y le tiró de la mano, de la manga, del pelo—. Vámonos. Podemos hacerlo, Charles. No tenemos por qué decírselo a nadie. Antes de que envíen el informe. ¡Por favor! —Él no se había movido. La niña lo agarró de la manga—. Por favor.

—Lo siento mucho, cariño. —Parecía el doble de viejo que por la mañana, y Sophie casi pudo oír el crujido de los huesos de su cuello cuando negó con la cabeza—. Vendrían a buscarte, mi vida. En este mundo hay personas que aparecen a toda prisa en cuanto ven que alguien rompe una norma. La señorita Eliot es una de ellas. Martin Eliot es otra.

Sophie dio un brinco.

—¡Eliot! ¡Sabía que me sonaba de algo! Charles, ¿crees que son familia?

—¡Cielo santo! Sí, es muy probable. ¡Dios mío! Una vez dijo que su hermano trabajaba para el gobierno.

—¡Qué bruja! —Por algún motivo, la mención de la señorita Eliot ayudó. La ira era más llevadera que la tristeza—. No me pienso rendir, ¿sabes? —Sólo decirlo ya le hacía sentir más fuerte e importante—. No me pienso ir.

Una cosa era asegurar que sería fuerte. Cuando recibieron la carta, ser fuerte parecía muy difícil.

Llegó la mañana de un lunes gris. Iba dirigida a Charles, pero ella la habría abierto igualmente si él no se la hubiera quitado con delicadeza. Sophie le observó la cara, pero tenía una expresión precavida y tensa: imposible de descifrar.

—¿Puedo verla? ¿Me la dejas ver? —le preguntó cuando aún no había acabado de abrirla—. ¿Qué pone? ¿Es bueno? ¿Me puedo quedar? Tienes que

decir que sí. ¿Me la dejas ver?

Charles dijo:

—No... No es...

Por una vez, parecía haberse quedado sin palabras. Le dio la carta. Sophie la levantó a la luz.

*Estimado señor Maxim:*

*Los abajo firmantes le escribimos para informarle de los cambios en nuestra política sobre la custodia de mujeres entre los doce y los dieciocho años de edad.*

Sophie frunció el ceño.

—¿Por qué tienen que hablar así?

Odiaba las cartas oficiales. La ponían nerviosa. Parecía que las personas que las escribían tuvieran archivadores en lugar de corazones.

—Continúa leyendo, Sophie.

La voz de Charles sonaba más grave de lo habitual.

*El comité ha llegado a la conclusión unánime de que una joven no debería ser educada por un hombre soltero con el que no mantiene ningún parentesco, excepto en circunstancias excepcionales. En el caso de su tutelada, Sophia Maxim, hemos percibido que determinados elementos de su educación son absolutamente inapropiados para una joven.*

—¿A qué se refieren con eso de «determinados elementos»? —Sophie clavó el dedo en el papel—. ¡No lo entiendo!

—No lo sé, pero me lo puedo imaginar.

—Se refieren a mis pantalones, ¿verdad? —dijo—. ¡Eso es absurdo! ¡Son mala gente!

—Sigue leyendo —le pidió Charles.

*Por consiguiente, debemos informarle de que su tutelada dejará de estar a su cargo para ingresar en el orfanato de Santa Catalina, al norte de Leicestershire. El incumplimiento se castigará con una orden judicial y un máximo de quince años de trabajos forzados. La decisión del comité es irrevocable y se hará efectiva de inmediato.*

—¿Trabajos forzados? ¿Qué significa eso?

—Cárcel —dijo Charles.

*La señorita Susan Eliot, agente de la Protectora de Menores de su distrito, recogerá a su tutelada el miércoles 5 de junio.*

*Atentamente,*

*Martin Eliot*

Sophie sintió que se desmoronaba. Pensó en algo que decir.

—Han escrito mal mi nombre.

—Es verdad.

—Si me van a romper el corazón, por lo menos podrían haber escrito bien mi nombre.

Miró a Charles. Éste no parecía reaccionar.

—¿Charles? —Una lágrima le resbalaba por la cara. Se la lamió, enfadada. Luego dijo—: Por favor. Por favor, di algo.

—Entonces ¿has entendido la carta?

—Me van a separar de ti. Te van a separar de mí.

—Están decididos a intentarlo, exacto.

Sophie no quería tocar la carta. La dejó caer y se puso de pie encima. Luego la recogió y la volvió a leer. No podía soportar ese «absolutamente inapropiados».

—¿Crees que si me hubiera puesto falda...? ¿Y si no me encorvara? ¿O si fuera más guapa? ¿O, no sé, más dulce? ¿Crees que me habrían dejado quedarme?

Charles negó con la cabeza. A Sophie la sorprendió ver que estaba llorando en silencio.

—¿Y ahora qué? —Le metió una mano en el bolsillo, sacó su pañuelo y se lo dio—. Toma. Charles, por favor, di algo. ¿Qué hacemos ahora?

—Lo siento, pequeña. —Nunca había visto a un hombre tan pálido—. Me temo que nosotros no podemos hacer nada.

De pronto Sophie no pudo aguantarlo más. Corrió a su habitación tropezando por la escalera. Las lágrimas le empañaban el mundo. Sin darse siquiera tiempo para pensarlo, Sophie cogió el atizador y lo estrelló contra el estuche del chelo, que crujió y se agrietó. Luego lo volvió a blandir contra la jarra de agua que había junto a su cama y la hizo añicos sobre la manta y la

almohada.

Oyó una exclamación en el piso de abajo y unos pasos que corrían escaleras arriba. Ella pateaba y daba puntapiés a su alrededor. El estuche se astilló y las esquirlas de madera pintada volaron por la habitación.

Si nunca habéis hecho pedazos una caja de madera con un atizador, merece la pena intentarlo.

Poco a poco, Sophie fue controlando la respiración.

—No pienso ir —musitaba con cada golpe que daba—. No iré.

Un rato después, aunque seguía teniendo la cara llena de lágrimas y mocos, ya no se atragantaba. Encontró un ritmo: romper, respirar, estrellar, respirar.

—No pienso ir —susurró—. No. —Romper—. No. —Estrellar—. No.

Tardó varios minutos en darse cuenta de que Charles estaba junto a la puerta.

—¿Sigues viva, cariño?

—¡Oh! Sólo estaba...

—Sí. Muy lógico. —Contempló la habitación y luego se la llevó al baño cogida de la mano—. Necesitamos agua caliente.

No dijo nada más, y a Sophie no se le ocurrió otra cosa que hacer que sentarse encorvada sobre una montaña de toallas, hipando y sorbiendo, mientras él ponía a hervir todos los recipientes que tenían en la cocina de carbón del piso de abajo y vertía una cáscara de limón seco y un poco de menta en la bañera hasta que salió vapor.

—Quédate ahí dentro durante media hora. Yo tengo que ocuparme de algunas cosas.

Sophie no soportaba la idea de sentarse quieta en la bañera. En lugar de meterse en el agua, dio una patada a la ventana, repitió la maniobra y luego golpeó la pared, hasta que la voz de Charles flotó escaleras arriba:

—Sophie, métete en la bañera y chapotea un poco. Te sorprenderá descubrir lo diferente que parece todo después de un poco de chapoteo.

Sophie había olvidado que el baño estaba justo encima de la cocina. Suspiró y se desvistió, tirando de sus botas con rencor.

—¡Está bien! —gritó—. Ya voy.

Como ya lo había dicho, tenía que meterse para que no fuera una mentira. El agua caliente le llegaba por el ombligo y la cáscara de limón le rozaba las piernas. Cuando tuvo todo el cuerpo cubierto de agua caliente, fue como si la rabia lo abandonara; se derrumbó y se quedó tumbada en la bañera. Su



corazón también se derrumbó. No podía pensar en nada.

Cuando por fin salió, sólo consiguió llegar a la alfombra de su habitación, donde se le doblaron las piernas y se dejó caer, todavía envuelta en la toalla. Se quedó allí tumbada, medio despierta, y siguió mirando al vacío.

Aunque poco a poco, ese vacío fue convirtiéndose en algo. Había un pequeño punto de luz brillando en la pared y llevaba varios minutos mirándolo sin verlo.

Se volvió hacia la pila de madera astillada que había sido su estuche de chelo para ver lo que proyectaba el reflejo. Entonces le volvió toda la sangre y Sophie se levantó de un salto.

Había un buen fragmento de madera pintada, todavía medio pegada al forro verde. Sophie lo cogió y se clavó una astilla en el pulgar.

—¡Ah! ¡Maldición!

Debajo del forro verde, vio una placa de latón incrustada en la madera. La luz se había reflejado en ella y proyectaba un rayo de sol al otro lado de la habitación.

En la placa se leía una dirección. No estaba escrita en inglés.

Sophie tuvo que dejar el trozo de madera en la mesa para leerlo. Le temblaban demasiado las manos para sostenerlo con firmeza.

FABRICANTS  
D'INSTRUMENTS À CORDES  
16 RUE CHARLEMAGNE  
LE MARAIS  
PARIS

781054

Sophie encontró a Charles en su estudio. Estaba sentado junto a la ventana, con un periódico en las manos, aunque daba la sensación de que no lo veía. La lluvia se colaba por la ventana, haciendo que se corriera la tinta de la portada, y él no estaba haciendo nada para protegerse.

Sophie fue a toda prisa hacia él, pero Charles no se volvió. Sólo parpadeó: su mirada oscura era inexpresiva. Se subió asustada al brazo del sillón y le tiró de la manga. Más tarde, pensó que podría haberle mordido las cejas para llamar su atención.

—¡Mira! ¡Charles, mira!

Sus ojos se fueron despertando despacio. Sonrió sólo un poco.

—¿Qué estoy mirando?

—¡Esto!

Charles buscó sus gafas, pero como no aparecían, se acercó mucho la placa a la nariz.

—Le Marais, París. ¿Qué es esto, Sophie?

—¡Era francés! ¡El chelo era francés!

—¿Dónde lo has encontrado?

—¡Tenemos que irnos a Francia! ¡Ahora mismo! —Se estaba atorando y le faltaba el aliento—. ¡Hoy!

—Siéntate, Sophie, y explícate.

Se sentó: sobre los pies de Charles, para que éste no pudiera moverse. Tenía la boca seca y tuvo que morderse la lengua hasta que fabricó la saliva suficiente como para poder hablar. Después se explicó con toda la calma que pudo.

Charles tardó menos de un segundo en comprender a qué se refería. Se puso en pie de un salto y tiró a Sophie, que se cayó en la alfombrilla de la chimenea.

—¡Dios mío! ¡Por todas las salamandras cantarinas, Sophie! Eres una criatura brillante. ¿Por qué no se me ocurrió que tu madre podría ser francesa? Me parece que necesito un poco de whisky. Ay, Dios mío.

Sophie rodó por el suelo hasta debajo de la mesa.

—¿Y si vive en París?

—¡Pues claro! Es posible, Sophie. No digo que sea probable, cariño, ya sabes que el estuche de chelo podría no ser suyo, pero es posible. Francia, por supuesto, ¡Dios mío!

—¡Y nunca hay que darle la espalda a una posibilidad!

—¡Exacto! Oh, mi querida criatura, qué gran descubrimiento. —Miró la carta que seguía sobre el escritorio—. Tenemos que irnos de aquí de inmediato.

—¿A París?

Sophie cruzó todos los dedos de las manos y de los pies.

—Claro. ¿Adónde si no? ¡Nos vamos a París, Sophie! ¡Rápido! ¡Haz las maletas! Coge tus mejores pantalones y los calcetines más blancos que tengas.

Fue como un toque de clarín. Sophie se levantó de un salto. Luego dijo:

—Creo que no tengo ningunos que continúen siendo blancos.

—¡Pues compraremos unos nuevos en cuanto lleguemos allí!

—¡Ropa interior parisina! Sí, por favor. —Sophie se rió, pero la carta de Martin Eliot estaba encima de la mesa. Parecía observarla. Entonces preguntó —: ¿Nos seguirán?

—Tal vez. Sí. Es muy probable. Por eso nos marcharemos mañana.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí.

—Pero ¿de verdad?

—Yo no bromearía con esas cosas. —Charles abrió el periódico por la página de las noticias sobre el comercio, el clima y los horarios de los barcos —. Y si deciden seguirnos o, lo que es más probable, alertar a la policía de París, no lo harán hasta por lo menos dentro de dos o tres días.

—¿Días?

Sophie había pensado que serían semanas. Tenían que ser semanas.

—Días. Debemos ser precavidos, Sophie, pero llevamos ventaja. —Dibujó una x junto a una columna de horarios de barcos y mareas altas y cerró el periódico. Le brillaban los ojos con tanta fuerza que era como calentarse junto al fuego—. Las organizaciones son mucho menos inteligentes que los humanos, Sophie. En especial cuando ese humano eres tú. No lo olvides.

## 6

El viaje no fue fácil. Sophie pensó que pocos viajes lo eran, y se complicaban todavía más cuando uno planeaba salir ilegalmente del país a plena luz del día.

—No te lleves muchas cosas —le dijo Charles—. Si alguien nos ve salir, debe parecer que vamos al dentista.

—¿Al dentista? Nosotros nunca vamos al dentista.

—Pues a un concierto. Coge sólo una bolsa.

Así que Sophie cogió sólo el chelo. Enrolló jerséis y pantalones, los apretó todo lo que pudo y los embutió a la fuerza en las esquinas del estuche. Cuando terminó, sólo le quedaba espacio para una cosa más: ¿debía llevarse la libreta o un vestido por si acaso?

—Un vestido es camuflaje —se dijo—. Una nunca sabe cuándo necesitará un disfraz.

Lo añadió a regañadientes y cerró el estuche.

Charles sólo cogió su maletín, pero a juzgar por la forma en que lo subió a la calesa, pesaba bastante. Cuando arrancaron, a Sophie le pareció ver cómo dejaban caer la cortina de la casa de al lado y una silueta desaparecía de la vista. Jadeó y miró hacia delante. Mientras los cascos de los caballos repicaban calle abajo, cruzó los dedos y se sentó sobre ellos para que le diera suerte.

Al entrar en la estación, tirando de su estuche, Sophie se dio cuenta de que estaba llena de gritos y vapor.

—Oh —exclamó—. Oh, no. —Lo dijo muy bajito. No le gustaban las multitudes. Se parecían demasiado al hundimiento de un barco—. Oh, socorro.

Sintió la intensa necesidad de trepar por las paredes y esconderse detrás del reloj de la estación.

Sin embargo, Charles estaba sereno. Le brillaban mucho los ojos. Dijo:

—Por dios, es impresionante, ¿verdad? ¡Huele! ¡Aceite de motor, Sophie!

Entonces advirtió su expresión tensa y le vio los codos pegados al torso.

—¿Va todo bien, pequeña?

—¡Claro! Más o menos. Casi. —Sophie hizo una mueca de dolor cuando un grupo de chicos pasó gritando por su lado mientras intercambiaban golpes—. La verdad es que no.

—¿Sabes qué? Creo que lo mejor que uno puede hacer en una estación es comprarse una ración de su comida preferida y buscar una esquina en la que sentarse a contemplar el techo.

—¿A contemplar el techo? ¿Por qué?

—Las estaciones de tren suelen tener unos techos preciosos.

Sophie levantó la cabeza y se le cayó el sombrero. Era verdad. El techo era un laberinto de cristal y hierro brillante. Tenía el aspecto de cien pianos juntos.

Charles se rebuscó en los bolsillos. Sacó algunas monedas de entre un amasijo de cordeles, papel y caramelos.

—Toma, una moneda de seis peniques. O, espera, aquí hay un chelín, y puedes comprar un poco de té. Pídelo tan caliente como para abrasarte la garganta o no habrá quien se lo tome.

—Sí, gracias, claro, pero ¡espera, Charles! ¿Adónde vas tú?

—A buscar un mozo y a comprar los billetes.

—¿Y qué pasa si te pierdo?

—Pues que te volveré a encontrar.

—Pero ¿y si no me encuentras? —Sophie le puso una mano en el abrigo—. Charles, espera, ¡no te vayas!

Se odiaba cuando se ponía así, pero los nervios se la estaban comiendo viva.

—¡Sophie, tienes el pelo del color de los relámpagos! —Sonrió. Su sonrisa, ese día, era muy buena—. No eres una persona fácil de perder.

En el puesto de comida, Sophie dudó entre comprar un enorme panecillo con canela y pasas o aquellas galletas redondas con el centro de mermelada roja que la señorita Eliot decía que eran para niños vulgares. Sophie nunca las había probado, pero brillaban como rubíes.

La mujer que atendía tras el mostrador le resultaba tranquilizadora. Tenía los ojos bonitos y un sarpullido rojo en las mejillas.

—¿Un panecillo con canela y pasas, querida? ¿Un pastelito de nata y chocolate? ¿Galletas de fresa?

Sophie recuperó el valor al pensar en lo que diría la señorita Eliot.

—Galletas, por favor. Seis.

—Aquí tienes, cariño. No te las comas todas a la vez, bonita, o acabarás conociendo a fondo los servicios de la estación.

Sophie asintió con seriedad. Le dio un mordisco a una y descubrió que los dientes se le pegaban de una forma maravillosa. No sabían a fresa en absoluto, pero sabían a aventura.

—¿Te vas a algún sitio emocionante, querida? —preguntó la mujer, buscando el cambio de Sophie entre las monedas que llevaba en el bolsillo del delantal.

Ella intentó decir «París» entre los dientes pegajosos. Miró el reloj de la estación.

—Media hora y me voy a casa.

—¿De caza, dices? Qué bien.

En ese momento, los dientes de Sophie estaban completamente pegados. Se limitó a esbozar una sonrisa pringosa y asintió. En cierto modo era cierto. Se iba a la caza de la madre.

—Que Dios y la suerte te acompañen, pues —dijo la mujer. Envolvió un panecillo de canela y pasas en papel de periódico y lo deslizó por el mostrador en dirección a Sophie—. Te dará suerte. La buena suerte suele acudir a quien tiene el estómago lleno.

El tren era el doble de grande de lo que Sophie esperaba, y de color verde. Era del mismo tono que las esmeraldas y los dragones, cosa que le pareció una buena señal.

—Busca el vagón número seis, Sophie —dijo Charles—. Tú vas en el compartimento A. Me han dicho que normalmente está reservado para los hijos del duque de Kent, pero este verano están pegando tiros por Escocia. Lo tienes todo para ti sola.

De camino hacia la cabeza del tren y la locomotora pasaron junto a algunos mozos que aguardaban con la espalda tiesa y el cuello de la camisa almidonado. Un pasillo estrecho recorría toda la longitud del tren, con puertas correderas que daban acceso a los compartimentos. Sophie intentó no ponerse en medio para no parecer demasiado emocionada y no tener el aspecto de una fugitiva ilegal. Ninguna de las tres cosas era fácil.

—¡Aquí! —Charles cruzó una puerta con el estuche de chelo en la mano y se dio la vuelta. Le brillaba toda la cara—. Era el único que quedaba, Sophie. Espero que no te desagrade.

Ella echó un vistazo por encima del hombro de Charles y se quedó mirando el compartimento fijamente.

—¿Desagradarme? ¡Parece un sueño! —Por el pasillo de fuera no dejaba de pasar gente; Sophie no les prestó la menor atención—. Es tan... dorado. ¡Es un palacio!

Charles se rió, tiró de ella para hacerla entrar y cerró la puerta al resto del tren.

—Un palacio realmente pequeño. La versión portátil, tal vez.

El compartimento era precioso. Todo era de tamaño infantil y estaba hecho con la delicadeza y el detalle propios de la brujería. Sophie trató de aparentar que estaba acostumbrada a esas cosas —por lo menos mientras el mozo los miraba—, pero le resultó imposible, porque era lo más limpio y dorado que había visto en la vida. Las almohadas eran tan redondas y gruesas como el vientre de un ganso. El espejo tenía un marco dorado; en realidad, el marco dorado era casi tan grande como el cristal. Sophie le dio un golpecito con el dedo. Sonaba sólido.

—Y mira tu orinal —dijo Charles—. Merece un vistazo.

Sophie se puso en cuclillas para mirar debajo de la cama. Allí, firmemente sujeto a la pared, había un orinal dorado con claveles rojos pintados en el borde.

—¿Lo ves? —dijo Charles—. Incluso el pipí de medianoche está decorado.

—Pero ¿dónde duermes tú? ¿Aquí, también?

El compartimento tenía dos literas, pero eran de tamaño infantil. A Charles le colgaría la mayor parte del cuerpo por los extremos.

—Yo compartiré litera con un enterrador de Luxemburgo. Un destino lúgubre, pero no me moriré; a fin de cuentas, podría haber sido peor. Podría haber sido belga. —Charles le sonrió—. Eran las únicas camas disponibles que quedaban en tres semanas. Me ha parecido que sería mejor esto que la ansiedad de la espera.

—¡Sí! —Sophie pensó que esperar habría sido imposible. Se habría muerto—. ¡Sí, gracias!

— ¿Ya estás más tranquila? —le preguntó Charles. Como no tenía pañuelo, sacó un calcetín limpio y se sonó la nariz en él. A Sophie le

parecieron las trompetas de la esperanza—. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí, eso creo. Aunque la verdad es que... —Le rugió el estómago—. ¿Tenemos algo para comer?

—¡Claro! ¿Cómo he podido olvidarlo? La comida es la mejor parte de cualquier viaje. Hay un vagón restaurante, pero aún tardará algunas horas en abrir. He traído de contrabando todo lo que he podido.

Charles se acercó al escritorio de madera que había junto a la pared y empezó a vaciarse los bolsillos. Primero seis manzanas, luego unos bollitos de salchicha que iban soltando migas por todo su abrigo y una loncha gruesa de queso amarillo. De la parte de atrás de su reloj de bolsillo sacó una pizca de sal. Y finalmente, como si fuera un mago, hizo aparecer medio pollo asado envuelto en papel aceitoso de debajo del sombrero.

—¡Oh, cielos! ¡Es maravilloso! —Sophie añadió las galletas al montón, pero se reservó el panecillo de canela y pasas para más tarde. Hizo una torre con el resto de las cosas—. ¡Ya está! —Le llegaba a la nariz—. Es perfecto.

—A ver, ¿ya lo tenemos todo?

—Mmm...

Sophie le acababa de dar un mordisco al queso. Tenía un sabor fantástico: salado y cremoso al mismo tiempo. El tren dio una sacudida y empezó a avanzar. Tenía a Charles, pollo asado y una aventura. Habló con la boca llena:

—Todo —dijo.

En Dover cambiaron el tren por un barco. El tiempo estaba revuelto. El mar rugía ante ellos. Se veía gris y desprendía un olor salvaje. Sophie intentó no mirarlo. Intentó no pensar en mujeres muertas.

—¿Estás bien? —preguntó Charles.

Sophie asintió, pero no podía hablar.

Para empeorar las cosas, entre los pasajeros del barco había un policía. Sophie se dijo que era imposible que hubiera ido a buscarla, lo más probable era que estuviera de vacaciones, pero su presencia la estremecía de todos modos. Para desaparecer de su vista, se alejó despacio por el barco hasta que se encontró sola en la cubierta exterior. Intentó ignorar el mar, pero eso es como ignorar a un hombre con una pistola: imposible. Se extendía hasta el horizonte y, por mucho que entornaba los ojos, Sophie no conseguía ver



Francia. Se agarró a la barandilla y trató de relajarse.

Charles vio su cara desde el centro del barco. Se acercó sin hacer ruido y posó una mano sobre las suyas con la suavidad de una madre.

—¡Escucha! —dijo—. ¿Oyes eso?

Sophie sólo oía el mar.

—¿El qué? —El miedo la ponía más irritable de lo que le habría gustado—. ¿Qué tengo que oír?

—¡Un murmullo! —explicó Charles—. Un buen presagio.

—¿Un mur... qué?

—Un murmullo. Es cuando el mar y el viento hablan al unísono; como un grupo de personas riéndose en privado. ¡Ahí está otra vez! ¿Lo has oído?

Sophie no estaba convencida.

—Solamente murmuran las personas. El mar ruge. El viento sopla.

—No. A veces el mar y el viento murmuran. Son viejos amigos.

—Ah.

Sophie despegó la mano de la barandilla y cogió la de Charles. Aspiró el olor de su abrigo y enderezó la espalda.

—Cuando suenan a la vez —dijo él—, es señal de buena suerte. Un murmullo. Un buen presagio.

Sophie no pensó en el problema evidente hasta que estuvo junto a Charles en la Gare du Nord, con el estuche de chelo pegado al pecho.

El mozo inglés del tren estaba mirando el cielo.

—Volverá a llover pronto, señor. Espero que hayan traído paraguas.

Charles dijo:

—Soy inglés. Siempre llevo paraguas. Ir sin paraguas me parece una idea tan disparatada como salir de casa sin el intestino delgado.

—En ese caso, yo me iría al hotel antes de que empiece a llover, señor. No me gusta el aspecto que tiene el cielo.

Fue entonces cuando Sophie se dio cuenta del problema. La sorprendió que no se le hubiera ocurrido antes, pero con las prisas no había pensado más allá del control fronterizo inglés.

—Charles —dijo—, ¿dónde vamos a dormir?

—Muy buena preg...

—Y —lo interrumpió—, y también, ¿qué haremos después?

—Ambas son muy buenas preguntas —dijo Charles—. La primera es fácil. El enterrador ha sido de gran ayuda. Me ha recomendado un hotelito muy bueno, cerca del río Sena. —Sopesó su maletín—. Cogeremos un cabriolé.

Había una hilera de carruajes aguardando junto a la estación de tren, con distintos grados de elegancia; algunos tenían interesantes piezas de maquinaria de carruaje colgando por debajo, y otros brillaban y olían a jabón carbólico. Había uno pintado en tonos grises y plateados que a Sophie le gustó enseguida. El caballo hacía juego con el carruaje y tenía la cara más delgada e inteligente que los demás. Se parecía a Charles, pero decidió no decírselo a él.

—¿Podemos coger éste? —Sophie ofreció la última pastilla de chocolate que le quedaba a la yegua gris—. El caballo parece aburrido.

—Claro. —Charles le dio algunas monedas al conductor y el hombre empezó a cargar su escaso equipaje en el coche—. Debo decir que los

caballos franceses son muy bonitos —añadió Charles—. París me está haciendo sentir mal por no haberme cepillado el pelo.

Sophie miró a su alrededor, los árboles altos que asomaban por encima de los edificios y las calles adoquinadas que serpenteaban en todas direcciones. Las faldas de las mujeres colgaban de un modo distinto a las de Londres; daba la impresión de que las mujeres se deslizaran, como si estuvieran bajo el agua.

—¡Sí! —dijo Sophie—. Entiendo a qué te refieres. Incluso las palomas son más elegantes que las de Londres. —Se dio cuenta de que se estaba estremeciendo por dentro de la misma forma que siempre le ocurría antes de Navidad. Añadió—: Y cuando lleguemos al hotel ¿qué haremos?

—Buscaremos una panadería, Sophie, y elaboraremos un plan.

—¿Por qué una panadería? Yo pensaba más bien en una comisaría. O en una oficina de correos, o en un ayuntamiento.

—La parte más importante de cualquier plan es tener algo para comer. Si los primeros ministros comieran rosquillas en las reuniones de gabinete, habría menos guerras.

—¿Y luego? —preguntó—. Luego ¿qué?

—Y luego —dijo Charles—, saldremos de caza.

Muy por encima del Sena, a unos diez metros de altura, un par de ojos castaños observaban la calle. Vieron una calesa que se detenía junto al hotel Bost y de la que se bajaba una niña. Los ojos archivaron el tic de sus dedos y la tensa excitación de sus hombros. La vieron apretar los dientes con decisión y bajar a rastras un estuche de chelo del carruaje; luego la vieron dar un salto hacia atrás, confusa, para apartarse de la trayectoria de un coche motorizado. Los ojos vieron cómo abría el estuche con ansiedad, sacaba el instrumento y lo observaba del derecho y del revés; y luego cómo se sentaba en cuclillas en el suelo y punteaba una melodía vibrante con el dedo índice y el pulgar.

El sonido era suave y llegaba casi sofocado por el tráfico de la calle, pero los ojos castaños titilaron, como impresionados.

## 8

El plan que trazaron Sophie y Charles era sencillo por necesidad. Sophie lo escribió en un trozo de papel.

1. Encontrar rue Charlemagne.
- 2.

Su mano vaciló sobre el número dos. Entonces trazó un gran interrogante. Lo subrayó con tinta roja, se metió la lista en el bolsillo y fue en busca de Charles.

La habitación de éste era bonita, aunque no se podría decir que fuera elegante. Había dos sillas larguiruchas, sobre las que habían dejado su marca una sucesión de traseros, y dos alfombras en las que se habían ahorrado mucho dinero. Hasta las velas de la mesita de noche parecían de segunda mano, pero la ropa de cama olía a lavanda. El viento soplaba desde el río y el aire era salado. Sophie nunca se había sentido tan cómoda en un hotel. Normalmente le daban escalofríos.

El edificio era alto y desgarrado, atrapado entre dos bloques de apartamentos más elegantes. Era barato, porque, como Sophie acababa de descubrir, no había retrete en el interior, sólo una construcción de madera en el jardín; pero aparte de eso era perfecto. Desde la ventana se veían las calles estrechas y las terrazas de las cafeterías que serpenteaban en dirección al río.

Sophie se sentó en la cama de Charles y rebotó en el colchón. Sobre el cabecero colgaba un cuadro en el que aparecía un hombre con una barba de punta afilada.

—Me gusta su barba —dijo—. Podría utilizarla de pincel.

Charles levantó la mirada sobresaltado.

—¿Qué? —Entonces se rió—. ¿Has encontrado el retrete?

—Sí. Creo que lo compartimos con una familia de arañas. Y hay un nido de pájaros en la viga del techo. Me gusta mucho.

—Bien. ¿Vamos a ver tu habitación? Deja que te lleve el estuche. ¿No?

Como quieras.

La habitación de Sophie estaba en el último piso del hotel. No había mucho que ver. La puerta era tan pequeña que Charles se quedó fuera y la dejó entrar sola. Cuando posó el estuche del instrumento en el suelo, apenas quedaba espacio.

—¡Mira! —exclamó la niña.

Las paredes estaban cubiertas de dibujos a tinta, dispuestos de forma desordenada para aprovechar la mayor cantidad de luz posible. Estaban hechos con rápidos trazos negros; parecía que se removieran nerviosos en sus marcos.

—Me encantan. Parecen franceses.

—Parecen música —opinó Charles. Agachó la cabeza y echó un vistazo dentro de la habitación. Y entonces añadió—: ¿No hay ventana?

—Claraboya —dijo Sophie.

La minúscula cama de cuatro postes tenía unas cortinas de algodón a los lados y estaba abierta por arriba. Había una ventana en el techo inclinado. Cuando miró hacia allá, Sophie se dio cuenta de por qué Charles no la había visto enseguida: estaba tan cubierta de excrementos de pájaro por fuera que se confundía con el techo blanco.

—¿Crees que se puede abrir? —preguntó.

—Sólo se me ocurre una forma de averiguarlo.

Charles entró en la habitación con cautela y extendió su periódico encima de la cama. Se subió encima del periódico e hizo palanca para accionar el cierre. La ventana no se abrió cuando la empujó ni cuando golpeó la bisagra con el paraguas.

—La bisagra está oxidada —dijo—, pero es fácil de solucionar. La pintura no ha sellado el cierre, por lo que no debería suponer ningún problema.

—¿Crees que en el hotel me darán un poco de aceite?

—Es poco probable. Pero lo conseguiremos mañana.

—Gracias. —Se subió también a la cama y entornó los ojos para echar un vistazo entre los excrementos de paloma. Veía las caperuzas rojas de las chimeneas y un cielo azul—. Tengo el corazón tan hinchado que no me cabe en el pecho —dijo—. Todo me resulta tan familiar, Charles. No sé por qué, pero es así. ¿Me crees?

—¿París?

—Sí, algo así. Tal vez. Pero en realidad estaba pensando en las caperuzas

de las chimeneas. Me resultan familiares; y son de un color muy bonito.

Charles era un erudito, y los eruditos, como él decía siempre, están hechos para darse cuenta de las cosas. Debió de advertir en su voz las muchas ganas que tenía de estar sola, porque se dirigió a la puerta con rapidez.

—Te dejaré sola para que explores. Media hora, Sophie; luego conseguiremos un mapa y nos iremos a rue Charlemagne. Si está cerca del río, no puede quedar muy lejos de aquí.

## 9

Rue Charlemagne fue fácil de encontrar. Estaba a diez minutos andando; diez minutos de calzadas adoquinadas, ventanas con jardineras llenas de claveles rojos y niños comiendo bollos recién hechos en la calle; diez minutos en los que el corazón de Sophie daba volteretas, bailaba el bugui bugui y, en general, estaba completamente fuera de control.

—Estate tranquila —se susurraba. Y después añadía—: Para ya. Ya basta.

—¿Has dicho algo? —dijo Charles.

—No. Sólo les cantaba a las palomas.

La tienda tenía una placa encima del escaparate. En éste había un violín apoyado sobre una cama de seda, y algunas flores. Todo estaba lleno de polvo excepto el violín.

Por dentro, era la clase de tienda llena hasta los topes, donde todo parece estar a punto de caerse de las estanterías. A Sophie se le encogió el estómago al entrar y miró a Charles con nerviosismo. Era tan alto que no siempre se fijaba en dónde ponía las piernas.

—¿Hola? —saludó Sophie.

Y Charles añadió:

—¿Buenas tardes?

No contestó nadie. Se quedaron inmóviles, esperando. Sophie contó los segundos de los cinco minutos siguientes. Cada diez segundos decía:

—¿Hola? *Bonjour*? ¿Hola?

—Me parece que no hay nadie —señaló Charles—. ¿Volvemos más tarde?

—¡No! Esperaremos.

—¿Hola? —volvió a saludar Charles—. He traído una chica chelo. Necesita su ayuda.

Se oyó un sonido que parecía el resoplido de un caballo, y por una puerta que había tras el mostrador apareció un hombre frotándose los ojos. Iba encorvado y tenía la barriga desparramada sobre el cinturón, como si llevara un cuenco de masa debajo de la camisa.

—*Je m'excuse!* —dijo.

Añadió algunas frases rápidas en francés.

Sophie sonrió con educación, pero sin comprender una sola palabra. Dijo:

—Mmm.

—*Pas du tout* —añadió Charles.

—¿Qué ha dicho? —susurró Sophie.

—¡Ah! —El hombre sonrió—. He dicho que estaba durmiendo la siesta. Son ingleses. —Tenía un acento francés muy marcado, pero hablaba con fluidez—. ¿Puedo ayudarlos?

—¡Sí, por favor! Por lo menos eso espero. —Sophie dejó la placa sobre el mostrador. Cruzó los dedos de las manos e indicó—: Aquí está.

—Estaba atornillado a la tapa de un estuche de chelo —explicó Charles—. ¿Nos puede decir algo sobre ese estuche?

El hombre no parecía nada sorprendido.

—*Bien sûr*. Claro. —Pasó el dedo por la placa—. Es mía. La grabé yo mismo. Las atornillo en el interior de los estuches. Por debajo del forro verde.

—¡Sí! —Sophie descruzó los dedos y los volvió a cruzar—. Sí, ¡ahí es donde estaba!

—Entonces debe de ser viejo —dijo el hombre—, porque dejamos de utilizar latón hace diez años. Nos dimos cuenta de que se oxidaba bajo el forro.

—¿Por qué están debajo del forro? —preguntó Charles—. ¿No es un contrasentido?

—Claro que no. De ese modo no arañan el chelo, pero la dirección está ahí en caso de necesidad.

—Y... —Sophie aguantó la respiración y luego tuvo que soltar el aire para poder hablar— ¿recuerda con qué chelo iba? ¿Recuerda quién lo compró?

—Pues claro. Los chelos son caros, pequeña. Un hombre podrá hacer unos veinte en toda su vida. ¿Ves ese número de serie, el 341054? Eso significa que era un violonchelo de 3/4. Sólo he fabricado tres de esa clase en los últimos treinta años. Lo habitual, como imagino que ya sabrán, es que sean de 4/4.

—Pero ¿quién compró éste? —Sophie le acercó la placa, deslizándola por encima del mostrador—. Éste es el único que me importa.

—Me parece que este chelo en particular lo compró una mujer.

—¿Una mujer? —A Sophie se le revolvió el estómago, pero se mantuvo



firme—. ¿Y cómo era?

—Pues me parece que era una mujer guapa.

Charles dijo:

—¿Puede ser más específico? ¿Cuánto tiempo hace?

—Hará... unos quince años. Tal vez más, tal vez menos. Parecía bastante normal, para ser tan guapa. Siempre he pensado que las mujeres guapas son un poco raras.

—¿Qué más me puede decir de ella? —preguntó Sophie—. Por favor. ¿Qué más?

—Creo que era alta.

—¿Y qué más? ¿Qué más? —insistió ella. Se tiró del cuello del jersey hasta metérselo en la boca y lo mordió.

—¿Qué más? Pues me temo que no hay mucho más.

—Por favor. —Sophie oía un zumbido en los oídos—. Es importante. ¡Es muy importante!

—Bueno, recuerdo que tenía dedos de músico. Muy pálidos, como las raíces de un árbol.

—¿Sí? ¿Y qué más? —preguntó Sophie.

—Llevaba el pelo corto y tenía unos ojos muy expresivos.

—¿De qué color tenía el pelo? ¿De qué color tenía los ojos?

—Supongo que eran claros. Y tenía el pelo rubio. O quizá fuera pelirroja. *Je ne sais pas.*

—¡Por favor! ¡Por favor, inténtelo! Es importante.

—Me encantaría ayudarte —dijo—, pero debo admitir que no soy bueno con las caras. Se me dan mejor los instrumentos. —Entornó los ojos para observarlos allí plantados, uno al lado del otro en la penumbra—. Pero me parece que se parecía bastante a ti. A usted no, señor. A ti.

—¿Está seguro? —preguntó Sophie—. ¿Me jura que no se lo está inventando? ¿Me jura que está seguro?

—*Ma petite belle*, cuando uno se hace mayor, rara vez está seguro de nada. Estar seguro es un mal hábito. —El hombre sonrió. Le crujió la piel—. No se vayan. —Se agachó para sentarse—. Tengo un ayudante. Estaba aquí cuando lo vendimos. Él se acordará mejor. Últimamente yo sólo me acuerdo de la música.

Lo que el dueño tenía de suave y delicado, en el ayudante era duro y anguloso. Hablaron un momento en francés y entonces el joven se dirigió a

Charles.

—Sí —dijo—, la recuerdo. Se llamaba Vivienne.

Oír un nombre fue algo tan inesperado como recibir un golpe. Sophie se quedó sin aliento. Sólo era capaz de mirar fijamente al hombre.

Charles preguntó:

—Vivienne ¿qué más?

El otro se encogió de hombros.

—No me acuerdo. Creo que era un color. Puede que Rouge. No lo sé. Quizá fuera Vert. *Oui*, creo que era Vert.

—¡Vivienne!

El estómago de Sophie hizo una pirueta. «Vivienne.» Era una palabra muy importante.

Entonces Charles dijo:

—Gracias. ¿Recuerda algo más? ¿Estaba casada? ¿Tenía algún hijo?

—No lo estaba y no tenía hijos. —El ayudante mostraba una mirada dura y una expresión de desdén en los labios—. Pero era pobre, su ropa daba pena, y no me sorprendería que hubiera tenido varios hijos. Parecía la clase de persona que acaba teniendo problemas con la ley.

—¿Qué? —dijo Sophie.

El ayudante inspiró por la nariz.

—Tenía una boca rebelde.

Charles vio la cara de Sophie y decidió intervenir.

—¿Y se dedicaba a la música profesionalmente? —preguntó.

El ayudante se encogió de hombros.

—Gracias a Dios, en Francia, las mujeres no son músicos profesionales, señor. Pero estuvo tocando ese chelo en la tienda hasta que la hice parar.

Sophie saltó:

—¿La hizo parar?

—¡Niña!, no emplees ese tono conmigo, por favor. Lo hice porque estaba molestando a los demás clientes.

—¿Tocaba bien? —Aquel hombre no parecía comprender lo importante que era, y ella no sabía cómo hacérselo ver. Aporreó el mostrador con los puños—. ¿Tocaba de maravilla?

Volvió a encogerse de hombros.

—Era una mujer. Los talentos de las mujeres son limitados.

Sophie tenía ganas de pegarle con fuerza, con toda la que tenía. Quería

aporrearlo con uno de los violines que colgaban de la pared. Entonces el hombre dijo:

—Era peculiar.

Se oyó un carraspeo. El anciano propietario había rodeado el mostrador y estaba de pie junto al codo de su ayudante. Sostenía un arco de chelo como si fuera un látigo para caballos.

—Esfuércese un poco más, por favor, señor Lille.

El señor Lille se sonrojó.

—Me refiero a que era peculiar en términos musicales. Tocaba las marchas fúnebres aceleradas. Tocaba el *Réquiem* de Fauré sin la dignidad necesaria.

—¿Ah, sí? —dijo Sophie.

—¡Sí! —El dueño sonrió—. ¡De eso sí que me acuerdo! ¡De eso sí! Dijo que como vivía al lado de una iglesia, sólo se sabía las marchas fúnebres.

—¿Una iglesia? —repitió Sophie—. ¿Dijo cuál?

—No, pero nos explicó que la gente debería poder bailar con la música; por eso se había aprendido las piezas de la iglesia y las tocaba más rápido.

A Sophie le encantó cómo sonaba eso. A ella también le gustaría hacer algo así.

—Y era buena, ¿verdad? Yo sé que lo era.

Sentía un hormigueo en los dedos.

—La palabra «buena» no tiene cabida en este asunto. Era indecente —replicó el ayudante—. Hacía que la música solemne sonara frívola. No era... *comme il faut*.

—¿Nos podría hacer una demostración? —le pidió Charles.

—No —dijo—. No podría.

El dueño estiró la espalda, que le crujió como un disparo. Sophie hizo una mueca de dolor.

—Yo sí podría —dijo.

El señor Lille se quedó pasmado.

—*Monsieur!* Acuérdesse de lo que le dijo el médico.

—Le quiero hacer un favor a la pequeña. —Sacó un chelo de su estuche—. Escuchen.

La música empezó despacio. Sophie se estremeció. Nunca le había gustado el *Réquiem*. El anciano se mordió la lengua y aligeró el ritmo. La música aceleró hasta convertirse en una marcha y luego en una carrerilla, hasta que sonó alegre y triste al mismo tiempo. Sophie tenía ganas de dar palmas, pero

costaba seguir el ritmo. Era una de esas músicas que espabilan a cualquiera, y le entraron ganas de ponerse a bailar.

—Es como una tormenta —le susurró a Charles—. Es la clase de música que tocaría una tormenta.

—Sí —dijo él.

El propietario la oyó y dijo por encima de la música:

—Sí, ¡exacto, *chérie*! ¡Es exactamente eso!

Y enseguida bajó el arco, demasiado pronto para el gusto de Sophie.

—Ya está —dijo—. Era algo así. Creo que ella aún lo tocaba más rápido que yo.

—Pero ella no tocaba con tanta elegancia como monsieur Esteoule —dijo el ayudante—. Ella se aceleraba con el arco. Los jóvenes son imprudentes y valoran la velocidad por encima de todo.

Charles alzó una ceja. Las cejas pueden ser poderosas, y el señor Lille pareció calmarse.

—Admito —añadió— que nunca he visto a nadie tocar tan deprisa como esa chica.

—Vivienne —dijo Sophie. Lo dijo en un susurro—. Se llamaba Vivienne.

—Sí, Vivienne —dijo monsieur Esteoule—. Creo que ahora la recuerdo con claridad. Era extraordinaria. *Mon Dieu*, ¡qué velocidad! Jamás pensé que fuera posible.

—Pero no era la forma adecuada de tocar —insistió el ayudante—. A mí no me impresionó.

—A mí sí —dijo monsieur Esteoule—. A mí sí. Y yo no me impresiono con facilidad.

Sophie dejó que Charles se encargara de los agradecimientos y de las despedidas. Ella no podía hablar. Necesitaba conservar la música en su cabeza. Tenía un rincón del cerebro —lo sentía cerca de la frente y hacia la izquierda— donde almacenaba la música; y allí fue donde la guardó.

## 10

Tener un nombre lo cambiaba todo. Charles pidió hora en el archivo de la policía para el día siguiente. Rellenó el impreso con mayúsculas pulcras.

—*Nom du disparu* —dijo—. Eso significa «nombre del desaparecido»: El nombre es Vivienne Vert. —A continuación vaciló—. Aquí pone «nombre del solicitante».

—¿Ésos somos nosotros? ¿Y qué escribimos? —preguntó Sophie—. ¿Vamos a mentir? No vamos a dar nuestros nombres reales, ¿verdad?

—Claro que no. Pero aun así, es bastante complicado —dijo Charles—. Técnicamente somos fugitivos, querida. En realidad, creo que lo mejor será que te quedes en el hotel.

—Pero ¿no podemos dar nombres falsos?

—Sí, por supuesto. Sin embargo, es posible que a estas alturas en Londres ya hayan avisado por cable a los puertos más cercanos. Tendrán nuestras descripciones.

—Pero dijiste que pasarían días.

—Dije que esperaba que pasaran días. Estaría mucho más contento si te quedaras en el hotel.

—Pero ¿por qué yo y no tú?

—Yo soy un tipo corriente, querida. Tú eres inolvidable. Me temo que tú eres, si me perdonas, espectacularmente fácil de describir. Lo digo por el pelo.

Sophie reflexionó. Pensó en quedarse en su habitación del desván mientras Charles no estaba, pero la idea le dio náuseas.

—No. Tengo que ir.

—¿Estás segura?

—No hablaré. Pero tengo que ir.

Charles vaciló.

—¿Has traído una falda?

—Sí. Por lo menos, tengo un vestido.

—¿Tienes algún sombrero? ¿Algo para esconderte el pelo?

—Sí. Me lo dio la señorita Eliot. Pero cuando me lo pongo parezco un caniche.

—Perfecto. Ninguna descripción policial mencionaría un caniche. Póntelo.

Al día siguiente Sophie se despertó temprano. Se vistió de prisa, o por lo menos lo intentó. No era fácil respirar aquella mañana. Parecía que tuviera demasiada esperanza en el pecho como para que le cupiera también el aire.

La sede central de la policía era un edificio grande. Demasiado grande, pensó Sophie, y demasiado frío. Pero la recepcionista tenía una cara dulce y Charles le ofreció su caja de caramelos de menta mientras esperaban. La chica pareció sorprenderse, pero luego sonrió y cogió tres. Sophie los rechazó; bastante le costaba ya tragar sin ellos. Charles y la chica se estaban riendo de algo en francés y sus risas sonaron demasiado fuerte en el vestíbulo de mármol. Sophie hubiera preferido que no se rieran. La gente los estaba mirando. Se alejó un poco y fingió leer los avisos franceses colgados en las paredes.

La recepcionista la miró y tiró de la solapa de Charles. Cuando él inclinó la cabeza con educación, ella le susurró algo al oído. Entonces contempló a Sophie de nuevo y se volvió a reír. La niña frunció el ceño, avergonzada. El funcionario apareció justo cuando el eco de las risas se estaba apagando, y la chica agachó la cabeza y empezó a ordenar algunos documentos.

—Vengan de prisa, por favor —dijo el hombre. Hablaba un inglés sin rastro de acento—. Sólo dispongo de diez minutos. Y tú, Brigitte, no deberías reírte en horario de oficina.

El funcionario tenía la manía de pasarse la lengua por los dientes antes de hablar. Sophie pensó que parecía un sapo comiendo moscas. Intentó no mostrarse muy nerviosa, pero le sudaba el labio superior. Se escondió detrás de Charles y se lamió el sudor.

El suelo era de mármol y las botas de Sophie resonaban en él mientras seguían al funcionario por el pasillo. Intentó caminar de puntillas, pero cuando iban por la mitad, empezó a quedarse atrás. El funcionario se dio la vuelta y suspiró desganado.

Sophie se sonrojó.

—¡Lo siento! ¡No lo estoy haciendo a propósito! Es que... llevo zapatos

nuevos.

Charles también se dio la vuelta, retrocedió y la cogió de la mano.

—No te disculpes. Tus zapatos son perfectos; pareces una bailarina de claqué.

El funcionario se volvió. Sophie tiró de Charles hacia abajo para poder susurrarle:

—¿Qué estaba diciendo la recepcionista?

—Entre otras cosas que le parecías muy guapa. Le he hablado un poco sobre ti. Ha dicho que tenías cara de guerrera.

—¡Ah! Y entonces ¿por qué se reía?

—No se estaba riendo de ti. De todos modos, a este sitio no le vendría mal un poco de risa, ¿no crees?

—¡Sí! Es como una cárcel. —Lo agarró con fuerza—. Es como si se hubieran olvidado de todo lo que importa, ¿verdad? O sea, han olvidado que existen cosas como los gatos y el baile.

—Sí. Exacto. Vamos a hacer ruido por el pasillo, ¿de acuerdo? ¿Pateamos?

—¡Sí! —contestó Sophie y se dijo que debía ser valiente. «Tienes cara de guerrera.»

Enderezó la espalda y avanzó pateando por todo el pasillo. Charles intentó marcar un pasodoble desgarrado. Parecía un caballo tratando de subir una escalera. Sophie se sintió mejor de inmediato, dio un buen salto y entrechocó los tobillos en el aire. Charles aplaudió dándose palmadas en el muslo con la mano que tenía libre. Delante de ellos, el funcionario soltó un enfático suspiro y su flequillo ondeó hacia arriba, como las algas. Sophie le sacó la lengua sin que la viera.

El hombre se detuvo junto a la puerta de una sala donde había un enorme escritorio marrón.

—Ésta es nuestra sala de entrevistas —dijo—. La acaban de redecorar. Señor, por favor, no deje que su jovencita toque nada.

Daba la impresión de que los hombres retratados en los cuadros de la pared llevaran la ropa demasiado ajustada. Por la cara que ponía uno de ellos parecía estar tirándose un pedo.

—Está muy... limpia —dijo Sophie.

Se caló el sombrero con más firmeza. Pensó que era como si lo hubieran pintado todo de colores tristes a propósito. Hasta la lámpara de araña parecía deprimida.

—Si es tan amable de pasar, señor Smith —dijo el funcionario—. Y la jovencita... —gesticuló en dirección a algunas sillas alineadas en el pasillo—, la jovencita esperará fuera.

—¿Qué? —dijo Sophie—. ¡No! Charles, por favor. Por favor.

—Gracias, señor. —Charles tenía una expresión impasible y cautelosa—. Pero la «jovencita» entrará con nosotros si le apetece.

—Quiero entrar —confirmó Sophie.

Y luego, como acababa de recordar que no debía hablar, fulminó al funcionario con la mirada, apretando los labios con fuerza.

—En ese caso, por favor, tomen asiento. —El funcionario era bajo y su nariz llegaba a la altura de la clavícula de Charles. Cuando volvió a suspirar, lo hizo con tanta fuerza que agitó la corbata de éste—. No tardaremos mucho.

Sophie miró a Charles.

—¿Por qué no? —susurró—. Eso no es buena señal, ¿verdad?

Charles negó levemente con la cabeza y articuló sin palabras:

—Guarda silencio, cariño.

Sophie se calló.

El funcionario dijo:

—Antes de empezar, me temo que debo advertirles que ésta no es la clase de petición que nos agrada.

—Vaya —dijo Charles. Sophie no dejaba de mirarlo. Tenía el rostro tan inexpresivo como una pared de ladrillo—. Supongo que gestionar estas peticiones forma parte de su trabajo, ¿no?

—Es una pequeña parte de mi trabajo, sí —respondió el funcionario—, pero buscar a una persona desaparecida a la que uno no conoce ni ha visto nunca parece absurdo.

—¿Ah, sí? —dijo Charles—. Qué fascinante.

—Disculpe que le diga que tales peticiones sólo provocan decepción y una gran pérdida de tiempo en nueve de cada diez ocasiones.

—Comprendo —contestó Charles—. ¿Y la décima?

—En realidad debería haber dicho novecientas noventa y nueve veces de cada mil.

—Claro. ¿Y la milésima?

—Señor, su caso no será la excepción. No creo que exista una mujer como ésta.

—Hay miles y miles de cosas que no creíamos y han resultado ser ciertas



—dijo Charles—. No deberíamos dejar pasar ni la más remota posibilidad.

—Señor, este caso es imposible. Nos ha preguntado por una mujer de la que no conoce ni la fecha ni el lugar de nacimiento, ni su profesión.

Sophie dijo:

—Era músico. Se lo dijiste, ¿verdad, Charles?

—Disculpe, señorita Smith, pero las mujeres no son músicos. En realidad, sí que tenemos informes sobre una mujer llamada Vivienne Vert, pero...

—¿Ah, sí? —Sophie se puso tiesa como una flecha—. ¿Dónde está? —El hombre no le hizo ni caso—. ¿Qué es lo que pone?

Charles repitió la pregunta de Sophie:

—¿Qué pone en esos informes?

—Si lo que dicen ustedes es cierto, no puede tratarse de la misma mujer. No era músico. Parecía tener pequeños problemas con la ley.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó Sophie.

—Pues allanamientos, merodeos, asociación con maleantes y vagabundos. En cualquier caso, desapareció hace trece años; de repente ya no hay ninguna receta médica a su nombre, ni registros del banco. Las mujeres de esa clase suelen desaparecer. No consta que tuviera ninguna hija. Y desde luego tampoco tenemos constancia de que esa mujer viajara a bordo del *Queen Mary*.

—Supongo que podremos echar un vistazo a los archivos del *Queen Mary*, ¿no? —dijo Charles.

Era una pregunta sencilla, pero al hombre se le endureció la expresión y se le torcieron las comisuras de la boca hacia abajo.

—¿Tiene algún motivo para querer hacer tal cosa, señor?

—¡Claro que sí! —gritó Sophie—. Yo estaba...

Se calló.

—¿Sí?

Sophie dijo:

—Nada. —Ella era la señorita Smith, claro, y no tenía nada que ver con Sophie Maxim—. Disculpe —murmuró.

El funcionario volvió a ignorarla. Entonces Charles señaló:

—Yo creo que la curiosidad es un buen motivo para hacer muchas cosas. ¿Tiene usted algún motivo para no enseñarnoslos?

—Sí —contestó. Sophie vio cómo posaba la vista en el armario del archivo y luego la apartaba enseguida—. O no exactamente; lo que quiero decir es

que creo que los archivos debieron de hundirse con el barco. Yo no me encargo de esa clase de búsquedas. —Su voz adoptó un tono estridente—. Verá, señor, ¡el papeleo es un asunto complejo! Me temo que no puedo ayudarlos. No.

—En ese caso, podría remitir nuestra petición a...

—¡Café! —gritó el hombre de repente y tocó una campanilla—. ¿Puedo ofrecerles un café antes de que se vayan?

—Gracias —dijo Charles—, pero no. Preferiría hablar sobre...

—¡Debo insistir! —El pánico se reflejaba en sus ojos—. El café francés es el mejor del mundo.

La recepcionista entró en la sala empujando un carrito plateado y le guiñó un ojo a Sophie.

—Déjalo aquí y márchate, Brigitte —dijo el funcionario—. A ver. ¿Dónde estábamos?

Sophie bebió un sorbo e intentó tragarlo, pero se dio cuenta de que su garganta había dejado de funcionar. Lo escupió muy deprisa dentro de la taza, salpicándose un poco el vestido blanco, y el funcionario se echó para atrás.

—Lo siento —murmuró—. Demasiado caliente.

Él le dio la espalda lo mejor que pudo sin levantarse. Parecía una postura incómoda.

—¿Qué estábamos diciendo, señor? —repitió.

—Usted estaba diciendo —dijo Charles— que no nos puede ayudar a encontrar los archivos del *Queen Mary*. Y yo le he pedido que remita nuestra petición a alguien que piense de otra forma.

El funcionario había aprovechado para ordenar sus ideas mientras servía el café. Se humedeció sus labios de rana.

—Me temo que no puedo hacerlo. Es completamente imposible. Una cuestión de protocolo.

Charles asintió.

—Comprendo —dijo. Su educación era mortal—. Sophie —añadió—, ¿podrías esperar fuera un momento?

—¡Oh! ¿Por qué? ¿Acaso es porque he escupido? Por favor, no...

—No —contestó él con delicadeza—, no es porque hayas escupido. Pero haz lo que te pido, por favor.

Ella le vio la cara y se levantó sin decir una palabra.

—Me quedaré junto a la puerta —dijo, y cerró al salir.

Una vez fuera, se sentó en el suelo y se abrazó las rodillas. El pasillo parecía más frío que antes y más oscuro. Sophie apretó los puños y miró fijamente al techo. Entonces susurró con la boca pegada a las rodillas:

—Por favor. Por favor. La necesito. —El corazón le latía con tanta fuerza que le dolía—. Es lo único que quiero. Sólo a ella.

Se oían voces dentro de la sala. Sophie se levantó y pegó la oreja al ojo de la cerradura. Hizo una mueca porque el metal estaba frío, pero el agujero era grande y podía escuchar con claridad.

El funcionario estaba hablando:

—... ridículo. Una fantasía infantil, una niña pequeña...

Entonces oyó la voz de Charles:

—Subestima usted a los niños. También subestima a las chicas. Señor, necesito concertar una cita con el comisario.

—Y usted, señor, se da demasiada importancia. No puedo concertarle una reunión con el comisario.

—Comprendo. —Se hizo una pausa. Sophie contuvo el aliento—. La recepcionista es encantadora, ¿verdad? Ha sido muy útil.

—No entiendo qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando.

—Ella ha mencionado que cuentan con un sistema de contabilidad muy innovador. Su forma de interpretar los números es realmente... única. Y a su cuenta bancaria parece irle mejor con este sistema que con el tradicional.

Se oyó escupir a alguien. Sophie supuso que sería el café del funcionario.

Entonces la voz de Charles añadió:

—No deseo mezclarme en asuntos turbios, pero me parece que a los dos nos interesa que yo consiga esa cita con el comisario.

—Esto es chantaje.

—Exacto —dijo Charles.

—El chantaje es un delito.

—Así es —respondió Charles.

La voz del funcionario sonó rígida y fría como un cadáver.

—¿La niña lo merece? ¿Merece que cometa usted un delito?

—Ya lo creo —respondió Charles con serenidad—. Es tan brillante que podría provocar un incendio forestal.

—A mí me ha parecido bastante normal —comentó el funcionario.

Sophie, que seguía en cuclillas al otro lado de la puerta, se erizó.

—Eso suele pasar con todas las personas hasta que uno llega a conocerlas bien —dijo Charles—. Sophie está dotada de una inteligencia y una determinación únicas; y en este momento en particular, también de manchas de café. Por cierto, ahora que hablamos del tema...

Una silla se arrastró por el suelo y Sophie sólo tuvo tiempo de dar dos pasos hacia atrás, tambaleándose, antes de que se abriera la puerta.

—Ya puedes entrar, Sophie. Este caballero tiene buenas noticias.

El funcionario estaba más pálido que antes. Se le dilataron las aletas de la nariz.

—Puedo concertarles una cita con el comisario —señaló—. Quizá él pueda ayudarlos.

—Gracias —contestó Charles—. Es usted muy amable. ¿Mañana?

—Mañana es imposible. En realidad, esta semana está muy ocupado... No estoy seguro de que...

Charles se levantó. Su altura se cernía amenazadora por encima del funcionario. Sus cejas habían adoptado su apariencia más alarmante.

—Entonces pasado mañana. Gracias. Estaremos aquí a mediodía. Vamos, Sophie.

Por segunda vez ese día, Sophie tiró de él para susurrarle:

—No me he acabado el café. ¿Tengo que hacerlo?

—No —dijo Charles—. Creo que yo también dejaré el mío. Sabe a alfombra líquida.

—Qué bien —dijo ella—. Yo he pensado que sabía a pelo quemado.

Y escupió en la taza por segunda vez.

## 11

Las noches de París eran más tranquilas que las de Londres. Sophie no podía dormir. Cuando se acostaba, la luz de la luna que se colaba en la habitación iluminaba tanto que se podía leer con ella, pero Sophie se quedaba mirando fijamente el libro sin ver las palabras.

Estaba asustada. Se decía que no había motivos para tener miedo, pero se le aceleraba tanto el pulso que no podía respirar. Intentó pensar en Charles, que era tan bueno y tenía las piernas tan largas; luego intentó pensar en su madre, que quizá estuviera sólo a algunas calles de distancia. Ninguna de las dos cosas la ayudó. Sólo podía imaginar que la pillarían, y lo horrible que sería, y la cara de satisfacción de la señorita Eliot.

Oyó cómo se iba quedando en silencio el resto del hotel. Dio vueltas en la cama hasta que las sábanas y las mantas acabaron apiladas en el suelo, pero seguía sin poder dormir.

Al final, se subió a la cama y observó la claraboya de cerca. Habían olvidado comprar aceite, y cuando tiró del cierre de la ventana, no ocurrió nada. La bisagra estaba oxidada y desconchada.

Entonces se le ocurrió una idea y susurró:

—¡Sí!

Bajó la escalera corriendo y se detuvo a escuchar fuera del comedor. Sonaba vacío; se coló a toda prisa, cogió la botella de aceite de oliva de la mesa más cercana y volvió a salir antes de que el ratón de la esquina tuviera tiempo de hacer otra cosa más que parpadear.

De vuelta en su habitación, vertió aceite sobre varias hojas de periódico y untó con ellas la bisagra. Algunos minutos más tarde, la claraboya continuaba igual, pero el papel se deshizo y le pringó las manos. Necesitaba algo más resistente.

—Tela. Necesito tela —susurró.

Pensó que la funda de la almohada serviría, pero el hotel probablemente no estuviese muy de acuerdo con ese uso. Entonces tuvo una inspiración: se

quitó una de las medias de lana, se la puso como si fuera un guante y vertió la mitad de la botella de aceite sobre ella.

Sophie frotó la bisagra sacando la lengua entre los dientes. Primero se desprendieron algunas escamas de óxido y por debajo asomó el latón brillante. Por algún motivo inexplicable, se le aceleró el corazón. Cuando ya la hubo pulido lo suficiente, descorrió el pestillo —estaba duro, pero la ayudó tener los dedos llenos de aceite— y empujó la ventana con fuerza. No pasó nada. Empujó con más fuerza. La claraboya crujió obstinada y siguió como estaba.

Sophie maldijo. Se dejó caer al suelo. Se dijo que no tenía ningún motivo para disgustarse. Sólo era una ventana. Era probable que no la hubieran diseñado para que se abriera. No tenía ningún motivo, pero se descubrió luchando contra aquel picor que notaba detrás de la nariz que siempre la asaltaba justo antes de que aparecieran las lágrimas.

—Tranquilízate. Te estás comportando como una tonta —se dijo—. Piensa.

Se levantó y, al hacerlo, tiró algo de la mesita de noche. Era el panecillo de canela y pasas que le había regalado la mujer de la estación.

—¡Oh! —susurró Sophie.

El panecillo tenía las esquinas secas, pero seguía estando dulce y tierno por dentro. Se lo comió en menos de un minuto.

Luego se chupó los dedos y se arrepintió al instante: la combinación de azúcar y aceite tenía un sabor desagradable. Se levantó. Se escupió en las manos y empujó las esquinas de la ventana con todas sus fuerzas. Jadeó. Y entonces se retiró de un salto cuando la claraboya se abrió de repente con un crujido.

—¡Sí! —exclamó.

Sophie trepó por la claraboya sin pararse a pensar. Apoyó una rodilla en el alféizar y un pie sobre el armazón de la cama. Luego saltó con un solo impulso y sus manos buscaron un punto de apoyo en la parte de fuera. Entonces, tras un rugido de dolor y una voltereta, salió al tejado.

Se puso a cuatro patas y esperó a que se le normalizara la respiración. Le sangraba bastante una rodilla y, mientras aguardaba a que se le pasara el temblor, se lamió la herida y se la vendó con la otra media.

El tejado era una extensión plana, gris y suave, y tenía alguna que otra salpicadura decorativa en forma de excremento de pájaro. Había una salida de

chimenea y una veleta y todo estaba cubierto por una capa de hollín negro. Pensó que debía de ser uno de los más altos en varios kilómetros a la redonda. La observaba una paloma. Le hizo una mueca. El pájaro la miró con arrogancia y le dio la espalda.

Sophie gateó hasta el borde y miró la ciudad. París se extendía ante ella, teñida de distintos tonos de azul nocturno. Era un entramado de calles y plazas. Gracias a la luz de la luna pudo ver los toldos brillantes de las marquesinas de las tiendas —sorprendentemente sucios vistos desde arriba— y los círculos concéntricos de los sombreros de dos caballeros elegantes que pasaban por debajo. Sophie pensó que los sombreros de copa parecían mucho menos absurdos vistos desde un tejado. Y también que, desde allí arriba, las calles parecían ríos. Hasta el río parecía de mercurio bajo la luz de la luna. Entonces cambió la dirección del viento y la asaltó un olor a heno húmedo y a caballos.

Se asomó un poco más y miró hacia abajo. Fue un error. Susurró una palabrota con suavidad y se le cayó el estómago a los pies. Retrocedió muy deprisa y clavó las uñas en los ladrillos de la chimenea para tranquilizarse. Nunca había estado en un sitio tan alto. La luna se veía tan cerca que parecía que se le pudiera tirar un guijarro y alcanzarla.

Sophie se quitó el camisón y se puso de pie, en bragas y camiseta interior. Giró sobre sí misma y el cielo de París dio vueltas con ella. El viento sopló con más fuerza y una enorme burbuja de felicidad empezó a elevarse por su pecho en dirección a su nariz. Estiró los brazos y bailó una danza de guerra entre las chimeneas, aullando, muy flojito, en un murmullo.

Le habría gustado quedarse fuera toda la noche, pero poco después de que los relojes dieran las dos cogió frío y la rodilla le empezó a sangrar otra vez. Se limpió la mayor parte de la sangre con unas hojas y se ciñó la media con más fuerza antes de volver a bajar por la claraboya.

Justo cuando estaba a punto de entrar en la habitación, le pareció ver algo que se movía en el tejado de enfrente. Pero ya sabía que las sombras de la noche son muy engañosas; sería un pájaro grande o una corriente de aire nocturno.

## 12

Sophie no durmió demasiado. Apenas había cogido el sueño cuando se oyó un ruido muy fuerte en la habitación y también un golpe. Se despertó sobresaltada. Estaba tumbada boca abajo y la almohada sofocó su grito, pero aun así, una voz dijo claramente en medio de la oscuridad:

—No aúlles así. Vas a despertar a todo el hotel.

Su tocador se hallaba en el suelo, junto a una taza rota. Toda la alfombra estaba llena de barro y hollín. Y había un chico a los pies de su cama.

Éste dijo:

—Para. *Arrête!* ¡Deja de llorar! ¡Para ya, Sophie!

En su opinión, Sophie no estaba llorando; se estaba atragantando, cosa que parecía razonable, dadas las circunstancias. Se apartó el pelo de los ojos.

—¿Quién eres? —Cogió un libro y se lo pegó al pecho, por encima del corazón. Podría servirle de ayuda si el niño intentaba apuñalarla—. Gritaré.

—No. No grites.

—¿Por qué no? —Estaba demasiado oscuro para verlo con claridad—. Estoy a punto de hacerlo.

Sophie pensó que no era mucho mayor que ella. Tenía las piernas largas y un rostro tenso y receloso, como el de un animal. No parecía un asesino. Se le empezó a normalizar la respiración.

—Porque no me gustan los gritos.

—¿Qué quieres?

—Quiero hablar contigo, Sophie.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Y qué estás haciendo aquí?

—Se lo oí a ese hombre en la calle. Ese tan alto al que llamaste Charles. Yo me llamo Matteo —añadió como coletilla.

—¿Nos estabas espiando?

El chico se metió el dedo en la nariz.

—Sí. Pero no sois especiales. Espío a todo el mundo.

—¿Y qué pasa si grito para que venga la policía? ¿Qué pasaría?



Él se encogió de hombros.

—No lo harás. Pero si lo hicieras, puedo desaparecer en... —observó la claraboya y calculó con tranquilidad— seis segundos.

—No si yo te lo impido.

El chico volvió a encogerse de hombros.

—Podrías intentarlo.

—¿Y qué estás haciendo aquí?

Sophie se sentó. Pensó que debía mantenerse firme. Era una suerte que su habitación fuera tan pequeña. Si él intentaba atacarla, podría salir por la puerta en tres pasos.

—He entrado desde el tejado.

—¡Sí, eso ya lo veo! —La ventana estaba más abierta de lo que ella la había dejado, y el chico había llevado consigo por lo menos dos docenas de excrementos de paloma—. Pero ¿por qué? ¿Por qué no has entrado por la puerta?

—¿No la cierras? Eso es peligroso. Deberías cerrar la puerta.

—En realidad sí la cierro: de ese modo no puede entrar nadie.

El chico volvió a encogerse de hombros. Estaba oscuro y costaba verlo con claridad, pero era muy probable que se estuviera riendo de ella. Y no era una risa amistosa.

Sophie dijo:

—¿Y cómo has llegado al tejado? Pensaba que la única manera de acceder a él era mi claraboya.

—¿Pensabas que sólo había una forma de subir al tejado? *Vraiment?* ¿De verdad pensabas eso?

—¿Por qué te ríes?

—Hay cientos de formas de llegar a cualquier tejado. Podría haber trepado por el tubo del desagüe.

—¿Ah, sí? Pero en ese caso te habría oído, ¿no?

—Es probable.

—Entonces ¿cómo lo has hecho?

—De un salto, desde el edificio de al lado.

—¿De un salto? —Sophie intentó aparentar indiferencia—. ¿Eso no es peligroso?

Por mucha expresión de indiferencia que pusiera, se notaba la cara tensa.

—No. No lo sé. Puede ser. La mayoría de las cosas son peligrosas. Te

tiembla el ojo.

—¿Ah, sí? —Sophie renunció a la cara de indiferencia—. Vaya.

—*Oui*. En fin. —La miró, sus ojos eran negros y duros—. He venido a advertirte de que te alejes de mi tejado.

Sophie se quedó sin habla. En parte esperaba que le pidiera dinero o que intentara robarle el chelo. Estaba tan sorprendida que se olvidó de tener miedo. Le respondió:

—¡No es tu tejado! ¿Cómo va a ser tu tejado?

—Todos los tejados que hay entre el río y la estación de tren son míos. Y no te he dado permiso para subir.

—Pero... los tejados no son de nadie. Son como el aire y el agua. Son tierra de nadie.

—No es verdad. Son míos.

—¿Cómo? ¿Cómo pueden ser tuyos?

—Porque lo son. Yo soy la persona que mejor los conoce.

Estaba tan poco convencida que las dudas se le debieron de reflejar en la cara, porque entonces el chico frunció el ceño.

—¡Los conozco! —exclamó—. Sé muy bien qué caperuzas se caerán el próximo otoño y la clase de setas de canalón que son comestibles. Apuesto a que ni siquiera sabías que las setas que crecen en los canalones se pueden comer.

Sophie no sabía que existían esas setas y no contestó nada.

—Y —añadió él— conozco hasta el último nido de pájaro de mi parte de la ciudad.

—Eso no te convierte en el dueño de los tejados.

—Me pertenecen más que a cualquier otra persona. Vivo en ellos.

—No es verdad. No puedes vivir en los tejados. Nadie vive encima de las casas. Se vive dentro de ellas.

—No sabes lo que dices.

El chico la fulminó con la mirada. Golpeó la pared y su mano dejó una marca de hollín. Le faltaba la punta del índice derecho.

—Mira, esto es absurdo —añadió luego—. No quiero hacerte daño, pero tienes que alejarte de los tejados, o si no te...

—¿Qué?

—Te haré daño —dijo como si nada, con la misma neutralidad con que le habría vendido pan.

—Pero ¿por qué? ¿De qué hablas?

—No serás lo bastante cuidadosa. Me delatarás. Tú tienes las calles. Úsalas.

Fuera, las nubes se apartaron de la luz de la luna y por un momento el fulgor de la noche inundó la habitación. El chico tenía la cara morena (aunque Sophie pensó que quizá fuera suciedad), y parecía toda ángulos afilados y ojos.

—No puedo alejarme de los tejados —dijo Sophie—. Los necesito.

—¿Por qué?

—Yo... —empezó ella—. Es muy difícil de explicar. Me siento segura en el tejado. —Se sonrojó al decirlo. El chico resopló—. O sea, me parecen importantes.

Él dijo:

—¿Y...? *Et alors?*

—Tengo la sensación de que ya he estado ahí —explicó Sophie—. Creo que pueden ser una pista.

Esperaba que él cediera. Era lo que hacía la gente: transigir. Ceder era de buena educación.

Pero él se la quedó mirando sin sonreír.

—*Non*. Los tejados no son una pista; son míos. Me delatarías. Serías lenta. Y si eres lento, la gente te ve.

—¡Yo no soy lenta!

Él le miró las manos y los pies.

—Sangrarías con facilidad. Pareces delicada.

—Yo no soy delicada. ¡Mira! No, no te vayas. Mira. —Sophie levantó la palma de la mano izquierda. Las cuerdas del chelo le habían hecho callos en los dedos—. ¿Te parecen delicados?

—Sí. Me lo parecen.

A Sophie le dieron ganas de gritar.

El chico dijo:

—Y hablarías muy alto.

—¿Cómo lo sabes? No me conoces.

Le parecía el colmo que aquel chico se colara en su habitación en plena noche y se pusiera a criticar su volumen de voz.

—Toda la gente del asfalto es ruidosa. Me delatarías. O tal vez te caerías, y entonces la gente subiría a mirar y nos encontraría a todos. Es decir a mí. No.

No volverás a subir.

—No me lo puedes impedir.

El chico suspiró. Habló como quien apenas mantiene la serenidad por los pelos.

—¡Está bien! Pero quédate en tu tejado. No te acerques al borde. Agáchate. Márchate antes de que amanezca o te verán. Y no hagas ruido o te oiré y vendré a quemarte el pelo mientras duermes.

—Pero ¡no puedo hacer eso! —dijo Sophie—. De verdad, no puedo quedarme aquí. Necesito investigar. Necesito averiguar más cosas. No podría... —Vaciló—. ¿Podría ir contigo?

Él le lanzó una mirada fría que quemaba.

—¡Está bien! Si me coges.

No había mentido al decir que podía desaparecer en seis segundos. Se agarró al marco de la ventana y, antes de que Sophie hubiera contado hasta cinco, ya se había impulsado hacia arriba y estaba fuera. Parecía hecho de muelles y piel.

Ella lo imitó con apenas algún arañazo y poca sangre. Tenía las piernas largas y era rápida; pero cuando consiguió trepar hasta las tejas de pizarra, el chico ya estaba cuatro tejados más allá. Su forma de correr era saltarina y peculiar. Por lo menos, Sophie creyó que era él, pues sólo veía una sombra negra que se confundía con las que proyectaban las nubes al desplazarse por delante de la luna.

Sophie lo siguió. La noche era húmeda y las tejas resbalaban en los lugares más inesperados. No se atrevía a seguirlo deprisa; trotó, tan rápido como se lo permitía el miedo, por su tejado y el siguiente.

Correr por un tejado no tenía nada que ver con otras formas de desplazarse. Intentó agachar la cabeza y avanzar con la espalda medio inclinada. Sería imposible explicar la presencia de un trasero asomando por encima de las barandillas y las caperuzas de las chimeneas. Le daba la sensación de que tenía los brazos y los dedos más largos de lo habitual y que le entorpecían el paso.

Se detuvo jadeando. El viento sopló con más fuerza, y Sophie se agarró a la caperuza de una chimenea. Los relojes que había a sus pies empezaron a tocar las cuatro. París se despertaba. Pensó que su despertar sonaba como el zumbido de cien secretos: era como el murmullo de una docena de pitonisas.

Pero el chico ya no estaba. El chico había desaparecido.

## 13

A la noche siguiente, Sophie empezó a entrenar.

Se esforzó más que en toda su vida. Hacía sentadillas y dominadas en el marco de la puerta. Practicó mantener el equilibrio sobre una sola pierna con los ojos cerrados, una y otra vez. La primera aguantó siete segundos. La centésima, un minuto y cuarenta y dos segundos. Corría descalza de un lado a otro del tejado y cantaba entre dientes para no pensar en el dolor.

Sobre la una de la madrugada, se dio cuenta del motivo por el que la forma de correr de Matteo le había parecido distinta: apoyaba primero los dedos en lugar de los talones. Sophie advirtió que esa técnica trasladaba el centro de gravedad a la zona cercana a las rodillas. El descubrimiento fue como el agua caliente, como resolver un problema matemático.

A las dos de la madrugada, el chico apareció. Estaba a dos tejados de distancia, agachado detrás de la caperuza de una chimenea. Sophie lo vio, pero no creía que él se hubiera dado cuenta de que lo había visto.

Sophie le gritó:

—¡Te estoy viendo! ¡No pienso rendirme!

Hizo una rueda. Fue la más desafiante que se había hecho sobre un tejado de París.

Sophie giró sobre sí misma. Se sentía nerviosa y fuerte. Pensó que era improbable que sus músculos se hubieran vuelto más resistentes. Suponía que eso aún tardaría meses. Más bien era como si, sabiendo que los necesitaba, se hubieran despertado para echarle una mano. Parecían músculos de gato: estaban más inquietos y vigilantes. Sophie pensó que era importante tener músculos. Los músculos ponen el mundo a nuestro alcance.

Allí arriba, el viento soplaba con fuerza, y le entró hollín en los ojos. Sophie se recogió el pelo con una ramita.

La oscuridad era más densa en lo alto del tejado; era espesa y silenciosa. En la calle, la oscuridad es aburrida y vulgar, como una pizarra. Allí arriba parecía estar llena de pájaros invisibles y de los susurros de la ciudad. El olor

también era diferente. Sophie pensaba que en la calle sólo podía percibir los olores que tenía a pocos metros. Desde allí arriba, en cambio, podía oler la mezcla de aromas de todas las panaderías y de todas las tiendas de animales de París. El resultado era una fragancia densa, peculiar y deliciosa.

Desde el tejado, la luna parecía el doble de grande y el triple de bonita. Merecía la pena observarla con tiempo desde los tejados.

Sophie imaginó a su madre allí arriba, entre las estrellas. Las madres pertenecen a los tejados.

Caminó hasta el siguiente tejado, luego saltó el hueco de un metro que la separaba del posterior, y corrió por otros tres. Gritó:

—¡Matteo! Sé que me oyes. ¡No pienso rendirme! ¡Seguiré buscando! —  
Luego, indecisa y sintiéndose un poco tonta, gritó en medio de la noche—:  
¡¿Hacemos las paces? ¿Amigos?!

Un caballo relinchó en algún sitio a sus pies. Parecía que se estuviera riendo.

Sophie regresó a toda prisa. Corrió como debe hacerse, no fue sólo un trote. El corazón le latía tan deprisa que le golpeaba las costillas. El viento le sacudía la ropa y el pelo, pero ella se mantuvo firme. Pensó que así debía de sentirse la gente en el cielo. Estaba tan segura como un cuervo. Por muchas cosas que pudieran decirse contra los cuervos, pensó, daban la impresión de saber lo que hacían.

## 14

Sophie se preparó para la reunión con el comisario como otras personas se preparan para la guerra. Se lavó con agua fría y se alisó las cejas con saliva. Se frotó lavanda en las muñecas y en el cuello. Practicó una expresión inocente delante del espejo. Se pulió los zapatos con un escupitajo y limpió las manchas de aceite y de excremento de pájaro de las medias.

—Parece que estés a punto de salir a cantar el solo del coro de la iglesia — le dijo Charles cuando se encontraron delante de la puerta.

—¿Sí? —Se anudó la punta de la trenza y se la metió debajo del sombrero —. Ésa era la intención.

—Ya lo creo. Pareces la dueña de, como mínimo, un poni. No pareces tú. Buen trabajo.

Mientras los dos caminaban por la calle, Sophie tuvo la sensación de que observaba París con una novedosa mirada crítica. No dejaba de mirar hacia arriba y juzgaba los tejados casi sin darse cuenta. Aquél estaba demasiado inclinado y ése era demasiado bajo; aquel otro era perfecto, aunque el tubo del desagüe parecía algo endeble.

Cuando tuvieron la sede central de la policía a la vista, pensó que sería maravilloso trepar por la fachada. Tenía un tejado plano y el desagüe era de un hierro muy consistente. Cuando entraron, se puso tensa. Habría preferido estar en el tejado, en vez de allí dentro.

La reunión se celebró en una sala de techos altos y muebles grandes. Parecía diseñada para hacer sentir pequeña a Sophie. Junto a la puerta había un guardia en posición de firmes.

Enseguida quedó claro que más que una reunión era una emboscada.

El comisario no se levantó para recibirlos. Hizo un gesto con la mano señalando dos sillas.

—*Bonjour*. Buenos días.

Tenía un acento francés muy marcado; sonaba mostachoso.

—Por favor, tomen asiento. Señor Maxim, señorita Maxim.

Sophie se sentó antes de percatarse de lo que había dicho. Cuando cayó en la cuenta, se levantó de un brinco y se abalanzó hacia la puerta.

—¡Charles! —gritó—, ¡venga, corre!

Pero él no se movió. Estaba de pie en medio de la estancia, con el paraguas en la mano y una expresión tensa. Parecía un soldado. Sophie aguardó con la mano en el pomo.

El comisario sonrió.

—Podría darles la bienvenida a París, pero no sería sincero.

—¿Qué ocurre? —preguntó Charles—. ¿Está pensando en arrestarme?

—*Non*. Mi intención es ofrecerle una elección. Siéntese.

—¿Y de qué elección se trata? —dijo Charles, que se quedó de pie.

—Siéntese, por favor. Está usted desperdiciando una buena silla.

Sophie se quedó donde estaba. Charles finalmente se sentó.

—¿Qué elección tiene en mente?

—Una muy sencilla. Si no abandona su búsqueda pueril y se marcha de este país, haré que lo metan en la cárcel.

Se le dilataron las aletas de la nariz como si le gustara la idea.

—Comprendo. Vaya, eso es admirablemente directo. ¿Puedo preguntarle por qué no lo ha hecho ya?

—Creo que queremos evitar montar un escándalo, *si possible*. *Non*?

—No —dijo Sophie—. Yo prefiero montar un escándalo. Necesito encontrarla.

—Chiquilla. —Se volvió hacia ella. Toda la opulencia de la habitación pareció concentrarse a su espalda—. *Écoutez-moi*. Escúchame. El *Queen Mary* naufragó. No sobrevivió ninguna mujer. Las listas de pasajeros, las direcciones, las nóminas de los empleados, los seguros, todo se perdió con el barco. No tengo ganas de iniciar una investigación. Tú no tienes ganas de ir a un orfanato. Somos como gemelos, ¿verdad?

—Lo odio —susurró Sophie—. Lo odio.

—Le doy un día para que reserve su pasaje de vuelta a Inglaterra. Le recomiendo el puerto de Dieppe. Está estupendo en esta época del año.

Charles inclinó la cabeza.

—Habrá advertido que mi joven tutelada todavía no le ha escupido. Admiro su contención.

Por un momento, Sophie pensó que sería Charles quien escupiría al



comisario —tenía la cabeza hacia atrás, como si fuera a hacerlo—, pero se limitó a cogerla de la mano y llevársela afuera.

Recorrieron cien metros de pasillo hasta perder de vista al guardia, entonces Charles maldijo entre dientes y echó a correr. Sophie tuvo que seguirle el ritmo. Se le cayó el sombrero y lo dejó allí. Cruzaron las imponentes puertas del edificio como una exhalación, pasaron junto al sorprendido portero y luego salieron a la luz del sol.

—No soportaba quedarme ahí dentro ni un segundo más —explicó Charles—. Nos estaba mintiendo.

—¡Sí! Se le han dilatado las aletas de la nariz.

—Tú también lo has visto. Se le han dilatado tanto que por ellas habría cabido un barco de esos que navegan por los canales.

—Pero no lo entiendo. —Sophie se detuvo y se apoyó en una farola—. ¿Qué más le da a él? ¿Crees que tuvo algo que ver con el hundimiento del barco?

—Puede que con eso no, pero creo que podría estar ocultando los archivos.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres? ¿Por qué querrían hacer algo así?

—Hace diez años, hubo un escándalo en Europa; una serie de barcos que se hundieron. Fue una estafa a las aseguradoras: certificaban que un barco viejo era seguro y, cuando se hundía, reclamaban el dinero de la póliza. A los supervivientes les contaban versiones contradictorias; enmascaraban la verdad. La ocultaban. Y los registros se quemaban o se escondían para que nadie pudiera comprobar quién había dado el certificado al barco. Se contaron ocho casos en total antes de que atraparan a algún responsable.

—Pero... ¿murió alguien?

—Cientos de personas. Si no hubiera muerto nadie, habría levantado sospechas.

—¡Eso es repugnante! ¡No es humano!

—Ya lo sé, cariño. El dinero puede deshumanizar a las personas. Es mejor alejarse de quienes se preocupan demasiado por él. Son gente con cerebros débiles y de mala calidad.

—Y... si el *Queen Mary* fue uno de esos barcos...

—¿Sí?

—¿Eso significa que habrán quemado los archivos?

Pensó que no podían haberlo hecho. No debían. Los necesitaba.

—Lo más probable es que los hayan escondido. Si había más de una

persona implicada, no sería inteligente quemar nada.

—¿Por qué? No lo entiendo. Si fuera cosa mía, yo los quemaría.

—Si te cogen, es mejor tener pruebas que demuestren que no actuabas solo. Los delincuentes sólo son leales entre sí en los libros. —Charles se limpió las gafas. Sus ojos se veían tristes a través de los cristales—. No estoy diciendo que eso sea lo que sucedió, pero es posible.

—¿Y nunca hay que darle la espalda a una posibilidad?

—Exacto. —Esbozó una media sonrisa—. Yo no lo habría dicho mejor.

—¿Dónde guardarían esa clase de documentos?

—Podrían estar en cualquier parte. En sus casas, en sus despachos, debajo de sus suelos de madera. Aunque también hay un archivo en el último piso del edificio. Según me han dicho, hay cuatro millones de hojas de papel guardadas en cien armarios archivadores.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La joven de la recepción. Deberían ascenderla. En esa recepción está desaprovechada.

Cruzaron la calle, esquivando una manada de turistas americanos.

—¿Charles?

—¿Sí?

—No, nada. —Siguieron caminando. Y entonces—: ¿Charles?

—Te escucho.

—¿No crees que el mejor sitio para esconder documentos es junto a otros documentos?

—Es muy posible.

—Entonces...

—Sí, ya veo por dónde vas.

—¿Y el archivo está en el último piso?

—Sophie...

—Has dicho eso, ¿no? —El cosquilleo y el sobresalto que acompañan una idea le pellizcaron la piel—. ¿Y si...?

—No, Sophie.

—Pero...

—No. No voy a dejar que te cojan. No te acerques a ese sitio. Ni lo pienses.

—Pero en realidad no vamos a volver a Inglaterra. —No era una pregunta—. No pienso volver. No puedo. Y menos ahora que podríamos estar tan

cerca.

—Claro que no. Pero, Sophie, y hablo en serio, tendrás que quedarte en el hotel.

—Pero no lo puedes hacer sin mí...

—Sí puedo. Tendrás que confiar en que soy capaz de seguir sin ti.

—Y entonces ¿cómo podré ayudar? ¡Tienes que dejarme ayudar! ¿Qué vas a hacer?

—Voy a conseguir un abogado.

—¿Qué clase de abogado?

—El mejor que podamos permitirnos. Es decir, no muy bueno. Y me pasearé por algunos de estos bares para ver si me entero de algún chismorreo.

—¿Sobre mi madre? ¿Sobre Vivienne?

—Me parece que preguntaré por violonchelistas de cualquier tipo.

—Ah. —Sophie era escéptica respecto a los abogados en general, pero Charles parecía tan decidido y sus ojos eran tan bondadosos que no soportaba confesárselo. Así que le dijo—: Pero si pudiera colarme en el archivo...

—No. Hay un guardia en cada planta. ¿Has visto el que aguardaba en la puerta del despacho del comisario?

—Sí. Pero ¿y si el archivo...?

—El guardia tenía pinta de rinoceronte. Hay hombres como él en cada piso. —Charles lanzó una mirada furiosa al sol—. En realidad, Sophie, no quiero que te acerques a los demás huéspedes del hotel. Ni siquiera abras la puerta de tu habitación.

—Vale —contestó, y se dijo que no estaba mintiendo—. No abriré la puerta.

Charles la miró, y ella le devolvió la mirada poniendo cara de inocente.

—Lo siento —se disculpó él—. Ya sé que estar ahí dentro es muy aburrido. Te traeré libros buenos.

Sophie no dijo nada, pero el aleteo que sentía en el pecho no desapareció. Pensó que nunca hay que darle la espalda a una posibilidad.

Aquella noche, Sophie le dio las buenas noches a Charles temprano y subió al tejado en cuanto empezó a ponerse el sol.

Se sentó con la espalda apoyada en la caperuza de una chimenea y esperó a que oscureciera del todo. Mientras aguardaba, apoyó la barbilla en las rodillas y trató de sopesar las opciones que tenía.

Le sorprendió darse cuenta de que abandonar no era una de ellas. Era extraño. Sophie no sabía que fuera una niña valiente. Le daban miedo las aguas profundas, las aglomeraciones de gente y las cucarachas. Y cuando pensaba que la podían coger y llevársela de vuelta a Inglaterra, el pánico le provocaba náuseas. Y, sin embargo, sentía que abandonar era tan imposible como volar. Allí su madre parecía mucho más real. Casi podía olerla. Sophie estaba convencida de que olería a resina y rosas. Tenía la sensación de que se la iba a encontrar al doblar cualquier esquina.

Se levantó. Sophie no había pensado que tuviera un plan, pero actuaba con tanta decisión como si lo tuviera todo previsto. Se quitó los zapatos y los sostuvo con los dientes. Luego se encaminó hacia el norte, en dirección al chico.

Veinte minutos más tarde, se puso en cuclillas, le quitó el cordón a un zapato y lo ató a la caperuza de una chimenea. Quería que él supiera que no tenía miedo de salir de su tejado. En cada tejado nuevo, Sophie ataba algo a la caperuza de la chimenea: primero el cordón del otro zapato y luego sus medias y dos cintas para el pelo. No le costó nada atar todas aquellas cosas. Después dejó el pañuelo, que no era lo bastante largo, y el nudo no cesaba de deshacerse por la punta. En el octavo tejado enrolló su bata a la chimenea. Estaba gris de tanto lavarla y no lamentó irse sin ella.

En el noveno tejado, Sophie se detuvo a medio paso. Había un hueco, tan largo como una tabla de planchar, entre su tejado y el siguiente. Se dijo que no estaba lejos. Estaba casi segura de poder alcanzarlo, sin embargo, por algún motivo, no lograba convencer a sus pies de lo mismo.

Vaciló. Entonces se quitó el camisón y lo lanzó al otro tejado. Por un segundo pensó que iba a caer justo en la chimenea, pero el camisón realizó un aterrizaje limpio en el borde y se quedó allí, con la manga ondeando en la brisa, como si estuviera saludando en la oscuridad.

Entonces se dio la vuelta y corrió tan rápido como se atrevió. Sólo llevaba las bragas puestas, los zapatos en la boca y los brazos extendidos para no perder el equilibrio. Y andando por las tejas, por las alturas de la ciudad, por encima de las cabezas de cientos de franceses dormidos, volvió a la cama.

Matteo apareció la noche siguiente con su camisón y sus medias. Llegó justo a medianoche, amparándose en las campanadas de los relojes para disimular el ruido. Sophie no se despertó hasta que lo tuvo a ocho centímetros de su cara.

—¡Dios mío! —exclamó—. Me has asustado.

—Ya lo sé. —Dejó la ropa en la cama—. Me he quedado con la bata —le dijo—. La quería. —Se sentó en el borde de la cama—. Será mejor que te expliques.

Sophie dijo:

—¿Me juras que no se lo contarás a nadie?

—No —contestó él.

Nunca le habían dicho que no a eso. Sophie lo miró fijamente.

—¿No?

—Yo nunca juro nada. Cuéntamelo de todas maneras.

Sophie se mordió el labio, pero el chico parecía valiente. Las personas valientes no suelen ser chivatas.

—Si me delatas —le dijo—, te perseguiré. Recuerda que no me asustan los tejados.

Se lo contó todo. Empezó con el *Queen Mary*, siguió con la señorita Eliot y Charles, y su chelo, y acabó allí, en París, entre las caperuzas de las chimeneas.

—Y lo curioso es que tengo la sensación de que ya he estado aquí antes —concluyó.

—¿En París?

—En París y en los tejados. Pero todo es muy complicado. Charles lo intenta, pero sólo es una persona. Y nadie más quiere ayudarme.

—¿Me estás pidiendo ayuda?

Miró al chico. Por lo visto llevaba dos pares de pantalones cortos, uno encima del otro. A los rojos, que eran los que llevaba encima, les faltaba la pierna izquierda y se veía el pantalón azul por debajo. Juntos conformaban unos pantalones cortos completos. Llevaba un jersey andrajoso, pero Sophie pensó que tenía un rostro avispado e inteligente.

Le contestó:

—Sí.

—¿Tienes algún plan?

—Claro. Voy a hacer carteles. Y luego están los abogados.

Matteo resopló.

—No te ayudarán.

—¡Claro que sí! ¿Por qué dices eso?

—Supongo que podrías encontrar alguno, pero no creo que nadie se enfrente al comisario de la policía. Todos los abogados de París son corruptos, y la mayoría de los policías también.

—¿Cómo lo sabes? —De pronto Sophie sintió que el corazón se le ensombrecía—. ¡Eso no lo sabes! ¡Alguien tiene que ayudarme! Es importantísimo.

—Me paso el día escuchando a la gente. Vivo encima de los juzgados, por eso lo sé.

—Pero ¡es imposible que oigas nada desde el tejado!

—Claro que sí. Desde donde yo vivo, puedo oír lo que habla media ciudad. Es como un túnel de viento: puedo percibir todos los sonidos y toda la música de París, todos los caballos y cualquier delito.

Sophie se quedó helada.

—¿Puedes oír toda la música?

—Pues claro.

—¿Qué clase de música oyes?

—De todo tipo. Casi siempre son mujeres cantando. Y hombres tocando la guitarra y la banda de los soldados.

—¿Oyes algún chelo? ¿El *Réquiem* de Fauré?

—No sabría reconocer un réquiem —confesó Matteo—. ¿Qué es? Suena a infección cutánea.

—Te lo puedo tocar. —Sophie se levantó para coger el chelo. Luego vaciló—. Si me pongo a tocar ahora, me oirán. Podrían venir y encontrarte aquí.

—Pues vamos fuera. Yo subiré primero y me puedes pasar tu... chelo; ¿se dice así?

Una vez fuera, Sophie se sentó en la caperuza de la chimenea y se colocó el chelo entre las piernas. Conocía el *Réquiem*, pero nunca lo había tocado acelerado.

—No sonará perfecto, ¿de acuerdo?, pero creo que era algo así. Escucha con atención, ¿eh? Y dime si lo has oído antes.

Sophie se hizo un lío con los dedos, pero pensaba que, por lo menos, se parecía un poco a la magia con la que había tocado monsieur Esteoule. Cuando terminó, Matteo se encogió de hombros.

—Es posible.

—¿Qué es posible?

—Es posible que lo haya oído. ¿Qué has dicho?

—Nada.

En realidad había susurrado «nunca hay que darle la espalda a una posibilidad», pero no había pretendido que él lo oyera.

Entonces el chico le dijo:

—No se me da bien la música, a menos que los que canten sean los pájaros. Tendrás que venir a escucharlo tú.

—¿Puedo? ¿De verdad? ¿Cuándo?

Volvió a resoplar.

—Cuando quieras. No tengo una agenda muy apretada.

—¿Mañana?

—*D'accord*.

—No hablo francés.

Pero por su cara parecía haber dicho que sí.

—He dicho que vale. Vendré a buscarte.

—¿A medianoche? —le preguntó ella.

Había empezado a llover. A Matteo no le importó.

—*Non*. A medianoche aún no está lo bastante oscuro. A las dos y media. No te quedes dormida. Y ponte ropa de abrigo. A veces aquí arriba el viento sopla con fuerza.

—¡Sí, por supuesto! —Se puso a llover con más intensidad—. Espera un segundo. A la madera no le va bien la lluvia.

Sophie volvió a bajar el chelo hasta su habitación. Cuando se dio la vuelta, Matteo había desaparecido.

Una vez dentro, Sophie cerró la ventana y se acurrucó en el rincón más cálido de su cama, pero no se volvió a quedar dormida hasta el amanecer. Permaneció allí tumbada, escuchando cómo la lluvia repicaba contra el cristal. El corazón le bailaba a ritmo de corcheas.



Sophie pensaba que si hubiera obedecido a Charles y se hubiera quedado en su habitación todo el día y toda la noche, se habría vuelto completamente loca. Intentó convencerse de que no estaba rompiendo ninguna regla. No estaba abriendo la puerta. Pensar en los tejados la ayudaba a pasar el día. Contaba las horas que faltaban para que se pusiera el sol.

Al anoecer refrescó y Sophie se puso los dos pares de medias que tenía debajo del camisón. No se había llevado suficiente ropa de abrigo, así que quitó las fundas a las almohadas y las anudó para hacerse una bufanda. Le quedó flácida y no era del todo cómoda, pero supuso que sería mejor que nada. Luego se metió en la cama, se colocó el cepillo bajo la nuca para no quedarse dormida y esperó.

Matteo llegó cuando los relojes tocaron la media. Llamó a la claraboya y luego aguardó con impaciencia tirando piedrecitas dentro de la habitación hasta que ella salió.

—Hola —dijo Sophie—. *Bonsoir*.

—*Oui, bonsoir*.

El chico llevaba una mochila a la espalda y se había cambiado los pantalones cortos por unos largos. Tenían aspecto de haberse metido en una pelea y haber perdido. Le dijo:

—¿Estás aprendiendo francés?

—Un poco. —Sophie se sonrojó—. No es fácil.

—Claro que sí. Conozco perros que hablan francés, y hasta palomas.

—Eso es diferente.

—¿Cómo? ¿En qué sentido es diferente?

—Pues en que yo no soy una paloma. —Se le ocurrió una cosa—: ¿Cuánto tiempo tardaste tú en aprender inglés? ¿Todos los franceses lo hablan igual que tú?

—*Je ne sais pas*. Siempre he sabido hablarlo un poco. Hay un bar donde se reúnen los diplomáticos ingleses. Tiene un patio. Los oigo hablar desde mi

tejado. Y aprendí a leerlo cuando estaba en...

Se quedó callado.

—Cuándo estabas ¿dónde?

—En un orfanato. —Meneó la cabeza como si se estuviera sacudiendo el agua de las orejas y cambió de tema—. Oye, quería preguntarte una cosa: yo vivo en uno de los edificios más altos de París. ¿Te dan miedo las alturas?

—No, no lo creo. Bueno, estoy aquí arriba, ¿no?

—¡Esto no está alto! Esto es casi la calle. Me refiero a si se te dan bien las alturas de verdad.

—Mal no —dijo Sophie, bajando la cabeza y fijando la vista en las tejas.

—Ah.

—En realidad creo que se me dan bastante bien.

—Entonces no puedes venir. Bastante bien no es suficiente. Lo siento.

Se volvió para marcharse.

—¡Espera! ¡Estaba siendo modesta!

—Pero acabas de decir...

—Se me dan genial —dijo Sophie—. Estupendamente. —Era evidente que Matteo no comprendía la modestia, y ella no podía arriesgarse a que la dejara atrás—. Estupendamente —repitió.

—Pues no deberías decir cosas si no las dices en serio. ¿Estás preparada?

—Sí. —Sophie pensó que lo mejor era cambiar de tema—. ¿Dónde vives? —preguntó—. ¿Cerca de aquí?

—Sí. Pero no en esta calle. Es demasiado pobre.

—¿Ah, sí? Vaya. —A Sophie le parecía bastante lujosa, con sus farolas altas y sus elegantes edificios—. ¿Y qué importancia tiene? —Miró la ropa del chico y el barro que llevaba pegado a las puntas del flequillo—. No imaginaba que fueras clasista.

—Hay muchos motivos.

Matteo guardó silencio.

—¿Como cuáles? Por favor, tengo curiosidad.

—Los edificios pobres acostumbran a ser puntiagudos, mientras que los de los ricos en general son planos. Los tejados puntiagudos no son buenos. Los edificios pobres son... impredecibles. Nunca puedes saber si vas a atravesar alguna teja con el pie. Y además son demasiado bajos. En los... *ach, banlieues*... los suburbios, ¿lo llamáis así? Esos sitios donde sólo hay casas, no hay oficinas ni iglesias. Yo nunca voy allí, los edificios son demasiado

bajos.

—¿En serio? ¿Siempre es así?

—Casi siempre. Son como las personas: los edificios ricos son altos, los edificios pobres son raquíuticos.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—¿Tú qué crees?

Sophie observó los tejados.

—¿Es porque en los edificios bajos te podrían ver desde la calle?

—*Oui*. Por lo demás, puedo ir a casi todas partes. Por la noche. Nunca durante el día.

—¿Vas a los parques?

«Yo sí lo haría —pensó Sophie—, si pudiera.»

—*Non*. Claro que no.

—¿Por qué no? Sería maravilloso tener un parque para ti solo. Y es probable que hubiera comida.

—Yo nunca bajo a la calle. Hace años que no lo hago. En un tejado nunca te sientes atrapado.

Sophie parpadeó.

—¿Nunca? —Parecía imposible—. Pero ¿qué pasa si necesitas cruzar una carretera que separe dos tejados?

—Cruzo por los árboles. O me subo a las farolas.

—¿Y nunca... cruzas la calle sin más?

—*Non*.

—¿Por qué no?

—Es peligroso —dijo.

—Ah...

La voz de Matteo sonaba cada vez más cortante, pero Sophie no podía reprimirse.

—¿Sabes?, la mayoría de las personas dirían que es al revés.

—La mayoría de las personas son idiotas. Es más fácil que te cojan en el suelo. Acaban cogiendo a todo el mundo.

—¿Que te cojan? —Sophie trató de descifrar su expresión en la oscuridad. Estaba serio—. ¿Es que te busca alguien?

Matteo pasó por alto su pregunta.

—Bueno, ¿quieres ver dónde vivo o no?

—¡Sí! ¿Ahora?

—¡Ahora!

Y sin mirar atrás para comprobar si lo seguía, el chico salió disparado.

Cuando Matteo estaba quieto parecía una persona poco corriente. Cuando se movía era asombroso. Parecía hecho de caucho. Corría agachado y utilizaba las manos como si fueran pies. Sophie lo seguía lo más silenciosa y rápidamente que podía, tropezando con las tejas irregulares. Se dejó gran parte de la piel de las rodillas por el camino.

Matteo corrió durante diez minutos, y Sophie fue tras él haciendo equilibrios en la punta de los tejados inclinados, acelerando por los planos y saltando los huecos pequeños que se abrían entre ellos. En dos ocasiones, a medida que los edificios ganaban altura, Matteo le enseñó a trepar por el tubo del desagüe para llegar al siguiente tejado.

—Lo que hay que tener en cuenta cuando se utiliza un desagüe —dijo, colgado boca abajo de uno de ellos— es que no debes meter el pie por una ventana mientras trepas. La gente suele darse cuenta.

Sophie abordaba los tubos del desagüe sin hablar. El roce de las uñas contra el metal le provocaba una sensación desagradable, pero por lo demás no eran tan diferentes de los árboles. Cuando aterrizó en el tejado junto a Matteo, éste asintió. Casi sonrió.

—No está mal —dijo—. La próxima vez no separen las rodillas. Te resultará más fácil agarrarte. Pero ha estado bien. Por lo menos, bastante bien.

Sophie se sonrojó, orgullosa. Matteo siguió corriendo. París dormía a sus pies.

Estaban llegando a una zona llena de banderas y edificios de aspecto solemne. Cuanto más anchos y largos eran los tejados, más rápido iba Matteo. Una vez, Sophie tropezó cuando estaba en el tejado accidentado de una especie de capilla y se llevó un buen susto. Se agarró a la cruz para no perder el equilibrio y se detuvo a recuperar el aliento.

Hacía mucho viento y, al otro lado de la carretera, una chica se balanceaba colgada por las rodillas de lo alto de una farola.

Sophie la vio. Estaba convencida: la había visto. Pero cuando se apartó el pelo de la cara y pudo volver a mirar, la chica había desaparecido.

Tardó algunos minutos en alcanzar a Matteo.

—¡Matteo! ¿La has visto? A la chica. ¿Quién era?

—No la he visto. No habrá sido nada. Una bolsa de papel.

—Era más grande que una bolsa de papel. ¡Era una chica!

—Quizá fuera una cometa rota. Una funda de almohada. Venga.

Hizo crujir los nudillos y siguió corriendo.

Pasaron diez minutos hasta que el chico se volvió a parar. Estaban a un salto de un tejado alto y curvado. Desprendía un brillo verdoso a la luz de la luna.

—Quédate aquí. —Matteo saltó, luego se agachó y dio unos golpecitos en el tejado con suavidad. Se oyó un eco—. Cobre —dijo—. Quítate los zapatos antes de venir. Salta con toda la suavidad que puedas.

Sophie se quitó los zapatos.

—¿Qué hago con ellos?

—Tíramelos a mí. *Ach*. Odio el cobre.

Sophie hizo lo que le pedía. Pensó que era una suerte que Charles le hubiera enseñado a lanzar.

—¿Cuáles son los peores tejados? —preguntó—. ¿Los de cobre?

—*Non*. Las baldosas de piedra; las viejas, de las de antes. Son más silenciosas que el cobre, pero es más fácil que se... ¿cómo se dice? ¿Derrumben?

—¿Desprendan?

Sophie aguantó la respiración y miró el hueco. No era más ancho que su brazo, pero se estremeció de todas formas. Saltó y aterrizó mal, pero se levantó dando un saltito.

—Tal vez. Sí. Se desprenden. Los mejores son los tejados planos. —Le devolvió los zapatos—. Cualquier superficie hecha de losas grandes es buena. Ya sean de piedra, de pizarra o de metal.

—Ya. ¿Como el del hotel Bost?

—Sí. Y la mayoría de los edificios oficiales; ya sabes, los hospitales, las cárceles. Los teatros son buenos. Y las catedrales. Pero no se puede dormir en los edificios de cuatro pisos o menos, son muy bajos. Si ruedas demasiado cerca del borde, te pueden ver desde la calle. Espera, no vuelvas a ponerte los zapatos. Átatelos alrededor de la cintura.

—De acuerdo. —Sophie se ató los cordones a la cintura—. Pero ¿por qué?

Colocó los zapatos con cuidado, de forma que cada uno le colgara de una cadera.

Matteo dijo:

—Aquí necesitas los dedos de los pies. Nunca deberías llevar zapatos.

—Pero no te...

—La gente piensa que los dedos de los pies no sirven para nada. Lo dicen porque son idiotas.

—Pero tus pies no...

Él puso cara de director de colegio enfadado.

—Creías que los dedos de los pies sólo servían para almacenar basura, *non?*

—No exactamente, pero...

—Pero nada. Los dedos de los pies son la vida y la muerte. Necesitas los dedos de los pies para no perder el equilibrio. Yo me he roto cada dedo del pie dos veces por lo menos. Mira.

Levantó un pie.

Estaba negro. Un callo le recubría toda la planta. No se veía ni un centímetro de piel suave. Se dio unos golpecitos en la planta.

—¿Lo oyes? Es como hojalata. Podrías tocar música en mis pies.

Sophie dijo:

—Pero ¿no se te enfrían en invierno?

—Sí.

—Ah. —Sophie esperó a que dijera algo más. No lo hizo. Le preguntó—: Pero ¿no podrías llevar zapatos cuando estés sólo en tu tejado? Te podría dar los míos si quieres. Tengo dos pares.

—*Non, merci.*

—No son de niña. —Sophie levantó los zapatos que le colgaban de la cintura—. Son como éstos: botas de chico. Me los regaló Charles. ¿Qué pie calzas?

—Aquí arriba no se pueden llevar zapatos. Nunca sabes cuándo vas a tener que salir corriendo.

—Pero ¿qué pasa cuando nieva?

—Para estar caliente en invierno, me froto los tobillos y las pantorrillas con grasa de ganso y me los envuelvo con vendas, y meto plumas entre las capas. Así es casi como si llevara zapatos, pero tengo los dedos de los pies al descubierto.

—Ah. ¿Y funciona?

—No. Pero casi.

—¿Y por qué utilizas grasa de ganso?

Matteo se encogió de hombros.

—La grasa te mantiene caliente. La grasa de ganso es la mejor, pero si es

necesario se puede utilizar la de paloma. Los gorriones no tienen grasa suficiente. La carne de ardilla está demasiado seca. Hay que utilizar algo grasiento. —La cara de Sophie adoptó una expresión de asco sin su permiso. Él lo vio y frunció el ceño—. No he dicho que fuera agradable, pero ayuda. Vamos. ¿Estás preparada?

Ella se aseguró de que llevaba los cordones bien atados a la cintura. Entonces preguntó:

—Matteo, ¿dónde has aprendido todo esto?

—Casi todo lo he aprendido por casualidad. Y a base de práctica. —Se levantó la camiseta. Tenía una cicatriz violeta desde el ombligo hasta la caja torácica—. Prueba y error.

—¡Dios mío! ¿Cómo te hiciste eso?

—Me caí. En una veleta. Y esto —le enseñó un moretón del hombro, que todavía tenía un tono verdoso—, me lo hice con la caperuza de una chimenea.

—¿Duele?

—Pues claro. —Se encogió de hombros—. Nosotros sangramos más a menudo que la mayoría de la gente. No es el fin del mundo.

—Ah. —Entonces añadió—. ¿Matteo?

—*Quoi?*

—¿A quiénes te refieres cuando dices «nosotros»?

La expresión de su cara cambió tan deprisa que Sophie retrocedió.

—Yo —corrigió—. He dicho yo.

Matteo echó a correr de nuevo. Esa vez, cuando llegaba a los huecos que se abrían entre los tejados, saltaba sin esperarla ni mirar atrás. Sophie tenía que armarse de valor antes de cada salto; no habrían sido nada en el suelo, pero allí arriba requerían de todo su atrevimiento. Pronto estuvieron a un tejado de distancia.

—¿Podemos ir más despacio, por favor? Sólo un poco! —gritó.

—*Non* —dijo Matteo.

Se apartó el pelo de los ojos para fulminarla con la mirada y aceleró.

Al cabo de media hora, Matteo por fin aminoró el ritmo. Cuando se volvió para mirarla, parecía más calmado. Le dijo:

—Éste es el último hueco. Es el siguiente edificio.

Para entonces, Sophie se sentía como una experta.

—¿Saltamos?

Se apartó el pelo de la cara y se agachó.

—*Non! Arrête!* ¡Sophie! ¡Para!

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—No puedes saltar hasta ese tejado. Es un... No sé cómo se dice. ¿De los que se desmoronan?

—¿A qué te refieres?

—El antepecho es demasiado viejo, no se puede saltar encima. Las baldosas se desprenden.

—Oh. Dios mío.

Sophie se quedó mirando el hueco. No era muy ancho, era cierto, aunque había una buena caída hasta el suelo.

—¡Lo sé! Es genial. Por eso elegí vivir aquí: significa que nadie te puede seguir a menos que lo sepan. Si tuvieras que saltar sin saberlo, me parece que te morirías.

—¿Eres consciente de que eso no es muy tranquilizador?

Estaba oscuro, sin embargo le pareció que Matteo sonreía.

—No me preocupa mucho lo que pueda ser tranquilizador o no.

Sophie se dio cuenta de que llevaba un rato aguantando la respiración. Tomó aire. Era sorprendente lo que un poco de oxígeno le hacía a la valentía.

—¿Cómo cruzas? —preguntó.

—Es fácil. Das un paso.

Una cosa era saltar. Una carrera, un jadeo y se te iluminaban las entrañas. Dar un paso lento hacia la nada era una cosa muy, pero que muy distinta. Intentó imaginárselo.

—No puedo. Tendré que saltar —dijo. El terror le trepó por la garganta. Tenía un sabor verde—. Es demasiado ancho para cruzarlo de un paso.

—*Non*, para ti no. Tus piernas parecen tubos de desagüe.

—No es verdad.

—¡Es un cumplido! Naciste para los tejados. Y, en cualquier caso, las piernas se estiran bastante más de lo que piensas.

—Es que no sé si puedo hacerlo.

—Has dicho que se te daban bien las alturas.

—¡Y así es! —«¿Cómo se atreve?», pensó Sophie—. ¡Hemos recorrido kilómetros! Estoy cubierta de sangre y hollín y no me he parado ni una sola vez.

—¿Y...? No cuenta si no llegas hasta el final.

Le apoyó la mano en el hombro.



Sophie se apartó de un salto.

—¡No te atrevas a empujarme!

Matteo era impredecible. A ella se le ocurrió por primera vez que los tejados y las personas impredecibles eran una mezcla peligrosa.

—¡No pensaba hacerlo! —siseó él—. Y baja la voz.

—Perdona. Lo siento. —Volvió a mirar por el borde—. Vale. Explícame lo que tenemos que hacer. Pero no estoy diciendo que vaya a hacerlo.

—Está bien. Primero cierras los ojos —dijo Matteo.

—Matteo, estamos en un tejado.

—Cierra los ojos. Si los tienes abiertos mirarás hacia abajo, y entonces te caerás.

—Oh. —Sophie cerró los ojos—. Ah.

—Te voy a llevar hasta el borde. ¿Tienes los ojos cerrados?

—Sí.

En realidad Sophie estaba mirando entre las pestañas. Podía ver sus pies desnudos acercándose al borde.

—No es verdad. Ciérralos del todo. Te prometo que será más fácil. *Et maintenant*, yo te agarro de la parte de atrás del camisón para que no te caigas, y tú das un paso.

—¿Cómo de largo?

—Del tamaño de un cerdo.

«El tamaño de un cerdo», pensó Sophie. Iba a morir porque nunca se había parado a observar bien a ningún cerdo.

—No pasa nada. Estás a salvo. —El tono de Matteo sonaba más serio de lo normal—. No abras los ojos.

Sophie extendió la pierna hacia el hueco.

—Los tengo cerrados —dijo, y esa vez era verdad.

Se agarró del brazo de Matteo y alargó la pierna hacia el vacío. La agitó un poco y aun así no encontró nada. Sophie retiró la pierna y se apartó del hueco.

—¡Es más ancho que un cerdo, Matteo!

—La longitud de un cerdo. Los cerdos son bastante largos. Alarga la pierna. Yo te cojo. Inténtalo otra vez. ¡Un poco más! ¡Sí!

Sophie estaba casi abierta de piernas del todo cuando su pie entró en contacto con el borde del otro lado.

—Y ahora ¿qué?

Intentó no parecer aterrorizada, pero su peso se había desplazado a algún punto por encima de sus rodillas. Estaba demasiado lejos para retroceder y tenía la sensación de que se iba a caer de espaldas al vacío en cualquier momento. Y si alguien pasaba por el minúsculo callejón que había debajo, le vería las bragas por debajo del camisón. «Éste es el motivo por el que todo el mundo debería llevar pantalones —pensó—. Por esto.»

—Ahora suéltame —dijo Matteo—. Y...

—¿Qué? ¡No! No te...

—Sólo un segundo... —Matteo ya se había soltado— y entonces paso yo...

Se oyó un golpe sordo muy suave. Una ardilla habría hecho más ruido.

—Y me das la mano.

Sophie lo hizo y se sonrojó. La tenía empapada de sudor.

—Y tiro de ti.

Tiró de ella con una fuerza sorprendente y la arrastró, hombros, brazos y rodillas todo junto, hasta el otro lado del hueco.

—Y ahora —dijo Matteo—, te levantas y te secas las manos. —Sonrió—. Podrías regar plantas con ellas. Venga, ya casi hemos llegado.

—¡Me has dicho que éste era el último! ¡Has dicho que ya estábamos!

—*Oui*. Te he mentado.

Matteo se colocó bien la mochila que llevaba a la espalda y le hizo señas para que lo siguiera por el tejado.

—Cuando salga la luna, podrás verlo. —Señaló y sacó pecho—. Vivo allí, en aquel tejado.

—Es muy bonito —dijo Sophie con educación.

Tenía los ojos cerrados, pero se suponía que uno debía decir eso cuando alguien le enseñaba su casa.

—¿Muy bonito? ¿Eso es todo?

—Lo siento. —Sophie había pasado un rato recuperando el aliento y el ánimo. Abrió los ojos y luego los abrió todavía más—. ¿Vives ahí?

Era precioso. Tenía la misma altura vertiginosa que el edificio en el que se encontraban sentados, pero estaba construido de ladrillos de arenisca y desprendía un brillo amarillento a la luz de la luna. Había estatuas de guerreros y mujeres talladas en las paredes. Daba la impresión de que dentro hubiera lámparas de araña y hombres con poder al alcance de los dedos. En lo más alto, una bandera francesa ondeaba sujeta a un pulido mástil plateado.

—Son los juzgados —dijo Matteo—. Es el edificio más importante de París.

—Pareces un agente inmobiliario.

—¿Es verdad! —Parecía furioso—. Es el edificio más bonito de toda Europa. Lo pone en las guías de viaje.

—¿Cómo llegamos hasta ahí?

El hueco que separaba el edificio en el que estaban de la casa de Matteo era demasiado ancho como para saltarlo. Y era del todo imposible que ningún árbol fuera tan alto.

—Si estuviera solo, iría por detrás, treparía por el roble y luego por el tubo del desagüe. —Matteo se quitó la mochila—. Pero hay que tener práctica para saltar del árbol a la tubería. Mira. —Se remangó. Una cicatriz se extendía desde su muñeca hasta el pliegue del codo—. El tipo de práctica que

duele. —Abrió la mochila—. He traído esto como alternativa.

—¿Cuerda? —Sophie observó el grueso rollo de cuerda que el chico tenía en la mano. Parecía bastante larga. Las cuerdas pesan; Matteo debía de ser más fuerte de lo que parecía—. ¿Para qué sirve el gancho de la punta?

—Enseguida lo verás.

—¿Vamos a trepar? ¿Para eso es la cuerda?

Sophie intentó que el miedo que anidaba en su pecho no hiciera ningún ruido. Pensó a regañadientes que aquel chico debía de haber nacido con una dosis de valor más grande de lo habitual.

—Te he dicho que ya lo verás. —Matteo se acercó al borde del edificio y curvó los dedos de los pies en torno al borde. El estómago de Sophie se encogió a modo de protesta, pero él parecía tan tranquilo como si estuviera en el filo de un bordillo—. Apártate —le dijo.

Hizo girar la cuerda por encima de su cabeza, escupió por el borde del edificio y la lanzó. El extremo se enganchó en el corchete que sostenía el tubo del desagüe del otro lado.

Matteo dio un tirón. Tenía la misma expresión atenta que ponía Charles cuando escuchaba música.

—Así estará bien —dijo.

La tensó y ató el extremo que tenía en la mano a un gancho anclado en la pared. Escupió en el nudo para que le diera suerte.

—Ahora la cruzaremos caminando —dijo.

Sophie se lo quedó mirando.

—Estás de broma.

—Has dicho que querías ver dónde vivo. Así es como se llega. ¡Es fácil!

—¡Es un cordel! Un trozo de cordel extendido entre el cielo y el asfalto. Un cordel, Matteo.

—Es cuerda.

Sophie pensó que desde allí semejaba un cordel. Parecía imposible.

Matteo puso cara de exasperación en la oscuridad.

—Si quieres podrías intentar saltar desde el árbol hasta el tubo del desagüe, pero sería una estupidez. Esto es más seguro.

—Una cuerda floja. —Desde donde estaba Sophie era casi invisible; sólo una línea gris en la oscuridad—. La alternativa más segura que tienes es una cuerda floja.

Matteo la miró con frialdad por encima del hueco.

—Si no lo haces, no te ayudaré. Los cobardes no merecen ayuda.

—No me llames cobarde. Yo no soy cobarde.

—*Oui, je sais.*

—¿Qué?

Matteo se encogió de hombros como disculpándose.

—No es que piense que seas una cobarde.

—Entonces no lo digas nunca más.

—Mira, es fácil. Te lo demostraré.

Matteo volvió a escupir y se sonó la nariz tapándose el agujero contrario con el pulgar. Se subió a la cuerda. Vaciló un segundo mientras se tambaleaba y luego caminó, colocando un pie delante del otro, hasta que estuvo justo en medio. Tenía los brazos extendidos. Sophie pensó que parecían alas. La mitad superior de su cuerpo se mecía con la brisa y daba la impresión de que estuviera flotando en el aire. El viento le agitó la ropa y le levantó el pelo.

Sophie pensó que aquello era lo más inesperado del mundo. La dejaba sin aliento.

Matteo se dio la vuelta muy despacio —a Sophie se le contrajo la garganta de terror, pero el chico no se bamboleó ni una sola vez— y caminó de vuelta hasta ella.

—¿Vienes? —dijo. Y le tendió la mano.

Lo que más sorprendió a Sophie fue que ni siquiera tuvo que pensarlo. Quizá porque le había parecido muy hermoso. Quizá porque, a veces, todo el mundo necesita ser estúpida e imprudentemente valiente.

—Sí —afirmó—. Voy.

Caminó hasta el borde del edificio. Eso fue fácil. Curvó los dedos de los pies en el antepecho y miró hacia abajo. Aquello ya no era tan sencillo. Tenía las manos calientes. «Aguanta», pensó.

—Despacio —señaló Matteo—. Tienes que empezar despacio. ¿Puedes posar un pie sobre la cuerda?

Sophie la sintió áspera y elástica debajo de su pie desnudo.

—¡Ay, Dios mío, Matteo!

Se le desató un tornado en el pecho.

—Dame las dos manos. Yo aguantaré el equilibrio por los dos, *oui*?

—*Oui* —dijo Sophie—. Sí.

—Otro pie.

El pie derecho de Sophie abandonó la tierra firme. Dio un paso sobre el aire.

—Oh —susurró—. Me parece que estás loco. Los dos debemos de estar locos. Ay, Dios.

—Bien —dijo Matteo. Sophie se bamboleó y él la estabilizó—. La locura es buena. No mires abajo.

—Pero entonces ¿cómo sabré dónde tengo que poner el pie?

La voz de Sophie sonó más aguda de lo habitual.

—Tú agárrate a mí; agárrate a mis hombros. Yo iré de espaldas. Yo me ocupo del equilibrio, ¿de acuerdo? Tú límitate a no mirar abajo. ¿Sientes la cuerda debajo de los pies?

—Sí —contestó ella, clavando los pulgares en la piel del chico—. Sí.

—Venga —la animó Matteo—. Pie izquierdo. Derecho. Agárrate con los dedos de los pies. Izquierdo. Para. No mires abajo. Mira hacia arriba. A mi cabeza. ¿Sientes el equilibrio?

La picazón de la cuerda le provocó un cosquilleo en los pies.

—Creo que sí. Sí. Es posible.

—*Bien* —dijo Matteo. Sophie lo sentía aterradoramente delgado y ligero. Pensó que debía de tener la clavícula hueca, como la de un pájaro—. Sigue respirando. Paso.

Cuando iban por la mitad, aminoró y se detuvo.

—¿Por qué te paras? —preguntó ella. Intentó eliminar de su voz la aspereza del miedo—. Creo que preferiría que siguiéramos avanzando.

—Para que puedas mirar. ¡Mira, Sophie! No mires abajo, mira a tu alrededor. ¡Verás todo París!

Ella lo hizo y soltó un grito ahogado. París se extendía a sus pies en dirección al río. París era más oscura que Londres: era una ciudad iluminada por destellos y parpadeos, y pensó que era tan bonita como un huevo de Fabergé. Parecía salida de un cuento de hadas.

—¿Lo ves? Es la mejor ciudad del mundo —dijo Matteo—. Sólo aquí arriba te puedes sentir como un rey.

Era mejor que ser rey de verdad. Sophie pensó que los reyes debían de tener los dedos amoratados de los miles de manos que se veían obligados a estrechar cada día. Aquello, en cambio, era como ser una guerrera, un hada, un pájaro.

Sophie pensó que a lo lejos, junto al río, se podía ver el hotel Bost y su

claraboya.

—Me pregunto si me habré dejado la vela encendida —dijo—. Me parece que puedo verla.

Matteo no le hizo caso. Tenía la cara más pálida que de costumbre y los ojos más brillantes. Parecía que escuchara la cuerda. Preguntó:

—¿Les damos de comer a los pájaros?

—Sí. —Entonces una ráfaga de viento le agitó el camisón y Sophie cambió de idea—. O no. No, en realidad creo que prefiero continuar adelante —dijo—. ¡Por favor!

—*Ach, non!* ¡Alimentar a los pájaros mientras estás en el cielo! Eso es algo que ni siquiera puede hacer un rey.

—Pero es más de medianoche. Los pájaros... —La cuerda se bamboleó y una burbuja de algo amargo trepó por la garganta de Sophie—. Los pájaros estarán durmiendo.

—Sólo están adormilados. Se despertarán si los llamo. ¡Sólo dos minutos más, Sophie! Te tengo agarrada. No puedes caerte si te tengo sujeta.

—Pero deprisa, ¿de acuerdo?

—Tendrás que soltarme una mano. Llevo grano en el bolsillo; te lo pondré en la mano. ¿Sí? Yo me encargo del equilibrio, Sophie. Tú sólo tienes que mantener las piernas rectas. No, no mires abajo.

Ella intentó coger el grano de la mano de Matteo sin mirar abajo. No lo consiguió. El mundo entero se derrumbó. Notó cómo la mitad del grano se escurría entre sus dedos sudorosos. Le dio un espasmo en las rodillas y la cuerda tembló.

—¡Matteo! Ayúdame.

El chico parecía más tranquilo que nunca. Dijo:

—Tranquilízate. —La cogió con más fuerza y recuperó el equilibrio de ambos—. ¿Tienes miedo?

—No —mintió Sophie.

—Si empiezas a caerte, yo te cogeré. Lo entiendes, *oui*? Yo nunca me he caído de una cuerda floja. Por lo menos, no desde un sitio alto. O no desde muy arriba. Respira, por favor.

—¡Ya lo hago! ¡Deja de repetirme que respire! —La cuerda se le clavó en la planta de los pies—. ¡Estoy respirando!

Matteo dijo:

—Sólo un minuto más. Relaja las rodillas. Bien. Voy a llamar a los

pájaros.

—Matteo, creo que quiero bajar. —Sophie intentó no pensar en caídas de quince metros. No lo consiguió—. Por favor, vamos hasta el otro lado.

—*Non*. Sólo un minuto.

Matteo silbó: una escala de tres notas crecientes. Fue un silbido nítido, limpio, y cruzó varios kilómetros de oscuridad silenciosa. Atravesó el pánico de Sophie. Sonó como un aguacero que se aproxima.

Matteo preguntó:

—¿Sabes silbar?

—Sí.

El viento sopló y la cuerda se balanceó bajo sus pies. Sophie cerró los ojos.

—Pues haz lo mismo que yo.

Sophie se agarró a la cuerda con los dedos de los pies y silbó. Era como tocar el chelo: cuando silbó, el resto del mundo se desvaneció.

—Muy bien. —Parecía sorprendido—. *C'est très bien*. No me habías dicho que sabías hacer eso.

—Gracias.

Volvió a silbar. Hacerlo la relajó. Intentó hacer vibrar la garganta, como los ruisiños.

—Abre los ojos. —Matteo estaba sonriendo. Nunca lo había visto sonreír de esa forma—. ¡Mira hacia arriba! —dijo.

Sophie miró hacia arriba. Tres pájaros volaban en círculos sobre la cabeza del chico.

—Me conocen, ¿sabes? —dijo Matteo—. Ofréceles el grano. Más alto. Tienes que levantar la mano por encima del hombro, si no, intentarán trepar por tu brazo y se te subirán a la cabeza.

Un pájaro aterrizó en su mano, luego llegó un segundo.

—Oh —murmuró Sophie. Eran pesados; sentir su peso en la mano le produjo un placer extraño. Le clavaban las uñas en la piel—. Hola —susurró—. *Bonsoir*.

La cuerda se balanceó bajo sus pies cuando el segundo pájaro le saltó a la muñeca.

Matteo los estabilizó. Tenía la cara llena de barro, pero la palidez de su concentración asomaba bajo la suciedad.

—Les caes bien —dijo—. ¡Mira!

Sophie miró. Una de las palomas se estaba desplazando y aleteaba por su



antebrazo en dirección a su hombro. Pensó que era como si estuviera poniendo a prueba su fuerza.

—Por favor, quedaos —les susurró a los pájaros. Los pájaros parecían darle el visto bueno—. No os vayáis. Quedaos.

El más grande picoteó el grano que tenía entre las líneas de la mano. Sophie pensó que ya debía de tener gusto a sudor.

Matteo volvió a silbar y otro pájaro descendió volando en círculos y aterrizó sobre la cabeza de Sophie. Entonces una paloma de ojos rojos se posó en el hombro de Matteo y le picoteó la nuca.

—A éste lo conozco —dijo Matteo—. Se llama *Elisabeth*.

—¿Éste?

—Es viejo. Lo conocí cuando yo era muy pequeño. Por entonces no sabía diferenciar el sexo y pensaba que era una chica.

—Es bonito.

—Sí, ya lo sé. Pensaba que no vendría. No le gustan los desconocidos. —*Elisabeth* se separó de Matteo y aleteó hasta la clavícula de Sophie. La miró a los ojos y movió la cabeza de arriba abajo—. Debe de pensar que te conoce.

—¡Puede que me conozca!

—Pero eso es imposible, ¿no? Este *Elisabeth* es un poco tonto.

*Elisabeth* aleteó contra su mejilla, pero no echó a volar. «¡Los pájaros me han aceptado! —pensó Sophie—. ¡Estoy en medio del cielo!»

—¡Matteo! ¡Esto es demasiado! —Le faltaban las palabras—. Es como la música.

Sophie pensó que la ciudad era distinta de como la había imaginado.

—Es más amable de lo que creía —susurró. Un herrerillo común le aterrizó en la mano y Sophie sintió como si le hubiesen puesto una joya. Un herrerillo común era mejor que un anillo. Le picoteó el lóbulo de la oreja—. Y también más salvaje.

Pasó media hora antes de que Sophie dejase que Matteo la llevara hasta el otro lado. Lo único que la convenció fue la amenaza del amanecer. En cuanto el chico llegó al tejado y tiró de ella, a Sophie le empezaron a temblar las piernas. Se tambaleó tres pasos entre las tejas y se derrumbó.

—¿Estás bien? —Matteo se preocupó—. ¿Necesitas ayuda?

—No, creo que estoy bien; pero mis piernas no tanto. —Se dio un golpecito en el músculo de la pantorrilla y le dio un espasmo—. Creo que volverán a la normalidad dentro de un segundo. Me sentaré aquí, si te parece bien.

—Tienes mal color. ¿Quieres echar una cabezadita? Tengo una manta. En realidad es un saco, pero...

—No, sería incapaz de dormir. Sólo quiero sentarme.

—Vale. Encenderé un fuego.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Pues ¡claro que no! No seas tonta. Hay que encenderlo al lado de la salida de la chimenea, para que parezca que el humo viene de dentro. Tú quédate aquí. No te muevas.

Pasaron algunos minutos antes de que sus piernas le permitieran levantarse y echar un vistazo a su alrededor. El tejado era tan grande como la plaza de un pueblo y estaba hecho de tejas lisas. Pateó el suelo con indecisión. Sus piernas parecían haber recuperado la solidez. Una columna de humo se elevaba desde el centro del tejado y Sophie anduvo —o más bien cojeó— hacia allá.

Matteo estaba en cuclillas detrás de la salida de la chimenea, alimentando el fuego con madera. Por el aspecto que tenía, había sido una silla. Matteo se había echado un saco sobre los hombros.

—¡Matteo! —Sophie abrió mucho los ojos—. ¿Todo esto es tuyo?

Esperaba que no pudiera ver en la oscuridad lo impresionada que estaba.

—Pues claro. ¿De quién iba a ser si no?

A los pies de Matteo había una pila de flechas atadas en haces. Muy bien apiladas contra la chimenea había un montón de manzanas, una cacerola de estaño y una tetera, un montón de cucharas de madera talladas a mano y tarros de cristal llenos de frutos secos. Había dos zurrone; Sophie echó un vistazo dentro. Uno estaba lleno de hojas y el otro, de huesos.

—Toma. Siéntate.

Le dio un cojín.

—¿Lo has hecho tú?

Era rugoso por fuera, aunque blando y mullido por dentro.

—Claro.

—¿De qué está hecho? —Sophie lo amasó. Era más suave que todos los que tenían en casa—. ¿De qué es el relleno?

—Es paloma... *ach*, pelusa. No sé cómo se dice.

—¿Plumón?

—*Non*, plumón no. Plumón es como... una pluma gigante. Es esa pelusa suave que hay debajo de las plumas de las palomas, ¿sabes lo que te digo? Pero también utilizo las plumas de fuera, claro —explicó—. Lo utilizo todo. Incluso los huesos.

—¿No las dejas ir después de quitarles las plumas?

—¿Dejarlas ir? Pues claro que no. Es decir... están muertas. No desplumo palomas vivas. Eso sería muy difícil para mí y muy confuso para la paloma.

—Entonces ¿te las comes?

—Sí. Las cocino y me las como. —Sacó un cuchillo y se lo tendió a Sophie—. Con esto. A veces, si está lloviendo y tengo mucha hambre, me salto el cocinado.

—¿Te comes los huesos?

—Los hiervo para hacer sopa.

—¿Está buena?

—*Non*. Es asquerosa. Parece pegamento. Pero es mejor que nada.

—¿Y qué haces con las plumas de fuera?

Era una criatura tan peculiar que a Sophie no le habría extrañado que las llevara puestas, como una capa. En realidad, no la habría sorprendido que se hubiera cosido unas alas con ellas.

—Mira. Eso. Allí. No, allí.

Un poco más lejos, tendida entre las dos salidas de chimenea del tejado, había una especie de sábana. Sophie se acercó para verla más de cerca.

Estaba confeccionada con plumas de paloma dispuestas en capas. Tenía un extraño aspecto grasiento, pero era bonita. Debajo había una cama hecha con sacos. Palpó el colchón. Era del mismo plumón suave que el cojín.

—Las plumas son impermeables —explicó Matteo. No lo había oído acercarse por detrás—. Es como una tienda de campaña. Sólo que ésta me salió gratis.

Sophie pensó que no sería cálida. No lo protegería de verdad contra el viento.

—Matteo, ¿qué haces en invierno? ¿Cómo entras en calor?

—No lo hago. —Se encogió de hombros—. Te acostumbras. Nunca llega a gustarte.

—¿Y no podrías ir al orfanato? ¿Sólo en invierno?

—No.

—Pero...

—Estuve una vez. Hubo una pelea en un tejado del norte y me hice un corte muy grande. Se me infectó. —Mientras hablaba se metió la mano derecha bajo la axila izquierda—. Pensé que no tenía elección. —Atizó el fuego con demasiada fuerza. Saltó una pavesa y Sophie la esquivó. El chico dijo—: Había barrotes de hierro en las ventanas. Yo sé forzar cerraduras, pero nadie puede forzar un barrote de hierro.

—Pero ¿por qué había barrotes? ¿La gente intentaba colarse?

—*Non*. Los niños intentaban escaparse. Cuando se enteran de que existes, ya no te dejan marchar. Ser vagabundo en Francia es ilegal, ¿lo sabías?

Sophie no lo sabía. Parecía la ley más absurda del mundo.

—Pero tú te marchaste, ¿no?

—Sí. Por una chimenea. No tendría que haber ido nunca. Todavía me están buscando; a mí y a otros. Ponen carteles de fugitivos en las oficinas de correos, ¿lo sabías?

—Pero ¿por qué? O sea, ¿por qué te escapaste? ¿Qué pasó?

—Nada. No pasó nada. Era como el infierno: cada día lo mismo. Nos gritaban si hablábamos entre nosotros mientras comíamos. Nos gritaban si nos reíamos.

—¿De verdad? —Sophie estaba anonadada—. O sea, ¿lo dices en serio?

—*Oui*. No tienes ni idea, Sophie. Era como estar encerrado. No me puedo arriesgar a volver a bajar a la calle. Es mejor que la gente no sepa que existo.

Le dio la espalda y se pasó una ramita por debajo de las uñas de los pies.

Sophie no era tonta. Se volvió hacia la tienda de campaña hecha de plumas.

—Bueno, ¡yo creo que esto es maravilloso! Creo que si fuera tú, nunca abandonaría este tejado. —Acarició las plumas. Estaban salpicadas de gotas de agua, pero las tejas que había debajo estaban secas—. ¡Es fantástico! Me encantaría vivir aquí. Es perfecto.

Matteo se encogió de hombros.

—En verano huele mal. —Pero tenía la misma expresión que ponía Charles cuando estaba secretamente complacido. Dijo—: Las gaviotas son los pájaros que tienen las mejores plumas; mira, aquí. —Hizo un gesto en dirección a la sábana, hacia las zonas blancas—. Están recubiertas de una grasa natural que repele el agua. Pero es difícil conseguir gaviotas, excepto después de las tormentas. Las plumas de paloma no están tan mal. Son gruesas, y les pongo grasa de pato, cuando tengo.

—Pero ¿cómo las atrapas?

Matteo la miró con dureza.

—¿Tú qué crees?

—Con... ¿con una trampa?

Sophie no tenía ni idea. ¿Con un cuchillo? ¿Con las manos? ¿Con los dientes? Tenía la sensación de que nada la sorprendería.

—Te lo demostraré. De todos modos, hoy no he comido.

Matteo metió la mano en la chimenea y cogió un arco. Luego buscó por debajo del colchón y sacó un haz de flechas.

—Las flechas vuelan si no las atas —dijo—. Aquí hace mucho viento.

Colocó la flecha en el arco y en su cara apareció aquella expresión de concentración que le había visto en la cuerda floja. Resultaba tan útil como una puerta para encerrarse en su mundo, dejando fuera a Sophie. Le dio la espalda. Había tres palomas posadas en la salida de la chimenea del tejado por el que habían llegado. De repente, Matteo echó el brazo hacia atrás y una flecha cruzó silbando el aire y alcanzó a la paloma del medio en el cuello. Las otras dos levantaron el vuelo, asustadas.

—Siempre hay que apuntar a la paloma del medio, si la hay —explicó. No hizo caso de la expresión de sorpresa de Sophie—. Así tienes más posibilidades de acertar. Y hay que disparar contra el viento.

Corrió hasta el borde del tejado y se agachó para mirar. Luego se inclinó hacia delante. Sophie lo observó, convencida de que se iba a matar, pero en el

último instante se agarró de la cuerda y se balanceó, utilizando una mano tras otra, hasta el tejado de enfrente. Se impulsó hacia arriba, se metió la paloma por dentro de la camiseta (Sophie pensó que eso explicaba las manchas rojas) y regresó balanceándose de nuevo por el cielo de la noche. Tardó menos de dos minutos en ir y volver.

Dejó caer el pájaro a los pies de Sophie.

—Así es como las cojo —dijo, y se limpió las manos manchadas de sangre en el pelo—. Nunca he dicho que fuera un chico agradable —añadió.

Ella intentó parecer despreocupada y poco impresionada.

—¿Te puedo ayudar a desplumarla? —preguntó.

—*Non*.

—¿Por qué no? Por favor.

—No puedes «ayudar». Puedes hacerlo tú. Esto no es una cena elegante.

Por suerte, Sophie había leído sobre cómo desplumar pájaros. Había que empezar por el cuello e ir bajando.

—Nunca he comido paloma —dijo. Le arrancó un puñado de plumas. La piel del pájaro era como la de un anciano y Sophie intentó no poner cara de asco—. ¿A qué sabe?

Intentó tirar con energía.

—A pollo ahumado —dijo Matteo—. A paraíso. Pero no deberíamos estar hablando.

—¡Oh! Lo siento. ¿Nos puede oír alguien?

—*Non*. A esta altura no. Pero ¿no se supone que tú deberías estar atenta a la música?

Mientras Matteo destripaba la paloma y preparaba las brochetas, Sophie escuchaba. Lo que había dicho el chico era cierto. Si se ponía de pie o en cuclillas en distintas zonas del tejado, podía oír partes de conversaciones y fragmentos musicales que sonaban a más de medio kilómetro de distancia.

Rodeó el tejado medio agachada, escuchando los sonidos que le llevaba el viento. Captó una discusión rebotante de lo que debían de ser palabrotas francesas, a un borracho cantando y los ladridos de un perro. Sin embargo, el silencio de la noche y los ruidos predominaban en buena medida.

Se sobresaltó cuando Matteo la llamó:

—¡Sophie!

—¡Sí! ¿Qué pasa? ¿Oyes algo?

—*Non*. La comida está lista.

Los modales del chico en la mesa no eran como para ganar premios. Arrancaba bocados de paloma con las muelas, dejando ver gran parte de las encías, y masticaba con la boca abierta. Ella intentó seguir su ejemplo, pero la grasa de la carne estaba demasiado caliente. Se le estaba despegando la piel del paladar.

Miró por el tejado y se centró en las pequeñas montañas de posesiones del chico.

—Matteo, ¿tienes un tenedor?

—No. ¿Por qué?

—¿No lo necesitas?

—Tengo dedos, ¿no? Y dientes.

—Pero ¿no te quemas?

—Nunca. —Le enseñó las manos—. ¿Lo ves? Son resistentes al fuego. — Tenía las palmas y las yemas cubiertas de callos—. Yo no me quemó.

—Me gustaría mucho tener un tenedor —dijo Sophie—. Lo siento. Es que me están saliendo ampollas en los dedos. —Necesitaba los dedos para tocar el chelo—. ¿Y tienes un poco de agua?

—¿Para beber o para los dedos?

—Para las dos cosas.

—Déjame verlos. —Le cogió la mano—. Tienes las manos demasiado suaves.

Entonces se escupió en los dedos y los frotó contra los de Sophie.

—Sigue escupiéndote —le recomendó—. Ayuda. Toma. Es sólo para beber. —Le dio una lata medio llena de agua—. Es agua de lluvia. No puedo malgastarla con quemaduras. Y no te la bebas toda.

Sophie dio un trago. Sabía a óxido, pero no estaba nada mal.

—Está bien —dijo—. Quédate aquí. Te fabricaré un tenedor.

Matteo abrió la carcasa de la paloma y sacó la espoleta y un hueso largo de la pata.

—Pásame el agua caliente —pidió.

Sin preocuparse por si se quemaba, sumergió los huesos en la tetera, añadió una pizca de hollín y frotó.

—El hollín sirve de jabón —dijo.

—¿Ah, sí? —Le miró la cara, negra de suciedad—. ¿Estás seguro de que te

refieres a... mmm, jabón?

—Ya lo verás. —Siguió frotando—. Tengo razón.

Y la tenía. Enseguida los dos huesos estuvieron de un blanco resplandeciente. Luego se sacó un poco de cordel del bolsillo.

—¿Sabes? El cordel es lo único que nunca, nunca es aburrido. El cordel y los pájaros.

Ató la espoleta a la punta del hueso de la pata haciendo un ocho con el cordel.

—¡Un tenedor! —exclamó—. *Voilà!*



## 19

Sophie durmió durante la mayor parte del día siguiente, y cuando se despertó en su cama se dio cuenta de que estaba lloviendo. Por la noche, la lluvia se convirtió en tormenta. Contó los segundos que separaban el relámpago del trueno.

—Uno, dos... —Y entonces se oyó el estruendo.

No se atrevió a salir al tejado. El día siguiente no fue mejor. Charles se puso como pudo un inadecuado impermeable que le habían prestado y se marchó a buscar abogados.

—Si me dejas utilizar tu ventana, yo vigilaré —le dijo Sophie—. Vuelve pronto, ¿de acuerdo? Y que no te vean.

Le frotó la manga, que le quedaba dos centímetros corta.

—No me verán. Y tú, Sophie, no salgas de esta habitación —dijo Charles—. A menos que sea completamente necesario. Si necesitas hacer pipí, utiliza el orinal. No quiero que te vean los demás huéspedes.

Así que la chica se pasó el día entero sentada junto a la ventana de Charles, con una taza de cacao en el regazo y manteniéndose alerta. Buscaba policías y violonchelistas. No pasaba casi nadie, y los que lo hacían iban escondidos debajo de sus paraguas. Aguzó el oído tratando de identificar música de chelo, hasta que le empezó a rugir la cabeza y oía réquiems tras cada caballo y cada carruaje. Cruzaba y descruzaba los dedos cada dos por tres.

Una telilla apareció sobre la superficie de la taza de cacao y luego éste se enfrió. Sophie no se dio cuenta. No dejaba de llover.

Cuando se acostó, la lluvia era torrencial. Sin embargo, se volvió a despertar y oyó que el reloj daba las dos; el chaparrón se había convertido en una llovizna. Las nubes pasaban flotando por delante de la luna, y la luz entraba y salía de su habitación como si fuera código morse.

Sophie retiró las sábanas y saltó de la cama. Se sentía tan despierta como si fuera de día. Se puso las medias, encima los pantalones y dos jerséis. Luego cortó la punta de las medias y las enrolló para dejar al descubierto los dedos

de los pies. Trepó por la ventana y la dejó abierta, goteando sobre la cama.

Matteo estaba sentado junto a su fuego con las piernas cruzadas, apoyado contra la salida de la chimenea más alta. Tenía un cuchillo en una mano y en la otra algo rosado de aspecto sospechoso: parecía una rata despellejada. Sophie silbó, y él soltó lo que fuera en las brasas y corrió a cogerla desde el otro lado de la cuerda floja.

Cuando llegaron al fuego, el animal estaba humeando. Matteo soltó una palabrota.

—*Ach*. La rata nunca es buena, pero la rata quemada es asquerosa.

—¿A qué saben las ratas?

Matteo se sentó y tiró de ella para que se sentara a su lado.

—Siéntate. Pensaba que no vendrías con esta lluvia. Son... como los erizos.

—Tampoco he comido nunca erizo.

—¿Has comido conejo?

Le puso un saco sobre las rodillas y él se echó uno sobre los hombros.

—Sí, conejo sí.

El saco estaba húmedo, pero Sophie no dijo nada. Se dio cuenta de que el de Matteo estaba aún más mojado.

—Bueno, no es como el conejo, pero tampoco se puede decir que no sea como el conejo. Toma. Puedes probarla.

Sophie cogió la carne y la olió. No tenía un aroma demasiado inspirador.

Matteo dijo:

—Pero deja un poco para mí. Más de la mitad. Yo soy más grande.

—¿Esto es el desayuno? —le preguntó—. ¿O... es la cena?

—Esto es la comida. He desayunado al levantarme. Más o menos.

—¿Cuándo ha sido eso? —Sophie mordisqueó el muslo de rata. Sabía a carbón y a cola de caballo. Se esforzó por tragar—. Pues... no está mal —dijo—. Pero toma. Es tuya.

—No lo sé. Cuando se ha puesto el sol. Supongo que sobre las nueve. — Matteo arrancó la carne de rata con los dientes—. Ceno a las cinco de la mañana. Si hay cena.

—¿Por qué no iba a haberla?

Él se encogió de hombros.

—No ha sido buena semana para la comida. —De cerca se le veía el rostro tenso y enjuto, y dijo—: Estoy cansado. Quizá sea mejor que no te quedes mucho rato.

—¡Lo siento mucho! —Sophie maldijo por dentro—. Tendría que haber pensado en traer comida. —Había olvidado que él podría tener hambre—. No me he dado cuenta, pero, Matteo, por favor, deja que me quede. Necesito estar aquí arriba para escuchar. —Le ardía la piel. Le ocurría siempre que pensaba en su madre—. Por favor.

—Está bien. —El chico se dejó caer de espaldas y miró las estrellas—. Pero tengo demasiada hambre para hablar.

—¿Por qué es peor de lo habitual?

—¿Que por qué? —Se incorporó un poco y se la quedó mirando con incredulidad—. ¡Por la lluvia, evidentemente!

Sophie se tumbó un poco separada de él. A la luz de la luna, la cara de Matteo era del color de la nieve sucia.

—¿La lluvia dificulta la caza?

—Claro. Los pájaros buscan refugio en la estación. Y, cuando llueve, la gente cierra las ventanas por la noche. No puedes coger nada de los alféizares.

—¿Qué has comido?

—El martes comí gaviota. La arrastró la tormenta. Estaba casi muerta de todas formas. Desayuné un herrerillo común. Eso me dolió. Me gustan bastante; vivos, vaya. No disfruto particularmente comiéndomelos. Y tienen tan poca carne que no compensa el esfuerzo de desplumarlos.

Sophie no pudo evitar sentirse sorprendida.

—¿Eso ha sido todo? ¿En tres días?

—*Oui*. O, *non*, el domingo me comí un bastón de caramelo. Anastasia y Safi me lo dejaron en el roble que hay junto a la ópera. Creo que era para mí. Si no, no es problema mío.

Sophie se tumbó boca abajo.

—¿Quiénes son? Anastasia y... ¿Cuál era el otro nombre?

Matteo permaneció inexpresivo.

—Nadie. ¿Por casualidad no llevarás algo de comer en los bolsillos?

—No creo. —Sophie se buscó en los pantalones—. No, espera, tengo pasas. En realidad las llevaba para los pájaros, pero es mejor que te las comas tú.

—Sí —dijo Matteo—. Será mejor. Tengo hambre. De cualquier forma, me comería los pájaros cuando se hubieran comido las pasas, así que sólo me estoy saltando un paso. ¿Qué más?

Sophie escarbó más adentro. Pensó que los bolsillos eran el motivo de que los pantalones fueran tan superiores a las faldas.

—¡Sí! —Sacó la mano pegajosa—. Toma, aquí hay un poco de chocolate. Aunque igual está algo pasado. Y se ha fundido y se me ha pegado a los pantalones. Pero creo que está bueno.

—Genial. Dámelo.

Matteo no se lo metió entero en la boca, tal como Sophie esperaba. Lo que hizo fue coger una olla del fuego y colocar el chocolate dentro. Lo removió con un palo tallado.

—Es mejor cocinar el chocolate. Así tienes la sensación de que hay más —dijo. Vertió también las pasas—. Así. Huele bien.

El olor a chocolate fundido se estaba extendiendo por el tejado. Matteo se relajó un poco y sonrió por primera vez aquella noche.

—Intenta traer más comida la próxima vez que vengas —dijo—. Aquí arriba las cosas son más fáciles cuando uno tiene el estómago lleno.

Charles no había tenido suerte con los abogados.

—No es fácil —dijo—. Ninguno quiere aceptar un caso contra el comisario de la policía. La mayoría de los abogados parecen tener la decencia y el valor del papel higiénico. Pero encontraremos a alguien, cariño mío. —Estaban desayunando. Charles untó medio tarro de mermelada en su cruasán y lo mojó en el café—. ¡Cielos! —exclamó—. ¿No comes?

—He pensado que podría guardármelo para luego.

Sophie se puso el cruasán en el regazo y luego se lo metió en el bolsillo.

—¿No tienes hambre?

—No, gracias. Estoy llena.

Charles se quedó de piedra.

—¿De verdad? —Enarcó las cejas—. Ya te has guardado el panecillo. Y, si no me equivoco, llevas una manzana en el calcetín. ¿De qué estás llena?

Los pensamientos de Sophie sufrieron un bloqueo inevitable.

—De galletas —dijo.

—¿Para desayunar? Qué raro.

—He pensado que quería saber cómo era desayunar galletas.

—¿Y cómo ha sido?

—Ha estado bien. He comido muchas. En realidad, ahora me encuentro un

poco mal. —Empezó a levantarse—. ¿Me puedo ir?

—Todavía no. Siéntate, Sophie. Dime, ¿qué clase de galletas has comido?

—Las que llevan *toffee* de chocolate.

—¿Las que están blanditas por dentro?

—Sí.

Charles sonrió.

—¿Y no me has guardado ninguna?

—Lo siento. Estaban demasiado buenas.

—La verdad es que parecen deliciosas. ¿Y de dónde han salido esas galletas deliciosas rellenas de suave *toffee* de chocolate?

—De la panadería, claro.

Sophie hizo un gesto con la cabeza hacia la ventana, en dirección al brillante toldo naranja de la panadería. Se dio cuenta demasiado tarde de que estaba recogido y no había luz en los escaparates.

—Tienes muchos recursos. —Las cejas de Charles rezumaban ironía—. La panadería no abre los domingos, Sophie.

—Ya lo sé. Las compré ayer.

—Tampoco abre los sábados.

«Ostras», pensó ella. Le hormigueaban las axilas y le estaba empezando a sudar la cara. Odiaba mentir. No estaba segura de que se le diera bien; sospechaba que no.

—¡Ah, sí! Ya lo sé, se me ha olvidado. Quería decir el viernes.

—¿Y con qué las pagaste? Por lo que yo sé, no tienes moneda francesa.

No había nada que decir, así que Sophie no dijo nada.

—¿Hay algo que quieras contarme?

«¡Sí!», pensó ella. Quería contarle cientos de cosas. Pero creía que los adultos eran impredecibles, incluso los mejores. Nunca sabía cuándo te impedirían hacer lo que estabas haciendo. Se metió los dedos en el cinturón y los cruzó con fuerza.

—No —dijo—. Nada en absoluto. —Y luego, tras una pausa, añadió—: ¿Me puedo ir?

—Claro. —Charles alzó las cejas hasta que formaron dos uves invertidas—. Mientes muy mal, Sophie. No te recomiendo que hagas carrera como actriz. Pero mientras no estés cometiendo ninguna ilegalidad demasiado extravagante, me alegro de que tengas secretos.

—No es nada ilegal.

Pensó que si lo era, no debería serlo.

—En ese caso, guarda tu secreto, cariño. Todo el mundo necesita tener secretos. Te hacen fuerte y astuto. —Aguardó un poco más, pero Sophie tenía los ojos clavados en los travesaños de su silla, y Charles le hizo un gesto con la mano dándole permiso para que se marchara—. Puedes irte —le dijo—. Ve a practicar tu forma de mentir delante del espejo.

Pero pocos minutos después llamó a su puerta.

—Sophie —dijo—, ¿el secreto está relacionado con la comida?

—¡Ah! Mmm, sí. Más o menos.

—¿Tiene algo que ver con tu madre?

—Sí, eso creo.

«Eso espero», pensó. Cruzó todos los dedos de las manos y mentalmente los de los pies.

—¿Hay algún adulto involucrado?

—No —dijo Sophie—. Un adulto no.

Dio la impresión de que Charles iba a decir algo más, pero entonces meneó la cabeza.

—Está bien —dijo—. Guarda tu secreto.

—Gracias —contestó ella.

—Pero, Sophie...

Charles se había dado la vuelta y la niña no podía verle la cara.

—¿Sí?

—Como te hagas daño, te despellejaré viva.

Aquella noche, cuando Sophie subió a su habitación con los dientes limpios y un diccionario de francés debajo del brazo, se encontró un paquete encima de la cama.

La nota que tenía pegada estaba escrita con la letra de Charles. Decía: «Todo el mundo necesita secretos. Sólo tienes que asegurarte de que son de los buenos.» En el dorso había una posdata. «Por muchas salchichas que coma de una sentada, nunca me parecen suficientes.»

Sophie sopesó el paquete. Era pesado y tenía algunas zonas encharcadas, y había algo que tintineaba en el fondo. Hizo ademán de abrirlo, pero se detuvo. Sería mejor si Matteo y ella lo abrían juntos. Necesitó mucha fuerza de voluntad para no mirar en su interior hasta haber llegado a la cuerda floja.

No había luna, y Matteo silbaba, sentado con las piernas colgando por el borde del tejado.

—¡Mira lo que tengo! —le gritó el chico. Corrió por la cuerda floja, saltó al tejado y la cogió de la mano—. ¡Ven a verlo! ¡Tomates! Nunca he tenido tantos.

La pila de tomates le llegaba a Sophie casi por las rodillas. Brillaban por el rocío que había caído al ponerse el sol.

—Son maravillosos —exclamó ella. Y lo decía en serio: estaban justo en su punto y eran de una variedad grande y achatada, de esos que tienen un sabor intenso. Cogió uno y lo olió—. ¿De dónde los has sacado? —le preguntó.

—Los cultivo...

—Y no me digas que los cultivas —lo interrumpió— porque no te creeré. Se necesita un invernadero para hacer crecer esta variedad.

—Está bien —Matteo puso cara de desprecio un tanto insolente—, los he cogido de un alféizar. En un bloque de apartamentos del distrito ocho. Quinto piso.

—Entonces ¿los has robado?

—*Non*. Los he cogido.

—¿Y qué diferencia hay?

—Si algo está al aire libre, es para quien lo pille. Eso es cazar.

Cuando Sophie pensó en lo que la señorita Eliot diría sobre eso, se le escapó un bufido arrebatado. Sonrió.

—¿Qué vas a hacer con cien tomates? —le preguntó.

—Hay treinta y cuatro —dijo, corrigiéndola con arrogancia—. Los he contado. —Dejó de mirar los tomates—. ¿Qué hay en ese paquete?

—No lo sé. He pensado que deberíamos abrirlo juntos.

—¿Por qué?

Ahora que se lo preguntaba, Sophie se dio cuenta de que no podía explicarlo. Notó que se sonrojaba y maldijo por dentro.

—Como en Navidad.

—No lo entiendo. ¿Qué pasa con la Navidad?

—Sí, hombre, como cuando toda la familia desenvuelve los regalos de Navidad.

—Ni idea —dijo Matteo. Tenía una expresión tensa. Tal vez creyera que Sophie se estaba burlando de él. Añadió—: No sé de qué estás hablando.

—Creo que es comida —dijo Sophie—. Me lo ha dado Charles.

Nada tiene tanto poder contra el malhumor como la comida. Los labios de Matteo se alargaron y esbozó una sonrisa que le llegó hasta las orejas.

—¿Qué clase de comida? —Cogió el paquete y lo aplastó con las manos—. ¿Carne? —Lo levantó por encima de Sophie—. Puede que me lo quede para mí.

—¡Devuélvemelo!

No tenía sentido que tratara de alcanzarlo, pero lo intentó de todos modos. Matteo le sacaba una cabeza.

—Lo abriremos juntos —ofreció el chico con magnanimidad, apartándolo cuando ella se acercó—. Empezaré yo.

El paquete estaba lleno de paquetes más pequeños envueltos en papel encerado. Matteo se lo acercó a la nariz e inspiró, luego cogió el primer paquetito. Contenía panecillos, cuatro, blandos por el centro y con harina espolvoreada por encima. Todavía conservaban el calor del horno y olían a cielos azules. Quienquiera que hubiera untado el pan de mantequilla era una persona con fuertes convicciones al respecto, pues la capa era tan gruesa como la primera falange del pulgar de Sophie.

—Siempre he pensado —dijo ella— que si el amor olierá a algo, olería a pan caliente.

—¿Qué? —Matteo ya estaba comiendo—. ¿De qué hablas?

Le colgaba un trozo de mantequilla del labio superior.

—No importa —dijo Sophie.

Como Matteo parecía ocupado, ella desenvolvió el siguiente paquetito. Le dejó la mano pegajosa.

—¡Carne! —exclamó el chico.

No había levantado la vista de sus dos panecillos, pero sonaba alegremente convencido.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el olor.

Matteo tenía razón. El paquete contenía un pedazo de carne roja cortada en gruesas lonchas. No reconoció la variedad. Se la enseñó a Matteo.

—¿Qué clase de carne es? ¿Lo sabes?

Matteo cogió el trozo más grande y mordisqueó el borde.

—*Non*. Nunca la he comido. Pero está buena. Y no es paloma ni rata, de eso estoy seguro.



Sophie la probó. Sabía a humo y a sal. Y mientras comía, rodeada del aire de la noche, el sabor le pareció maravilloso.

—Me parece que es ciervo. Nunca lo he comido, pero me lo imagino así.

Matteo tenía la cara pegada al paquete. Extrajo la mano; sostenía dos botellas con los dedos.

—¿Y estas botellas? ¿Qué hay aquí?

—Puede que sea vino. —Las botellas estaban heladas y goteaban al contacto con el aire caliente. Sophie se pegó una a la mejilla—. La verdad es que parece vino. Pero Charles sabe que no me gusta el vino, sólo el champán con moras.

Matteo se encogió de hombros.

—Eso no lo he probado.

Olió una. Las burbujas le treparon por la nariz y estornudó como un gato.

Sophie se rió.

—Creo que es limonada.

En el fondo del paquete había medio pastel de chocolate, que seguía esponjoso y tierno por dentro, un tarro de mermelada lleno de nata y un paquete bien grande hecho con papel encerado y papel de periódico.

—¡Salchichas! —gritó Matteo.

Eran tan gruesas como la muñeca de Sophie.

Ella las contó.

—Veintidós —dijo—. Hay once para cada uno.

—*Mon Dieu!* —exclamó Matteo. Y añadió algo más en francés. Sophie no conocía la palabra, pero sonó irrepentible—. No sé quién es tu tutor, pero lo adoro.

—¡Lo sé! Yo también —contestó ella, y sonrió mirando el fuego. ¿Acaso existía otra persona capaz de regalarte más salchichas de las que podías contar con los dedos de las manos y de los pies?—. Deberíamos cocinarlas todas a la vez —dijo—. Creo que es lo que Charles pretende que hagamos.

—*Non* —dijo Matteo—. Deberíamos guardar algunas para luego.

—Pero no tienes hielo, ¿no? Si no las cocinas se pondrán malas. Estoy muerta de hambre. ¡Venga, Matteo! —Una sonrisa reprimida palpitaba en la mejilla izquierda del chico y Sophie se lo tomó como un sí—. Y yo puedo preparar sopa de tomate —propuso.

—¿Sabes hacer sopa de tomate? —preguntó Matteo.

—Sí —mintió Sophie—. Por lo menos estoy segura de que puedo hacerla.

—Las salchichas no tenían grasa ni ternilla. Sophie las pinchó—. ¿Cómo las cocinamos? ¿Tienes una sartén?

—No —respondió Matteo—, pero colecciono veletas.

Sophie se preguntó si se le habría olvidado el inglés de repente.

—Coleccionas... ¿veletas?

—Sí. Tengo casi una docena.

Matteo metió la mano en un saco que había detrás de él. Sacó un puñado de punzones largos de metal y los dejó caer a los pies de Sophie. La mayoría de ellos estaban doblados de tal forma que parecían flechas, aunque uno era el mástil de un barco y otro, un pollo. Las veletas estaban pulidas y desprendían brillos bronceos y plateados a la luz de la luna.

—Mira. —Matteo cogió tres salchichas y las ensartó en la flecha más larga—. Prepara tú algunas.

—¿De dónde las sacas? —le preguntó Sophie.

—Pues de los tejados.

—¿Eso no es robar?

Ensartó cuatro salchichas en una flecha de plata y la dejó sobre el fuego.

—No. Ellos no las utilizan. Dejan que se oxiden. Yo sí las utilizo.

—Pero sí las utilizan. Las usan para...

—¿Para qué?

Se quedó bloqueada.

—Pues para saber en qué dirección sopla el viento, ¿verdad?

—Si son tan estúpidos que necesitan una veleta para saber eso, entonces no se las merecen.

—Pero entonces nadie tendría veletas y tú no las podrías robar.

—Encontrar, no robar. —Escupió en otro punzón y se lo frotó contra la camisa—. Es igual; si quieres saber en qué dirección sopla el viento, ¡observa los árboles! Chúpate el dedo y notarás el viento. Arráncate un pelo y levántalo.

De las salchichas estaba empezando a supurar un jugo transparente. A los pocos minutos el olor era fantástico.

Sophie aclaró con agua de lluvia el cuenco más grande que tenía Matteo, uno en forma de caldero pequeño y hecho de latón; resonó de una forma fabulosa cuando lo golpeó con el tarro de la mermelada.

—¿Tienes algo para pelarlos? —preguntó.

—*Non*. Pero los tomates no se pelan. Te confundes con las naranjas.

—Me parece que para hacer sopa sí hay que quitarles la piel —dijo dubitativa—. No importa. Supongo que saldrá bien, ¿no? —Metió dentro todos los tomates menos dos. Le lanzó uno a Matteo y se los comieron crudos—. Creo que los dejaremos hervir —dijo.

Luego lo pensó mejor y añadió media taza de agua de lluvia. Durante la media hora siguiente, los tomates hirvieron hasta convertirse en puré. Las pieles flotaban en la superficie y las pescaron —Sophie con una ramita, Matteo con los dedos—; se las echaron a una docena de palomas que se habían reunido a su alrededor, atraídas por las migas.

—¿Me puedes pasar la nata? —dijo Sophie.

—¡No la utilices toda!

Matteo le dio un trago rápido al tarro antes de pasárselo.

—No lo haré. —Vertió la mayor parte del contenido del tarro, pero dejó la nata suficiente para que se la pudieran tomar con el pastel de chocolate. «¿Qué más se le pone a una sopa?», pensó. Preguntó—: ¿Tienes sal?

—¡Claro que tengo sal! Soy un tejabundo, Sophie, no un salvaje.

Matteo guardaba la sal en una maceta desgastada, envuelta en un cuadrado de tela azul. También había pimienta, en un cuadrado rojo. Sophie reconoció la tela: era un retal de los pantalones cortos que el chico llevaba el día que se conocieron.

—A mí no me gusta mucho la pimienta —dijo Sophie—. Si no te importa, le pondré sólo la sal. Puedes echarle pimienta a tu sopa.

—Claro que te gusta la pimienta. Lo único que pasa es que en Inglaterra comes pimienta mala —dijo él—. Lo sé. He probado la comida que tiran los ingleses. Ponle sólo un poco. —Le quitó la tela roja, chafó los granos entre dos trozos de pizarra y espolvoreó la cacerola—. Confía en mí.

Sophie le echó sal a la sopa. Olía tan bien que le daban temblores en la nariz.

—Me parece que ya está lista —dijo.

Se sentaron uno al lado del otro, de espaldas al viento, y se tomaron la sopa en latas. El sabor la mareó y le dio ganas de reír. Matteo se comía las salchichas enteras de un bocado.

Sophie cogió cuatro y preparó bocadillos con la carne de ciervo, luego añadió un poco de sopa para condimentar y se los comieron con las dos manos. A ella se le metía el pelo en la boca y se lo recogió con uno de los cordeles del arco de Matteo. No recordaba haber sido nunca tan feliz.

Ya se habían comido catorce salchichas e incluso Matteo empezaba a bajar el ritmo, cuando Sophie se quedó inmóvil.

—¿Oyes eso?

—¿*E si oío é?* —dijo Matteo con la boca llena—. Sólo es el viento.

—No es el viento. —Era demasiado agudo y demasiado dulce para ser el viento—. Es música. Es un chelo. ¿Oyes las notas graves?

Sophie dejó la comida en la pizarra. Aguzó el oído y le llegó una melodía por los tejados.

—Es el *Réquiem* de Fauré acelerado —dijo. Se levantó de un salto y tiró las salchichas al fuego—. ¡Viene de allí!

Corrió hasta el final del tejado y se quedó de puntillas en el borde, estirándose para escuchar bien. «Mi madre —pensó—. Estoy oyendo a mi madre.» La idea la estremeció hasta los huesos.

—¿Lo oyes? —Contuvo la respiración para escuchar. La música había parado—. ¡Dios, Matteo, por favor! ¡Di que lo has oído!

Él se levantó y se limpió la boca.

—Lo he oído.

—¿A qué distancia crees que estaba? ¿Podemos ir ahora? ¡Venga! ¡Iremos ahora mismo! ¿Cuál es el camino más rápido?

—No lo sé.

—¿Qué? ¡Claro que lo sabes! ¡Dijiste que conocías todo París! ¡Tenemos que ir ahora!

—No.

—¿Qué estás...? ¡Mira, rápido, venga! ¡Venga!

—No podemos salir corriendo sin más.

—¡Claro que sí!

—¡Espera, Sophie! Escucha, de todas formas ha parado. —El chico estaba pálido—. Podría estar a kilómetros de distancia. No puedes estar segura de la dirección de la que procedía. ¿No lo sabías? El sonido se enrosca en los tejados. Rebota. Confunde.

—Pero ¡yo lo sé! ¡Procedía de allí! —Sophie señaló hacia la otra punta de la ciudad—. ¡Allí! ¡De la Gare du Nord! ¡La estación de tren!

Matteo no la miró.

—Ya lo sé —le dijo.

—Entonces ¿por qué acabas de decir que no lo sabías? Vamos.

—Yo nunca voy a la estación. Puedes ir tú, si quieres. Yo no.

—¡Claro que puedes! ¡Te necesito! ¡Tienes que venir conmigo!

—No puedo. Los tejados de esa zona pertenecen a otras personas.

—¿A quiénes?

El chico negó con la cabeza.

—No te lo puedo explicar.

—Bueno, en ese caso, ¿podemos ir?

Los latidos del corazón le retumbaban en las orejas. Había oído tocar a su madre.

—Podemos ir, pero esta noche no. Si quieres ir a la estación, necesitaremos a los demás.

—¿A los demás? —Eso era agónicamente críptico. Sophie dijo—: ¿Quiénes? ¿Quiénes son los demás?

Matteo suspiró.

—Los demás tejabundos.

—Pero tú dijiste que no había más.

—Ya lo sé. Te mentí. —Entonces se volvió hacia ella. Su mirada era de las que te ven el alma y hacen que te preguntes dónde poner las manos—. Me dijiste que sabías nadar, ¿verdad? —preguntó.

## 20

Dos días después, Sophie estaba sentada en un banco del jardín de las Tullerías, jugueteando con su ropa. El corazón le aleteaba como un colibrí. Matteo le había dicho que se sentara allí, a oscuras, y que esperase.

—He avisado —le había dicho—. Les he hecho una señal. Puede que vengan. Puede que no.

—Pero ¿quiénes? —Sophie lo observaba mientras limpiaba el barro de unos caracoles en una cacerola llena de agua. No la miraba mientras hablaba. Ella había ido sintiendo un dolor creciente en el pecho—. ¿Y cuánto tiempo tengo que esperar?

—Puede que cuatro horas, después del anochecer.

—¿Cuatro horas?

—O cinco, para asegurarnos.

—¡Cinco!

—Esperar es un don. Tienes que aprender a hacerlo. —Matteo iba dejando cada caracol que limpiaba boca abajo delante del fuego. Tenía ya una hilera; Sophie contó once. Tenían los caparazones moteados y eran más bonitos de lo que había advertido antes. Matteo dijo—: Es como tocar el chelo.

—No lo es.

—Te conviene.

—¿Qué le digo a Charles? No tengo permiso para salir a la calle. Me pillarán.

La mera mención del verbo «pillar» la dejaba helada.

—Lo que sea. Nada. Lo que quieras. Miénteles. No importa. Estará oscuro.

Sophie pensó que sí importaba, y mucho. Pero Matteo era un tejabundo y nunca había tenido que experimentar lo que se siente al mentirle a la persona que más te quiere.

Finalmente decidió no decirle nada a Charles. En cualquier caso, eso sería mejor que mentir. Y se podía cubrir el pelo con una bufanda. Pensó: «Es mi pelo lo que buscan.» Quizá pudiera meterse algo por dentro de la ropa para

parecer más gorda; o caminar encorvada para parecer más baja. Aun así, la idea le provocaba una dolorosa punzada de miedo.

Le dijo a Matteo:

—¿No podrías venir a hacerme compañía?

Por la cara que puso él, parecía que le hubiera pedido que se comiera una paloma sin desplumar.

—Yo no bajo a la calle. Nunca.

—¿Y no podemos quedar con tus amigos en mi tejado? ¿O si no en el tuyo? Podría perderme —dijo—. O podrían cogermé. Por favor, Matteo. Aquí la policía parece cruel.

—*Non*. A mis amigos no les gustan mucho los tejados. Prefieren los espacios abiertos.

—¿A qué te refieres? Dijiste que eran tejabundos.

—Y lo son, más o menos.

—¿Por qué no me lo explicas de una vez?

El chico se encogió de hombros y metió los caracoles en una olla de caldo hirviendo.

—Nunca sabes quién se va a chivar. A veces los que más seguros parecen son los peores.

—¿Crees que me voy a chivar?

Matteo hizo una mueca.

—Todo saldrá bien. Ya lo verás.

Llevaba una hora allí sentada. No le había resultado fácil salir. Había esperado en su habitación a que anocheciera, para trepar luego hasta el tejado y bajar por el tubo del desagüe.

Sophie había dejado una nota debajo de la puerta de Charles:

*Me he acostado pronto. No me despiertes. Te quiero, S.*

La idea de que Charles pudiera descubrir que no estaba en su cuarto la carcomía por dentro. Y cada vez que pasaba por allí un hombre uniformado se sobresaltaba y se mordía el interior de los carrillos.

Miró a su alrededor en busca de algo que la ayudara a no pensar en los policías. A medida que oscurecía, el parque se iba vaciando, y no había mucho que ver; sólo parterres, que son aburridos a menos que te dejen coger las flores, y gorriones, y junto a ella, encima del banco, un bocadillo de queso

para la cena. Pellizcó una esquina y se lo lanzó a los pájaros. Una voz dijo a su espalda:

—No funcionará. Esos gorriones lo único que comen es cruasán.

Sophie se dio la vuelta.

Había una chica sentada en el respaldo del banco, con los pies apoyados en el asiento. Su pelo rubio quedaba a centímetros de la cara de Sophie, pero ella no había oído ni un crujido, ni un chasquido, ni el susurro de una paloma.

—¿Cómo... cómo has hecho eso? Es increíble.

La chica sonrió.

—Buenas noches a ti también. Tú debes de ser Sophie. —Se deslizó por el respaldo para sentarse a su lado—. Aquí los pájaros están muy consentidos. Hay un cisne que sólo come *pain au chocolat*. —Le cogió el pan a Sophie y, en lugar de lanzárselo a las palomas, le dio un mordisco—. Vaya, qué bueno. Oh, cielos. Hacía semanas que no comía pan.

—Está correoso.

A Sophie no se le ocurrió nada mejor que decir.

La chica se encogió de hombros y lamió el pan para humedecerlo.

—«Correoso» significa viejo, ¿no? Los viejos son sabios. Pan sabio. Esta es Safi, mi hermana. Di *bonsoir*, Safi.

Sophie se sobresaltó. Había una chica morena recostada contra el banco. Ésta no dijo nada.

—¡No te he oído! —exclamó Sophie—. ¿Cómo lo hacéis?

La primera chica se encogió de hombros.

—Práctica.

La morena se sentó en el banco, hecha un ovillo, casi en el regazo de su hermana. Sonaron las campanadas de un reloj y un hombre empezó a encender las farolas de la calle. Sophie pudo verlas con claridad por primera vez.

Las dos eran pequeñas y estaban sucias. La rubia llevaba un vestido de algodón de un tono marrón verdoso, aunque, a juzgar por las costuras, Sophie dedujo que debía de haber sido blanco en su día. Parecía como si alguien lo hubiera ensuciado con grasa a propósito. Llevaba un escarabajo colgado del dobladillo. De alguna forma, la chica hacía que pareciera de la seda china más exquisita.

—Me llamo Anastasia —dijo.

Sophie pensó que tenía un acento extraño; era francés, pero imprimía una



vibración rara a las vocales. La chica extendió los brazos, como si el lugar le perteneciera, y dijo:

—Bienvenida a París.

—Gracias. Yo me llamo Sophie.

—Sí. Eso ya había quedado claro —dijo Anastasia. Posó una mano en el brazo de su hermana—. Safi también te da la bienvenida.

La morena tenía la cara de una persona que ha visto mucho y casi preferiría olvidar la mayor parte. Llevaba una camisa de chico y unos pantalones de hombre anudados a la cintura con una cinta métrica. Tenía algo pegajoso en la mejilla que podría o no ser sangre; pero por debajo era tan guapa como la rubia. Sophie se estremeció de celos.

La rubia sonrió.

—Matteo nos advirtió de que sería fácil encontrarte. Nos dijo que teníamos que buscar unos ojos del color de la luz de las velas.

—¿Os lo dijo Matteo?

—Claro. ¿Quién si no?

Sophie entornó los ojos.

—¿Cómo os lo dijo?

—Nos hacemos señales. Con velas. En código morse, ¿lo llamáis así? Espera, cállate sólo un momento.

Miró a Sophie de arriba abajo y luego saltó y la rodeó para estudiarla por detrás; lo hizo todo sin demostrar ninguna preocupación por su comportamiento grosero. Sophie intentó mantenerse inexpresiva.

La chica dijo:

—Encajas bastante con la descripción que dio de ti. Habló bastante sobre ti.

La otra alzó las cejas y siguió sin decir nada.

Inexplicablemente, Sophie se sonrojó.

—¿Qué dijo de mí?

Anastasia negó con la cabeza.

—Es un secreto.

Sophie frunció el ceño. Se sintió estúpida y miró al suelo enfadada.

Anastasia dijo:

—Todo era interesante y básicamente bueno.

La otra asintió y redobló su empatía silenciosa. Sophie intentó sonreír.

—Safi quiere que sepas que tenía muchas ganas de conocerte —añadió

Anastasia.

Sophie pensó que Safi lo disimulaba muy bien, pero sólo dijo:

—¿Por qué?

—A Matteo no suele gustarle la gente. Por eso, cuando alguien le agrada es importante.

A Sophie le ardían las mejillas. Se escondió detrás del pelo e intentó pensar en algo que decir.

—¿Te puedo preguntar una cosa? Tú eres francesa, ¿no?

—Claro —contestó Anastasia, y Safi se golpeó el pecho. Anastasia exclamó—: *Vive la France!*

—¿Y quién te enseñó a hablar inglés?

—Los turistas americanos.

—¿Ah, sí? —Sophie no esperaba que ella contestara eso—. Vaya. Qué amables.

—Ellos no saben que me están enseñando, pero comen en las cafeterías del parque y se sientan en los bancos, y hablan sin parar.

—¿Y tú te sientas en los bancos con ellos?

—*Non!* ¡Claro que no! Los guardas del parque empezarían a reconocernos. Nos sentamos en los árboles. Ellos nunca nos ven. A los americanos no se les da muy bien ver cosas.

—¿Ah, no?

Sophie no conocía a ningún americano.

—Por lo menos a los adultos. Los niños son más observadores. Hay que tener cuidado con ellos. También hablamos ruso e italiano o español. No estamos seguras de cuál de los dos, pero lo hablamos. Matteo habla alemán, aunque no tan bien como dice.

—¿Y sois hermanas?

—Sí. Safi es más pequeña, me parece —dijo Anastasia—. Por lo menos, creo recordar un tiempo en que ella no estaba, y en cambio ella no recuerda el mundo sin mí. Así que...

A Sophie le pareció extraordinario.

—¿Sólo crees que Safi es más pequeña? —preguntó—. ¿No sabes cuántos años tienes?

Anastasia se encogió de hombros.

—*Non.* No recordamos haber tenido madre. Matteo tampoco. Él siempre dice que tiene catorce años, pero se olvida de ir sumando cada año que pasa.

—Anastasia volvió a mirar a Sophie de arriba abajo. Había una franqueza en su mirada que Sophie nunca había visto en las chicas de su ciudad. Parecía valiente—. ¿Cuántos años tienes tú? Medimos casi lo mismo, ¿no?

Sophie negó con la cabeza.

—No puedes basarte en eso. Yo soy alta para mi edad. Diría que tú tienes trece.

—Bien. Tendré trece años. Y Safi puede tener... ¿a ti qué te parece?

—¿Once? Puede que diez.

—Pongamos que tiene diez —dijo Anastasia—. Me gusta ser mayor que ella. —Se alisó el vestido con las manos como si fuera una princesa el día de su fiesta de cumpleaños en lugar de una chica con musgo bajo las uñas—. Por favor, disculpa mi vestido. Antes era de brocado blanco. Era precioso, lo encontré en un contenedor de basura. En París la gente tira muchas cosas, pero si quieres estar a salvo no puedes vestir de blanco. Por eso lo manchamos todo con... *ach*, ¿cómo se dice?

—¿Con pintura? ¿Con hierba?

—Es un polvo verde que recubre los árboles. Como polvo de árbol, ¿sabes lo que digo?

—¡Sí! ¡Ya sé a qué te refieres! En realidad también lo hay de color blanco, en los sauces. Charles, mi tutor, lo llama «pintura salvaje». Pero no sé cómo se llama de verdad. —Sophie se miró el jersey de color crema que llevaba—. ¿Esto servirá?

—Los pantalones sí. El jersey... —La chica se encogió de hombros—. La verdad es que no. El blanco y el amarillo son los colores que más se ven por la noche. También el color crema y el rosa. Es como llevar un cartel que ponga «miradme todos». Son para personas que quieren ser el centro de atención.

Sophie no estaba de acuerdo. Su jersey de color crema era muy sencillo, y lo había tejido ella misma con puntos gruesos y desiguales. Nunca se le había ocurrido pensar que pudiera llamar la atención. Se cruzó de brazos en actitud defensiva.

Anastasia se rió.

—Es un jersey muy bueno, no te ofendas. Pero si no quieres que te pillen, no puedes permitir que la gente te mire demasiado, ¿sabes? —Parecía que le empezaban a fallar las palabras—. A cambio tenemos el cielo. *Tu comprends, oui?* ¿Me entiendes?

Sophie asintió vacilante.

—Sí. O más o menos. —Anastasia la miraba fijamente—. En realidad no.  
—Sophie sonrió—. No entiendo eso de que tenéis el cielo.

—El cielo nos pertenece más que a nadie.

Era lo mismo que le había dicho Matteo sobre los tejados.

—¿Cómo? —preguntó Sophie—. ¿En qué sentido?

Safi le tocó el codo, se frotó los brazos y señaló las nubes.

Anastasia sonrió.

—Dice que es porque nosotras vivimos más cerca del cielo que nadie. Dice que mires hacia arriba.

Los ojos de Sophie siguieron la trayectoria que señalaba el dedo de la niña. Entre las hojas más elevadas del árbol más alto del parque, que asomaba por encima de los edificios circundantes, colgaban dos hamacas. Eran de un tono marrón grisáceo y parecía que estuvieran hechas con tela de saco. Sophie se protegió los ojos del sol poniente. Nunca las habría visto si no le hubieran indicado dónde debía mirar.

—Están hechas con las velas de un barco que el agua arrastró río abajo —explicó Anastasia—. Antes de encontrarlas, utilizábamos las cortinas de un teatro que se quemó, pero las velas son mejores. La lona es muy resistente, y más si la coses dos veces. Las teñimos con tinta de calamar. —El orgullo iluminaba el rostro de Anastasia. Parecía como si le estuviera enseñando a Sophie su casa de campo—. Nos hacemos las mantas con sacos. Sólo se necesitan seis o siete para estar bien caliente. En verano no los utilizamos y los escondemos en el tejado de la ópera, para que nadie nos los robe.

—¿Quién iba a robar un saco?

Anastasia parecía sorprendida.

—Cientos de personas. Yo lo haría. Los sacos son muy valiosos.

La brisa mecía las hamacas con suavidad. Parecían muy cómodas. Sophie sintió envidia.

Anastasia dijo:

—Verás, Matteo es un chico de los tejados, pero a nosotras se nos dan mejor los árboles que los edificios. Nos llaman *arbroisiers*, moradoras de los árboles. Y hay chicos que viven en los tejados de las estaciones de tren. Estación es *gare* en francés, por eso los llamamos *gariers*. —Arrugó la cara—. Los *gariers* son... *pas bien*, ¿sabes? Malos. Roban, engañan y rajan.

—¿Qué rajan?

—A las personas. A veces se rajan entre ellos. A Matteo se lo hicieron una vez. Pero siguen siendo surcaciosos.

—Siguen siendo ¿qué?

—¿No entiendes las palabras? Mmm... *danseurs du ciel*. Bailarines de los cielos. Así es como llamamos a los chicos que viven en el exterior pero no son vagabundos. No viven en la calle; éstos son simplemente chicos de la calle. Las calles no son buenas. No se pueden considerar un hogar porque las utilizan otras personas a todas horas, y tu hogar debe ser privado. Los árboles son nuestro hogar, el de Safi y el mío. Surcaciosos, ¿entiendes?

—Pero ¿por qué lo hacéis? Entiéndeme, vuestras hamacas parecen estupendas, pero ¿no os mojáis? ¿Nunca pasáis hambre? Y ¿cómo os ducháis? Y... ¿el baño? Debe de ser complicado.

Anastasia dejó de mirar a Sophie a los ojos y perdió la vista en el espacio que se abría sobre su cabeza. Se le cerraron las ventanas del rostro.

—Preferimos vivir así. Nadie te puede encerrar en un árbol.

Sophie no era tonta. Cambió de tema.

—Entonces ¿crees que debería ensuciarme el jersey antes de que nos vayamos?

Safi miró al sol y luego negó con la cabeza. Se señaló el pecho y Anastasia asintió.

—Safi dice que no. Dice que en realidad no tenemos tiempo. Si quieres venir con nosotras, te puedes poner su jersey de repuesto. Lo tiene guardado en el roble que hay junto a la estatua de Napoleón.

—¿Ese roble? —Era un árbol enorme, los dos primeros metros del tronco eran tan anchos como un gigante—. ¿Ella puede trepar por ese árbol?

—Sí. Las dos podemos hacerlo. Yo guardo una bufanda y también guantes en un agujero del cedro. Tenemos nuestras cosas repartidas; lo hacen todos los surcaciosos. Así, si te quitan una cosa, sigues conservando las demás. —Volvió a mirarle el jersey—. El suéter de Safi es gris. El gris será mejor que éste. El lugar al que vamos es muy gris.

—Gracias —dijo Sophie. Miró con reserva la mancha que Safi tenía en la mejilla—. ¿Estás segura? Quiero decir... eres muy amable.

—Safi irá a buscártelo ahora mismo. —Las dos parecían estar esperando algo. Anastasia añadió—: Tienes que darle tu jersey a cambio.

—¡Ah! —Sophie se puso muy colorada y empezó a quitárselo—. Claro, sí —contestó con la voz amortiguada por la lana—. Perdona.

Cuando Safi salió corriendo con el jersey hecho un ovillo entre los brazos, Sophie se armó de valor para hacer una pregunta:

—¿No habla?

—Claro que habla, a veces. Pero nunca delante de la gente.

Sophie intentó poner cara de entender lo que le estaba diciendo.

—¿Siempre ha sido así?

Anastasia parecía estar decidiendo si debía sentirse insultada o no. Entonces dijo:

—Nosotros, los bailarines del cielo, somos diferentes. Supongo que nos volvemos raros, aunque no lo hayamos sido siempre.

Sophie la entendió. No era la primera vez que pensaba en eso.

—En realidad, yo creo que todo el mundo empieza su vida con un extraño en su interior. Luego sólo hay que decidir si lo conservas o no.

—Es posible. Sí. Supongo que es cierto.

Vieron que Safi miraba a su alrededor y poco después se abalanzaba sobre el roble. El árbol no tenía ramas bajas, pero la niña se agarró con las rodillas y clavó las uñas en el tronco. Diez segundos más tarde ya había desaparecido entre el follaje.

La cabeza de Sophie era un hervidero de descubrimientos nuevos.

—¿Cómo lo hace?

—Práctica —contestó Anastasia.

Ya casi se había puesto el sol. Sophie se rodeó las rodillas con los brazos y se estremeció. El atardecer parecía un buen momento para hacer preguntas.

—Anastasia, ¿por qué necesito un jersey gris? ¿Adónde vamos?

—¿Matteo no te lo dijo?

—No. No me cuenta muchas cosas. Y no es fácil adivinar lo que piensa.

—¡Y que lo digas! Igual que Safi. Son como los gatos, *non*? Vamos a visitar a alguien. A un guerrero. Para ir a la estación necesitamos más gente, ¿sabes?

—Y ellos... ¿esa persona vive en el río?

—¿Por qué?

—Matteo me preguntó si sabía nadar.

—¡Ah! La persona a la que vamos a ver no sabe nadar, y siempre quiere dinero.

—¿Y de dónde sacaremos el dinero? ¿Qué más da que no sepa nadar?

—Ya lo verás. Creo que Matteo no quería que te lo dijera.

—¿Y esa persona que quiere dinero no mendiga? He visto a niños de la calle que lo hacen.

—¡Pues claro que no! —Anastasia la fulminó con la mirada y se alejó algunos centímetros por el banco—. Ya te he dicho que no somos chicos de la calle. Mendigar resultaría aburrido, estúpido y peligroso. Nosotros compramos la comida, como la gente normal. Aunque básicamente en los puestos de la calle, por las noches, porque... —Levantó las manos. Las tenía llenas de callos—. Mis manos me convierten en una persona fácil de recordar, ¿comprendes? Y ser fácil de recordar es peligroso. Pero necesito que sean así para poder trepar; es como llevar guantes. Y Safi no quiere acercarse a los vendedores.

—¿Por qué no? ¿Qué tienen de malo?

—*Rien*. Es decir, nada. —Anastasia se encogió de hombros—. Safi es igual que Matteo. No quiere que haya muchos humanos en su vida. Preferiría que estuviéramos ella y yo solas.

Sophie conocía esa sensación. Pero antes de que tuviera tiempo de contestar, alguien le dio una palmadita en el hombro. Safi estaba detrás de ella con un harapo gris pegado al pecho.

—¡No hagas eso! —gritó Sophie—. Casi me trago la lengua.

Anastasia se rió. Hasta Safi se aguantaba la risa.

—Vámonos —dijo Anastasia—. Matteo se reunirá con nosotras allí media hora después de anochecer. Debería haber oscurecido para cuando lleguemos.

—¿Adónde vamos?

—No está demasiado lejos. Al Pont de Sainte Barbara. Es un puente. —Cogió a Sophie de la mano—. Ya verás como te gustará. Es precioso; la verdad es que es como tú.

## 21

Era cierto que el puente era precioso, pero no se parecía mucho a Sophie; por lo menos, ella no le veía el parecido. Era una construcción muy sólida, con barandillas doradas y palomas posadas en ambos extremos.

Las tres bajaron corriendo los escalones de piedra hasta que estuvieron debajo del puente. No se veía a Matteo por ninguna parte.

—¿Dijo que estaría esperando? —preguntó Sophie—. ¿Lo veis?

—Seguro que está por aquí —dijo Anastasia.

Silbó con poca habilidad, era la misma melodía que había utilizado Matteo cuando estaban en la cuerda floja. Esperaron. El chico seguía sin aparecer.

—Inténtalo tú —le pidió Anastasia—. Dijo que silbabas muy bien.

Sophie intentó recordar cómo había puesto los labios la última vez. Silbó; luego lo hizo de nuevo, más alto y con más fuerza.

—Otra vez —dijo Anastasia.

Sophie silbó hasta que le zumbaron los labios y le dolieron los oídos. Estaba a punto de abandonar cuando se oyó un golpe y Matteo apareció caminando rápidamente por la barandilla del puente.

—*Bonsoir!* —Se sentó en la barandilla y se dirigió a ellas—. ¿Estáis preparadas?

—¿Preparadas para qué? ¿Por qué no me lo explicas? —siseó Sophie—. Y baja la voz. No puedo dejar que me vean.

—Pensé que si te lo contaba quizá no vendrías. Quítate los zapatos.

—¿Por qué no iba a querer venir?

Sophie se agachó para desatarse los cordones.

—Porque el agua está muy fría —afirmó—. Es como nadar en un congelador. Vamos a rastrear el río.

—¿A rastrear el río?

Sophie se quedó inmóvil, con el zapato en la mano.

—Vamos a bucear para coger monedas. Siempre que necesito dinero recojo monedas de debajo de los puentes. Y a veces encuentro alianzas. La



gente las tira al río. No se por qué... —Se encogió de hombros—. Pero a veces se pueden vender.

—Pero ¡esas monedas son deseos! ¡Estás robando los deseos de otras personas!

Matteo le lanzó una mirada tan dura que Sophie podría haberle hincado el diente.

—Si alguien tiene el dinero suficiente como para malgastarlo pidiendo deseos, es que no necesita esos deseos con la misma urgencia con la que yo necesito el dinero.

Se levantó sobre la baranda, se puso de puntillas y desapareció tras una zambullida perfecta.

Sophie se quedó en el borde, esperando. Pasaron casi dos minutos antes de que Matteo asomara la cabeza. Nadó hasta el borde y dejó un puñado de monedas de cobre a sus pies.

—Me dijiste que sabías nadar, ¿no? —le dijo—. Safi y Stasia no lo hacen muy bien.

—Sí que sé nadar. Aunque quizá no te lo habría dicho si hubiera sabido por qué me lo preguntabas.

Sophie se agachó junto al agua. Tenía un tono azul medianoche y las estrellas brillaban en la superficie. Parecía misteriosa. Se inclinó hacia delante hasta que vio su reflejo. Ella también parecía misteriosa y estaba más guapa de lo que se esperaba. Metió un dedo en el agua.

—¡Dios mío, Matteo! —exclamó.

Estaba helada. Se le contrajeron los dedos de los pies en señal de protesta.

—Pues venga —dijo él—. Hay muchas. Si las dejamos aquí, las cogerán los *gariers*. —Y mientras Sophie corría hacia el borde, le siseó—: ¡Quítate el otro zapato primero! Y no hagas ruido.

—¡Estaba a punto de quitármelo!

Se quitó el zapato, los pantalones y el jersey, y lo dejó todo hecho un ovillo en una esquina, debajo del puente, pero se dejó puestas las bragas y la camiseta interior. Fulminó a Matteo con la mirada y luego se zambulló en el agua. Salpicó un poco, pero le pareció que lo había hecho bastante bien.

—Vaya. ¡Está helada!

Sophie jadeó y le dieron arcadas cuando sintió aquel abrazo frío. Escupió un trago.

—Pareces un búfalo de agua —dijo Matteo, manteniéndose a flote—. Ven

aquí. Las corrientes arrastran la mayor parte de las monedas hacia la izquierda. Por aquí. No dejes de moverte o se te parará el corazón.

Se sumergió y ella esperó sin dejar de agitar los pies congelados hasta que volvió a salir.

—Matteo —dijo—, escúchame. No te ayudaré hasta que me expliques una cosa.

—¿Qué? Me estoy congelando, Sophie. Éste no es un buen momento.

—Esos chicos que viven en la estación, ¿qué tienen de malo?

Él se encogió de hombros, algo que no es nada fácil de hacer mientras uno se mantiene a flote. Entonces le explicó:

—Son sucios.

Sophie guardó silencio. Intentó evitar que su mirada se posara en las chicas que aguardaban en la orilla vestidas de barro y harapos.

Matteo se dio cuenta. Sophie pensó que el chico se percataba de todo. Era irritante.

—Existe la buena suciedad y la mala suciedad —le explicó—. Los *gariers* son mala suciedad.

—Pero ¿cuál es cuál? —preguntó Sophie—. ¿Qué se considera buena suciedad?

—*Je ne sais pas*. —Matteo la fulminó con la mirada, como hacía siempre que le preguntaba cosas—. No lo sé. *Ach, je m'en fous*.

—¿Dice que no lo sabe y que no le importa! —gritó Anastasia. Debía de estar escuchando desde la orilla del río—. Supongo que la buena suciedad es el barro. Y el polvo de los tejados. —Safi le hizo una señal. Anastasia añadió—: Y también el polvo de los árboles.

Matteo dijo:

—Y la arenilla que se te pega a la piel cuando pasas la mano por encima de un puente de piedra. La mala suciedad es la sangre seca.

—Y las aguas residuales. Y el hollín de los días malos.

Sophie ya había aprendido eso. El humo que salía de las chimeneas podía llegar a ser corrosivo.

—Normalmente no es tan malo —matizó Anastasia—, pero cuando no sopla viento y el aire es húmedo, absorbe el humo y te lo esparce por la cara.

Sophie ya se había dado cuenta. También había advertido que Matteo se hurgaba más la nariz que la mayoría de la gente; y que los días con más polución, los mocos eran negros.

—Y la grasa de paloma —dijo Anastasia—. La grasa de paloma es mala suciedad.

—*Non!* —exclamó Matteo entonces. Se dio la vuelta y se alejó nadando—. No, la grasa de paloma es buena suciedad.

Anastasia intercambió una mirada cómplice con Sophie.

—Puede que un poco esté bien, pero si es demasiada empiezas a oler como una herida abierta. Es igual, no es sólo la suciedad. Los *gariers* son crueles. Son como animales.

Sophie pensó en eso. Ella siempre había creído que Matteo parecía un animal: un gato o un zorro. Anastasia y Safi se desplazaban con los mismos movimientos y la misma agilidad que los monos.

—¿Y ser como animales es malo?

Anastasia le dijo:

—Son como perros. ¿Alguna vez has visto un perro loco? Tienen la mirada cruel.

—¿Me estás diciendo que... muerden?

Esperaba que las dos niñas se rieran, pero sólo se la quedaron mirando. Ninguna se movía ni sonreía.

Al final, Safi asintió. Matteo apareció a su lado, jadeando. Y dijo:

—Sí. Muerden. Venga. Sigamos antes de que se me congelen los dientes y se me queden pegados.

Había poca corriente y nadar era fácil, pero el agua estaba turbia y resultaba casi imposible ver el brillo del cobre en la oscuridad. Sophie cogió lo que pudo oteando el fondo del río. Matteo y ella se sumergieron seis veces, siete, y cuando tenían un buen puñado de monedas, nadaban hasta la orilla. Sophie se alegró de ver que la montaña de monedas que había apilado en la orilla era el doble de grande que la de Matteo.

—*Ach!* Son mis dedos —dijo el chico. Sophie y Anastasia intercambiaron otra mirada—. No distingo entre una moneda y una piedra.

—Claro —dijo Sophie—. Claro, es por eso.

Cuando Anastasia los avisó de que ya tenían más de tres francos, Matteo dijo que era suficiente. Nadaron medio compitiendo hasta la orilla. Sophie era más rápida, pero él alargó el brazo y la hundió justo cuando estaba a punto de alcanzar el borde.

—¡Eso es trampa! —Emergió escupiendo—. Eres un sucio tramposo.

—Las trampas no existen para los tejabundos —dijo Matteo—. Para

nosotros todo es una cuestión de vida o muerte.

—En realidad eso no es hacer trampas —intervino Anastasia—. Eso es pelear. Y pelear es mejor que hacer trampas.

Tiró de Sophie para ayudarla a salir del agua y le dio una pastilla de chocolate.

Matteo se quedó en el agua. Anastasia le dio otra pastilla y él se la comió mientras se mantenía a flote.

—Gracias —dijo Sophie. Su voz parecía un graznido—. Nadar siempre me deja sedienta. ¿Puedo beber el agua del río?

—¡No! Lo siento. Enfermedad de ratas. Ni siquiera se la bebe Matteo, y eso que él es inmune a muchas cosas. Pero podrás beber cuando llegemos a la catedral —dijo Anastasia.

—¿La catedral? —Sophie se puso el jersey que le habían prestado y metió los pies mojados en los zapatos—. ¿Qué catedral?

—«La» catedral. Matteo se reunirá allí con nosotras.

—¿Que se reunirá allí con nosotras? Pero si él está aquí...

Sophie volvió la cabeza. Matteo había desaparecido.

—Él es así —dijo Anastasia—. Irá por el río y luego por los árboles.

Safi se acercó a ella en silencio, le alisó las partes del pelo que tenía de punta y le quitó las algas del río. Cogió la bufanda de Sophie del suelo y se la enrolló alrededor de la cabeza.

—¡Ay! —exclamó ella—. ¡Casi me había olvidado del pelo! —Se estremeció del pánico y tiró de la tela para taparse las orejas—. Qué tonta he sido. Gracias.

Safi sonrió y de repente se sonrojó tanto que se puso violeta. Corrió escaleras arriba y desapareció entre las hojas de uno de los árboles que había alineados en la acera.

—¿Se las arreglará? —preguntó Sophie.

Anastasia recogió las monedas y se las metió en los bolsillos.

—Claro. Ella también irá por las copas de los árboles —dijo—. *Allez*. Si caminamos deprisa, cuando llegemos a Notre Dame ya estarás seca. Sube rápido la escalera.

Las aceras oscuras son uno de los mejores lugares del mundo para hablar. Caminaron deprisa para que Sophie no cogiera frío. Anastasia canturreaba en voz baja. Sophie esperó hasta estar segura de que Matteo no estaba por allí antes de hablar.

—Anastasia, si te pregunto una cosa, ¿no le dirás a Matteo que te lo he preguntado?

—Quizá. Es probable. Lo intentaré. ¿De qué se trata?

—Son los... ¿los *gariers* se llaman? Esos chicos de la estación de tren. ¿Por qué los odia Matteo? Cuando habla de ellos se queda como ausente.

—Ah. Si no lo sabes, no sé si debería decírtelo.

—Por favor. Me asusta. Se le oscurece la cara.

Anastasia iba rozando las barandillas de hierro al pasar. Al contacto de sus dedos, las barandillas emitían música.

—Hubo una pelea. Hace algunos años. Los *gariers* no querían compartir los tejados con nadie. A Safi y a mí no nos importó mucho. Nos trasladamos a los árboles. Los árboles son mejores. Pero a Matteo le encanta ser un tejabundo. Los tejados son... —Guardó silencio e hizo una mueca—. *Ach*, esto va a sonar demasiado poético.

—Dilo igualmente.

—Son lo único que tiene —dijo Anastasia. Se sonrojó—. Lo siento. *Alors*, no podía abandonarlos.

—¿Y qué pasó?

—Que nadie ganó. Mordieron...

—¿Qué mordieron? —Sophie fijó la mirada en la niña y ella apartó la vista—. ¿Qué mordieron?

—Nada. Matteo perdió la punta del dedo. Un *garier* perdió la mano. ¿Y le has visto la barriga a Matteo? ¿Has visto la cicatriz?

—¡Me dijo que se había caído encima de una veleta!

—¿Ah, sí? Pues te mintió. Estuvo a punto de morir. Tuvo que ir a un

orfanato para que lo medicaran. Eso sí que lo sabes, ¿verdad? Y ahora nunca se acerca a la estación y jamás baja al suelo.

Anastasia se detuvo y agarró a Sophie del brazo.

—Para. Ya casi hemos llegado. Matteo debe de estar por aquí. —A la luz de las estrellas se distinguía la inquietud en su rostro. Se mordió el labio—. ¿Me prometes que no le dirás que te lo he contado?

—Claro —respondió Sophie, pero la distraía lo que las rodeaba. Estaban a los pies de un enorme edificio blanco que se alzaba en el cielo de la noche, tan majestuoso como un dios—. ¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

—¡En Notre Dame! Y Matteo está en aquel árbol, ¿lo ves? Junto a la puerta. —Sophie no veía nada, pero Safi se hallaba debajo mirando hacia las hojas. El patio estaba vacío. Anastasia dijo—: Vamos.

El dolor que provocaba escalar Notre Dame era comparable a la belleza de su arquitectura. Tardaron el doble de lo que Sophie había imaginado en trepar hasta lo más alto.

Matteo iba primero, seguido de Safi. Parecían conocer la catedral tan bien como Sophie conocía su casa de Londres; las manos de los tejabundos encontraban en la piedra asideros y salientes para agarrarse sin vacilar ni un segundo. Sophie los seguía más despacio. Anastasia cerraba la marcha y le iba dando consejos sobre los sitios a los que debía sujetarse, y le guiaba los pies cuando se quedaba atascada.

Sophie cada vez tenía más equilibrio. Aún le dolían los pies cuando los apoyaba en la piedra, y le sangraban un poco los dedos, pero estaba decidida a no hacer ni una sola mueca de dolor delante de los tejabundos. No le parecía que aquellos chicos fueran de los que hacían muecas de dolor. Se frotaba el pie con saliva y se mordía la mejilla por dentro. Cuando llevaba medio camino, la tenía ya en carne viva. Resbaló un par de veces, pero no creía que nadie se hubiera dado cuenta.

Para la mayoría de las cosas de la vida no hay ningún truco, pero Sophie pensó que para el equilibrio sí había una especie de secreto. Éste consistía en saber dónde estaba su propio centro: el equilibrio se hallaba en algún punto entre su estómago y sus riñones. Era como una pepita de oro enterrada entre sus órganos internos. Era difícil de encontrar, pero cuando se daba con ella, funcionaba como la página marcada de un libro: fácil de recuperar. El

equilibrio también estaba relacionado con los pensamientos. Sophie intentó pensar en madres y música, y no en estamparse contra el asfalto que había dejado atrás.

París aguardaba en silencio a sus pies. Desde donde estaba ella, agarrada con ambas manos al cuello de un santo esculpido en la piedra, parecía una masa de plata, a excepción del oro oxidado del río, iluminado por la luz de las farolas.

—Qué bonito —dijo—. ¡No me había dado cuenta de que el río fuera tan bonito!

—Sí. —Anastasia parecía sorprendida—. Es... principalmente marrón.

Cuando llegaron a la base de la torre, Matteo y Safi se sentaron muy juntos, y empezaron a dibujar con la uña círculos y cruces en una teja. A juzgar por su actitud, parecía que simplemente acabaran de subir un tramo de escalera.

—Empate —anunció Matteo. Luego borró el juego—. Sophie, ¿puedes silbar? Tenemos que llamar a Gérard.

—Sí, claro. —Los otros tres esperaron. De repente se sintió cohibida—. Mmm, ¿quieres que silbe lo mismo que utilizaste con los pájaros?

—Sí. Silba con fuerza, con toda la que puedas. Podría estar dormido.

Sophie silbó las tres notas que había oído en la cuerda floja. Hubo una pausa y sonó la misma melodía, pero más grave e intensa.

—¿Ha sido un eco?

—*Non*. —Matteo ahuecó las manos y ululó dos veces como un búho—. Era Gérard.

De encima de ellos, procedente del campanario, cayó una avalancha de polvo y apareció un chico. Se descolgó hacia abajo, apoyándose con una mano después de otra, aprovechando los huecos de las mandíbulas abiertas de las gárgolas. Descendió el último metro y medio con una voltereta y aterrizó delante de Sophie.

—*Bonsoir* —saludó.

Parecía más joven que Matteo, aunque tenía las piernas tan largas que sobresalía por encima de todos. Estaba tan delgado que Sophie pensó que podría vencerlo con una sola mano. No tenía aspecto de guerrero.

—*Salut*, Gérard —dijo Matteo—. Queremos contratarte.

El chico sonrió.

—*Bon*. Ya lo sé. Anastasia me hizo una señal.

Llevaba una chaqueta mohosa, carcomida por los gorgojos, que tenía aspecto de haberse hecho él mismo con varios felpudos. Sophie quiso una igual en cuanto la vio.

—Hola —dijo—. Me llamo Sophie.

—*Oui* —contestó él—. Ya lo sé. —Su inglés era un poco flojo, pero tenía cara de buena persona. Sus cejas eran tan gruesas que se hubiera podido cepillar zapatos con ellas, y sus ojos, amables—. Necesitas ir a la estación, ¿verdad? —Vaciló. A Sophie le pareció evidente que el chico era demasiado educado como para que le fuera bien en la vida. Entonces preguntó—: ¿Me has traído alguna cosa?

—Sí —intervino Anastasia—. Claro.

Colocó las monedas todavía mojadas en las manos ahuecadas del chico.

—*Merci!* ¿Sabéis que ahora encender las velas de la catedral cuesta veinte céntimos? *C'est fou!*

Sophie dijo:

—¿Y no puedes simplemente coger algunas si las necesitas? Estoy segura de que no les importará.

—*Non!* ¡No se puede robar en una iglesia! Es pecado.

—Y entonces ¿qué haces para tener luz cuando no puedes conseguir velas?

—La mayor parte de las veces no hago nada. La vista mejora en la oscuridad. La oscuridad es un don. También se pueden meter trapos empapados en aceite en latas y prenderlos.

—Siempre que dispongas de trapos —puntualizó Anastasia.

—Y de aceite —añadió Matteo.

Gérard se rió con timidez.

—Entonces nos vamos a la estación, ¿no? A pelear, ¿verdad?

—Puede que tengamos que pelear —explicó Anastasia—, pero espero que sólo vayamos a escuchar. —Se volvió hacia Sophie—. A Gérard se le da muy bien escuchar.

Matteo no parecía celoso. Asintió.

—Es cierto. La capacidad de escuchar es poco común. Los animales la tienen. La mayor parte de las personas sólo creen que la tienen.

Gérard dijo:

—Soy capaz de oír una armónica que esté tocando alguien en una clase de la mitad del río hacia abajo.

—¡Eso es imposible! —exclamó Sophie—. ¿No?



—No es imposible —dijo Gérard—. Sólo es poco habitual.

Ella ya sabía que cuchichear era de mala educación, pero tenía que hacerlo. Se llevó a Anastasia a un lado y ahuecó las manos alrededor de la oreja de la chica.

—¿Está diciendo la verdad? —murmuró—. ¿O sólo es una fanfarronada? Es muy importante. ¿Sabe lo importante que es?

Gérard se rió. No era fácil verlo en la oscuridad, pero parecía haberse sonrojado.

—Sí que dice la verdad —dijo el chico de sí mismo—, y sí, sé lo importante que es. Conmigo no sirve de nada cuchichear. Yo no pedí nacer así, me cuesta mucho dormir. Tengo que ponerme bellotas en las orejas. Pero es verdad. Creo que es porque vivo en una iglesia.

Anastasia añadió:

—También canta. Practica las canciones del coro cada noche, cuando ya se ha marchado todo el mundo.

Matteo frunció el ceño.

—Ya le he explicado que canta. ¿A que sí, Sophie?

Anastasia puso los ojos en blanco.

—Chicos... No es sólo cantar. Cuando él canta es como cuando caen los primeros copos de nieve. Canta algo, Gérard.

Éste arrugó la nariz.

—*Non*.

Safi se golpeó el pecho y le tendió la mano. Luego ladeó la cabeza.

—Por favor, Gérard —les suplicó Sophie—. Una canción. Para que nos dé suerte.

—*Ach, d'accord* —dijo Gérard—. Está bien. Media canción.

Miró a su alrededor y se chupó un dedo para comprobar en qué dirección soplaban el viento. Carraspeó.

Las primeras notas que salieron de su boca sonaron tan claras y dulces que Sophie sintió que un escalofrío la recorría de la cabeza a los pies. Cantaba en francés, pero era evidente que no se trataba de un himno. Daban ganas de remangarse la falda y bailar con tus seres queridos. A Sophie le apeteció ponerse a dar vueltas. La hizo desear tanto encontrar a su madre que le dolió.

Cuando Gérard dejó de cantar, se hizo el silencio. Se calló hasta el río.

Entonces Sophie y Anastasia se deshicieron en vítores. Aplaudieron y patearon en el tejado de la catedral. Safi arrancó un grito estridente del fondo

de su garganta. Era el primer sonido que Sophie la oía emitir.

Alguien carraspeó.

—Si no hicierais tanto ruido como para despertar a los santos —dijo Matteo—, habríais oído que el reloj tocaba la medianoche. Deberíamos empezar a movernos si queremos estar a las dos en la estación.

—¿Por qué a las dos? —preguntó Gérard— Las dos es mala hora para los *gariers*. Deberíamos ir más tarde.

—La última vez que Sophie oyó la música eran las dos —respondió Matteo—. Ya sé que no es un dato muy sólido en el que basarse, pero he pensado que sería mejor que nada.

—Es una posibilidad —dijo Sophie. Lo dijo en voz baja para que los demás no la oyeran—. Y nunca hay que darle la espalda a una posibilidad.

Llegaron al barrio de la estación justo antes de las dos de la madrugada. Los tejados habían ido perdiendo altura a medida que se alejaban de Notre Dame, y los acompañantes de Sophie estaban tensos y nerviosos.

En dos ocasiones tuvieron que cruzar una calle que se extendía entre dos edificios. Matteo, Gérard y Safi saltaron desde un cedro hasta una farola, y luego se balancearon sin esfuerzo hasta el tubo del desagüe que había al otro lado. Anastasia y Sophie se deslizaron por un desagüe, cruzaron la calle corriendo y treparon por el siguiente. Tenía asideros a intervalos regulares, pero no hay nada como trepar por un desagüe en mitad de la noche para recordar lo oscura que puede llegar a ser la oscuridad.

Los cinco se pararon a descansar en el tejado de una escuela. Los cuatro tejabundos se sentaron formando un cuadrado en el que todos miraban hacia fuera. Sophie se sentó un poco de lado. Aguantaba la respiración y rezaba. Decía: «Por favor, por favor, permite que la encuentre.» El corazón le latía con tanta fuerza que parecía a punto de romperse, pero las palabras sonaban demasiado pequeñas y efímeras en el aire de la noche. Apretó los puños y se sentó sobre ellos.

Pasó una hora. Sophie estaba cada vez más intranquila. Ninguno de los tejabundos había dicho ni una sola palabra. No habían movido ni un músculo.

Al final susurró:

—¿Os puedo hacer una pregunta a todos?

Matteo gruñó. Gérard dijo:

—Claro que puedes. ¿Qué?

—¿Qué pasa cuando los tejabundos se hacen mayores?

—¡Ah! —exclamó Matteo—. Pensaba que ibas a preguntar por los servicios.

Gérard contestó:

—La mayoría bajan al suelo, pero siguen llevando vidas un poco salvajes. Es más fácil ser medio salvaje para un adulto que para un niño.

Anastasia inspiró por la nariz, altiva como una Cleopatra.

—En especial si eres un chico —dijo.

—¿Ha habido otros? —preguntó Sophie—. ¿Antes que vosotros?

Anastasia dijo que no, justo en el momento en que Matteo decía que sí.

—Sí —repitió el chico—. Creo que sí. Mira, encontré esto en mi tejado cuando me instalé allí. —Sacó una pequeña navaja del bolsillo. Estaba decorada y pesaba bastante—. ¿Ves la empuñadura?

Parecía que tuviera por lo menos cien años. En la empuñadura se apreciaban con claridad unas huellas de dedos. La mano que las había dejado era más pequeña que la de Sophie.

—¿De quién era? —quiso saber.

—De algún chico. —Matteo se encogió de hombros—. Un chico listo. La encontré envuelta en una cuerda. La mejor forma de guardar un cuchillo es envolverlo con una cuerda. No todo el mundo lo sabe.

—¿Lo has buscado alguna vez? —Sophie pensó que si hubiera estado en su lugar, ella lo habría hecho—. ¿Por qué no volvió a buscarlo?

—*Non*. Tenía un centímetro de óxido. Debió de ser hace muchos años.

—¿Qué crees que le pasó?

Se encogió de hombros rodeado de noche.

—Puede que lo cogieran. Quizá se fuera al sur. El sol calienta más en el sur, y hay menos gente.

Sophie dijo:

—¿Cuántos crees que hay? ¿Cuántos tejabundos?

Gerard dijo:

—Yo diría que hay más de diez y menos de cien.

Las chicas asintieron. Safi extendió los diez dedos de las manos, cerró los puños y los volvió a abrir. Anastasia dijo:

—Creo que tiene razón. Unos veinte o treinta. A veces veo sombras. Creo que es probable que haya alguien viviendo en el Louvre.

Se volvieron a quedar en silencio. Pasaron dos horas. Sophie aguardaba bien atenta.

No había ni rastro de los *gariers*. Tampoco de la música. A las cinco de la madrugada, Sophie tenía tanto frío y estaba tan cansada que se habría echado a llorar.

—Deberíamos irnos —dijo Matteo, poniéndose de rodillas y limpiándose el polvo de la espalda—. Está saliendo el sol.

Se levantó.

—¡Espera! —Gérard tiró de él hacia abajo—. ¡Un segundo! ¡Escucha!

—¿Es un chelo? —Sophie se puso alerta y apretó los puños—. ¿Son *gariers*? ¿O es música? ¿Puedes oírla?

—No, ninguna de las dos cosas. Pero escuchad.

El tejado estaba muy silencioso. A lo lejos, en la carretera, se oyó un ruido que podía ser de un caballo o de alguien tosiendo, o nada en absoluto. Entonces apareció una nube; era una nube gris, que se extendió y zigzagueó por el cielo.

Anastasia susurró:

—Pájaros.

Sophie dijo:

—Estorninos.

Su presencia espesó el aire de repente. Había por lo menos quinientos, mil. Sus alas zumbaban, y bajaron en picado por encima de las cabezas de los tejabundos sin ningún miedo, como si los niños fueran un grupo de caperuzas de chimenea.

—¡Son como un ballet! —exclamó Sophie.

—Es posible —dijo Matteo—. No sé nada de ballet. Son como estorninos.

—¿Cómo llamas a un grupo de estorninos? —susurró Sophie.

—Pues estorninos, ¿no? —contestó Anastasia—. No sé a qué te refieres.

—Por ejemplo, un grupo de peces es un cardumen. Un grupo de abejas es un enjambre.

—Ah. *Je comprends*. Pero no lo sé.

—Un ballet de estorninos —indicó Sophie.

Hablaban sin mover nada, ni siquiera los labios. Los pájaros volaban en círculos y se lanzaban en picado. Ella reprimía un grito cada vez que se acercaban. Los demás no lo hacían, pero Sophie no podía evitarlo. Parecía un milagro de esos que sólo ocurren en vacaciones. Parecía un presagio. Tenía el corazón caliente e hinchado.

—Un ejército de estorninos —dijo Matteo.

—Un tornado de estorninos —propuso Gérard.

—Una avalancha de estorninos —intervino Sophie.

—Una fuente de estorninos —señaló Anastasia—. Un rayo solar de estorninos.

Los chicos resoplaron, pero Sophie dijo:

—¡Sí! Me gusta. O una orquesta de estorninos.  
—Un tejado de estorninos —sugirió Matteo.

Volvieron a casa despacio. El rugido de la adrenalina se había extinguido y Sophie estaba agotada. Tomaron una ruta desconocida; iban en fila de uno, Matteo el primero y Safi la última. Nadie quería hablar.

Matteo y Sophie dejaron a las dos bailarinas de los cielos y a Gérard en la catedral y siguieron hacia el norte.

Cuando se quedaron a solas, Sophie dijo:

—Matteo, sólo por curiosidad: ¿qué haces cuando tienes que ir al servicio?

—Desagües —dijo. Y no le dio más explicaciones.

Sophie se rió y apartó la vista. Los edificios que los rodeaban le empezaban a resultar familiares. Pero...

—Ésta no es mi calle, ¿no? —Sophie vaciló—. Matteo, ¿dónde estamos?

El chico parecía medio dormido.

—Cerca del río. —Se sacudió el sueño—. Es un atajo. Ya estamos bastante cerca. Diez minutos más.

—Pero ¿en qué edificio estamos?

—En la sede central de la policía. Ya deberías saberlo. Me dijiste que habías estado aquí dos veces.

—Y estamos... ¿en el tejado?

—Sí. —Parecía confuso—. Estamos en el tejado.

—¿Cuánto falta para que amanezca?

La boca de Matteo se movía mientras contaba las estrellas que quedaban.

—Media hora. Puede que cuarenta minutos.

—Y los archivos de la ciudad están en el último piso del edificio, ¿verdad?

—No lo sé.

—Sí. Yo sé que están ahí. Podríamos... ¿podemos echar un vistazo? ¿Sólo por la ventana?

—Si quieres...

Lo cogió de la muñeca para que se concentrara.

—Pero ¿cómo crees que debemos hacerlo? ¿Cómo lo harías tú?

—Si te tumbas boca abajo y te descuelgas por el borde, yo te cogeré de las piernas.

—¿Y no me soltarás?

—Todo saldrá bien. —Sophie pensó que eso no era exactamente una respuesta—. Tan sólo tienes que rezar para que no haya cortinas.

Si Matteo decía que todo saldría bien, ella lo creía. Sophie se tumbó cerca del borde y se arrastró boca abajo hacia delante.

—¿Me tienes? Me cogerás con fuerza, ¿verdad?

Sophie se arrastró hacia delante hasta que sus costillas colgaron por el borde del tejado. Se agarró a los ladrillos y se inclinó despacio, pero no veía el interior del edificio. La ventana superior estaba un poco por debajo de ella. Sophie se obligó a no mirar hacia la calle.

—Un poco más —dijo. Se le estaba subiendo la sangre a la cabeza—. ¡Un poco más!

Pero no servía de nada. La ventana estaba demasiado lejos.

—Vuelve a subirme —pidió—. Rápido, por favor.

Matteo soltó un rugido y tiró. Sophie se rozó la barbilla con los ladrillos al levantarse. Se sentó y se la frotó. Se le mancharon los dedos de sangre.

—Vaya —dijo.

Matteo se sacó un trozo de tela del bolsillo.

—Límpiatela con saliva —le sugirió—. Si no lo haces, se te quedará dentro la arenilla de los ladrillos.

—Gracias —contestó Sophie.

Le dio las gracias al trasero de Matteo, porque el chico estaba mirando por el borde del edificio. Al cabo de un momento, empezó a dar golpes con la punta de los pies en el tejado. Si unos pies pueden parecer emocionados, los de Matteo lo parecían.

Se enderezó.

—Tienes razón —dijo—, está demasiado lejos para inclinarse. Pero ¿y si te sujetara por los tobillos?

—¿Qué? ¡No!

—¿Por qué no? Te cogeré fuerte, te lo juro. Tengo mucha fuerza.

—Pero ¡estaré colgando de los tobillos! —exclamó.

—¿Y de qué otra forma pretendes hacerlo? Has dicho que querías ver lo que hay dentro, ¿no?

—Sí. —El terror le provocó un repentino picor en la piel. Era como llevar



un traje de papel de lija. Pero habría sido terrible abandonar en ese momento —. Vale —respondió—, pero asegúrate de que no te sudan las manos. No quiero morir boca abajo, muchas gracias.

Se deslizó de nuevo hacia delante y Matteo la cogió de los pies. La agarraba de los tobillos con tanta fuerza que le estaba cortando el riego sanguíneo.

—Voy a bajarte —le dijo.

La empujó hacia delante hasta que Sophie sólo notaba el tejado con las rodillas; luego sólo fueron sus pies lo que seguían en contacto con el antepecho. Podía sentir el temblor de los músculos de los brazos de Matteo y buscó apoyo agarrándose a los ladrillos.

—No mires abajo —murmuró Sophie. Su pelo colgaba sobre París. Se lo retiró de los ojos y miró por la ventana.

La sala ocupaba toda la longitud del edificio. Estaba llena de armarios archivadores. Debía de haber cientos, porque no quedaba ni un solo hueco libre. En el centro de la estancia había una mesa grande. Sopló una bocanada de vaho en la ventana, boca abajo, y limpió el cristal con los dedos. No había ni un solo cuadro en la habitación, y tampoco lámparas. La visión de Sophie empezó a llenarse de puntos rojos.

—Voy a tener que subirte —dijo la voz de Matteo—. A menos que quieras tomar la ruta más rápida hasta la calle.

Cuando toda la sangre del cuerpo de Sophie hubo regresado a su sitio, los dos siguieron su camino, más rápido esta vez, por miedo a que amaneciera.

—Los archivadores tenían cerraduras —explicó—. ¿Crees que podría abrirlas con un martillo?

—*Non* —contestó Matteo—. Te oiría todo París.

—Vaya. Entonces ¿cómo? —preguntó—. ¿Con una palanca?

—Pues forzándolas.

—¿Cómo? ¡Ay!

La nariz de Sophie chocó contra el pie de Matteo. Estaban gateando por el tejado puntiagudo de una panadería y él se había parado para mirarla fijamente.

—¿Nunca has forzado una cerradura? —Parecía realmente sorprendido—. Pensaba que era algo... No sé, como respirar. Pensaba que podía hacerlo todo

el mundo.

—¿Por qué iba a saber cómo forzar una cerradura?

—¿En serio? ¿De verdad no sabes? Yo puedo hacerlo con los dientes.

—Por el amor de Dios. ¡No, no sé!

Desde donde estaban ya se veía el hotel Bost.

Matteo se la quedó mirando. Sophie notó que se estaba sonrojando y se puso el pelo por delante de la cara para ocultarlo. Al final, el chico dijo:

—Entonces supongo que tendré que enseñarte. Es fácil. Y útil. Más que el chelo.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—*Non*. Ahora tendrías las manos demasiado rígidas. Primero necesitas dormir. Mañana. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al hotel—. ¿Puedes recorrer el último tramo tú sola? Necesito volver a casa. El sol saldrá dentro de diez minutos.

—Hasta mañana —dijo—. Y, Matteo...

Se frotó los ojos para ganar tiempo. Le costaba encontrar las palabras para darle las gracias. Pero en cuanto abrió los ojos, el chico ya había desaparecido.

Cuando Sophie se descolgó hasta su habitación, los primeros rayos de sol ya calentaban la cama. Tenía negras las palmas de las manos, y hollín y hojas secas pegadas a los tobillos y en la planta de los pies. La cama lucía un aspecto muy acogedor, pero antes de acostarse cogió el diccionario que había en la estantería del rellano. Se limpió las manos detrás de las rodillas y pasó las hojas.

En inglés, una bandada de estorninos se llamaba «murmullo».

Sophie abrió los ojos y vio a Charles inclinado sobre ella con una taza de algo caliente. La luz del sol de media tarde se colaba por la claraboya.

—Has vuelto —dijo.

Sophie cogió la taza e intentó poner cara de absoluta inocencia.

—¿Volver de dónde?

Era chocolate caliente. Oscuro y espeso, tal como Charles lo preparaba en casa. Cuando era pequeña, lo llamaba «chocoextragavante». Se tardaba media hora en conseguir ese espesor tan sólido. Sophie se sintió todavía más culpable.

—No lo sé —contestó Charles—, dímelo tú. —Se sentó en la cama—. Ayer por la noche vine a las once y no estabas.

—¿Ah, no?

—No quiero ser un viejo pelmazo, cariño, pero pensaba que te habían secuestrado. Pensaba que... No sé. —No sonreía y no le brillaban los ojos—. ¿Dónde estabas?

—No puedo contártelo. —Le rodeó la muñeca con los dedos—. Lo siento. Lo haría, de verdad, pero afecta a otras personas.

—Sophie, ¿me estás diciendo que...?

—Te prometo que no me ha visto nadie. Lo juro. No salí a la calle hasta que estuvo bien oscuro. Y me tapé el pelo.

—¿Por qué no me dijiste, por lo menos, que ibas a salir?

—No podía. Creía que intentarías impedírmelo.

Charles le cogió la taza, bebió un sorbo y se la devolvió: lo hizo todo en silencio. Alzó tanto las cejas que las tenía casi en el nacimiento del pelo.

Sophie le preguntó:

—¿Me lo habrías impedido?

—No, no lo habría hecho.

—¡Ah!

La culpabilidad le oprimió el pecho.

—O por lo menos, eso espero. —Bebió otro sorbo de la taza de Sophie—. Quizá sí que lo habría hecho. Pero la verdad es que no lo sé. El amor es impredecible.

«El amor es impredecible», se repitió Sophie. Vaciló. Y entonces dijo:

—Charles, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Claro. Siempre.

Ella intentó encontrar las palabras adecuadas. Se tomó el resto del chocolate para ganar tiempo y luego pasó el dedo por dentro de la taza.

—Es que he pensado... Si ella está viva, y estoy segura de que lo está, ¿por qué no ha venido a buscarme?

—Le dirían que habías muerto, Sophie. Si nosotros no hemos podido conseguir una lista de supervivientes, ella tampoco. No debió de encontrarte en ninguno de los hospitales. Ni una sola persona en Francia sabía de tu existencia.

—Ya. Eso ya lo sé. Pero... a mí me dijeron que ella había muerto y yo no los creí. ¿Por qué se lo creyó ella? ¿Por qué no siguió buscando?

—Cariño, porque ella es una adulta.

Sophie se escondió detrás del pelo. Estaba acalorada, tensa y enfadada.

—Ése no es un motivo.

—Sí que lo es, cielo. A los adultos les enseñan a no creer en nada que no sea aburrido o desagradable.

—Pues es una estupidez —dijo.

—Es triste, pequeña mía, no estúpido. Cuesta mucho creer en cosas extraordinarias. Tú tienes esa capacidad, Sophie. No la pierdas nunca.

Esa noche, antes de salir por la claraboya, Sophie le dejó una nota a Charles encima de la almohada. Decía que iba a la sede central de la policía —aunque no le explicaba que iba a ir por el tejado— y le prometía que estaría de vuelta antes del alba. Luego se puso unos pantalones y el jersey harapiento de Safi. Se metió una vela minúscula en el bolsillo, estiró un par de veces los dedos y salió a la oscuridad.

Matteo la estaba esperando en el tejado de la comisaría, saltando con un pie y después con el otro. Sophie ya contaba con ello, pero bajo la salida de la chimenea estaban sentados también Anastasia, Safi y Gérard, compartiendo una bolsa de pasas. Tanto Safi como Anastasia llevaban jerséis negros y pantalones grises, y el color blanco plateado de sus rostros contrastaba con la oscuridad de la ropa. Había olvidado lo guapas que eran. La imagen la impresionó.

Gérard vio la cara que había puesto y se rió.

—¡Ya lo sé! *Mon Dieu, non?* Pero te acabas acostumbrando.

—Hemos venido a vigilar —dijo Anastasia—. Gérard tiene el oído de un conejo. Él nos avisará si se acerca alguien. Y hemos traído comida.

Vertió una docena de pasas en la mano de Sophie. Cuando se las comió, el azúcar la hizo entrar en calor y se volvió hacia Matteo.

—¿Voy yo primero?

—*Non* —respondió él.

—Pero, por favor... Me gustaría.

Sophie tenía la sensación de que era muy importante hacerlo bien, pero no sabía cómo explicarlo. Sentía que estaba muy cerca. Se estremecía cada vez que pensaba en su madre.

Matteo dijo:

—¿Sabes cómo abrir el cierre de una ventana?

—Pues no.

—Entonces iré yo primero.

Matteo se deslizó un metro por la tubería del desagüe hasta que estuvo a la altura de la ventana. Sophie lo observaba tumbada boca abajo. No quería decirle que tuviera cuidado. No quería ser esa clase de persona. Así que le gritó:

—¡Buena suerte! —Y un segundo después añadió un innecesario—: ¡Nosotros vigilamos!

Matteo estaba de cara a la pared. Se agarró a la tubería del desagüe con ambas manos, pasó una pierna y luego la otra hasta el alféizar de la ventana y se aplastó contra los ladrillos. Soltó la tubería con una mano y se agarró a los ladrillos. Sophie se mareaba sólo de mirar. Entonces soltó la segunda mano y se quedó encima del alféizar, balanceándose sobre los dedos de los pies. Flexionó las rodillas despacio, apoyándose en el cristal con los dedos, hasta que estuvo agachado. La repisa de la ventana era ancha, pero aun así tenía la mitad del cuerpo suspendida sobre la nada. Sin embargo, su expresión era tan relajada como una tarde de domingo.

Atacó el cierre de la ventana con su navaja.

—¡Está abierta!

—¡Bien! Oh, por favor, que sea... —Sophie se frenó justo a tiempo—. ¡Fantástico! —gritó.

El chico metió las uñas por debajo del marco y jadeó. Se oyó un ruido de algo que se desgarraba y Matteo exclamó:

—*Ach.*

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Nada. Sólo es un poco de sangre. —La ventana se abrió—. La limpiaremos antes de irnos. —Cambió de postura hasta que quedó sentado en el alféizar, con las piernas colgando dentro de la sala—. ¡Listo! —Dio una palmada en la repisa—. Ya puedes bajar.

Sophie imitó los movimientos del chico con la máxima exactitud que pudo. Matteo le guió los pies con ambas manos. Ella se obligó a pensar en chelos y en madres, y no en el ruido que haría su cráneo al estrellarse contra la acera si se caía.

—Madres —susurró para sí—. Salir a la caza de la madre merece la pena.

Se agachó y entró por la ventana. La sala del archivo estaba helada y oscura. Le pareció enigmática y suspicaz. Entonces le preguntó a Matteo:

—¿Vas a entrar?

—*Non.* Yo nunca entro en ningún sitio. —Pateó el revestimiento de la

pared con los pies—. Estoy bien aquí.

Sophie se sacó la vela del bolsillo y encendió una cerilla.

—Vale. —Se cubrió la mano con el jersey para que la cera no le goteara en los dedos—. ¿Por dónde empiezo? —Escudriñó las etiquetas de los armarios—. ¡Matteo, están en francés!

—Pues claro que están en francés. Léemelas.

—En ésta pone *meurtre*.

—Eso significa asesinatos.

—*Incendiaire*?

—Bombas incendiarias. No creo que sea ése.

Sophie fue hasta el fondo de la sala.

—*Assurance*?

—Eso significa seguros. Prueba con ése.

Sophie tiró de la puerta del armario.

—Está cerrado.

No se podía creer que hubiera olvidado eso. Pero el rostro de Matteo, enmarcado por la ventana, reflejaba excitación.

—Por supuesto que está cerrado. ¿Tienes una horquilla?

—Sí.

—Bien. Entonces...

—Espera un momento.

Sophie buscó a tientas la horquilla con la que se sujetaba el pelo. Le temblaban los dedos y, por algún motivo, los tenía más hinchados que de costumbre.

—Vale —dijo Matteo—. *Bon*. Ahora tienes que concentrarte. Para abrir una cerradura hay que hundir los cinco pernos que tiene dentro.

—¿Hundir?

No quería ni pensar en esa palabra. En ese momento no quería detenerse en nada que tuviera que ver con naufragios.

—*Oui*, hundir, aplastar. ¡Ah! *Ach...* Qué raros son los verbos en tu idioma. Las cerraduras tienen cinco pernos, *oui*? Y la llave mueve los pernos y abre la cerradura. ¿Dónde está la cerilla que has utilizado? ¿La has tirado al suelo?

—No. Está aquí.

—Pues mete la cerilla en la base de la cerradura... Justo así, sí, y presionas un poco, a la izquierda o a la derecha.

Sophie se chupó los dedos para relajarlos y metió la cerilla en la parte más

ancha de la cerradura.

—¿Hacia qué lado? —susurró—. ¿Hacia la izquierda o hacia la derecha?

—Lo notarás. Es como el agua. Tiene una corriente. Una de las dos direcciones es como nadar a contracorriente.

Sophie movió la cerilla. No notaba nada.

Matteo dijo:

—¡Para! Te estás esforzando demasiado.

Es una de las cosas más molestas que se le pueden decir a alguien. Sophie lo fulminó con la mirada, con la lengua asomada todavía entre los dientes.

—Eso no me ayuda mucho, Matteo.

—Me refiero a que la estás presionando. Le estás clavando la cerilla como si fuera una salchicha. Imagínate que está viva.

—Pero no lo está.

—¿Cómo lo sabes? Imagínatelo.

Y era verdad. Cuando empujaba hacia la derecha, el mecanismo seguía duro, pero cuando presionó hacia la izquierda, la cerradura cedió un poco. Fue suave como un susurro, y Sophie repitió el movimiento varias veces hasta que estuvo segura.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Sostenla así. No debes moverla ni un milímetro.

—Bien. —Sophie se cambió de postura para poder sostener la cerilla con la mano izquierda—. ¿Y ahora?

—Ahora metes la horquilla hasta el fondo de la cerradura. —La observaba con atención, entornando los ojos en la oscuridad—. Y empiezas con el quinto perno. Tienes que deslizar la horquilla por debajo y empujarlo hacia arriba hasta que se fije.

—¿A qué te refieres cuando dices «que se fije»?

Tenía las manos húmedas del sudor. Se lamió las palmas y se las secó en el jersey.

—No sé cómo explicarlo —dijo él—. Es fácil. Sólo tienes que...

—¿No puedes entrar y hacerlo tú?

—*Non*. Pero tienes que mover el perno hasta que lo notes... más sólido. Sencillamente, lo notas. A veces se oye un clic. Pero si la cerradura está engrasada suena muy flojo. Como una hormiga tosiendo. —Tenía la boca ligeramente abierta, como si estuviera escuchando música—. Y me parece que esa cerradura está engrasada.



—¿Y luego?

—Luego haces lo mismo con el cuarto perno y con el tercero. Y luego con el...

—Segundo, sí, ya lo entiendo.

—¿Notas cómo se fija?

Al principio Sophie no notaba nada. Movía la horquilla de arriba abajo y se ponía cada vez más furiosa. Y entonces, de repente, lo notó. El perno se desplazó con mucha suavidad, pero de pronto estaba más duro. Ya no se bamboleaba.

—Creo que ya está. ¿Y ahora?

—Bien. El primero es el más difícil. Ahora tienes que tirar de la horquilla, menos de un milímetro, y mover el siguiente perno.

Sophie contuvo la respiración y tiró de la horquilla apenas una pizca. Hizo pequeños movimientos con ella y fue escarbando para insertarla debajo del perno. Cuando le cogió el tranquillo le empezó a resultar más fácil.

—El tercero —anunció—. Segundo. —El último perno fue el más difícil—. ¡Creo que ya está!

Si hubiera esperado que la felicitara, se habría llevado un chasco. Matteo asintió con sequedad.

—Bien —dijo—. Ahora continúa sosteniendo la horquilla. Te tiemblan las manos, tienes que conseguir que dejen de hacerlo. Y luego desplaza la cerilla hacia la izquierda.

La cerradura se abrió con un clic. Sophie sacó el archivador, lo llevó hasta la ventana y examinaron los papeles juntos. A Sophie le temblaban los dedos. Había tan poca luz que no podía estar segura, pero le pareció que a Matteo también.

—Aquí no hay nada sobre el *Queen Mary* —dijo Sophie—. Todo es sobre los dos últimos años.

—No te preocupes —la tranquilizó Matteo—. Tenemos tiempo.

—Pero ¡si en esta habitación hay miles de archivadores!

—Tenemos tiempo —repitió él—. Tranquilízate.

Le habló con más delicadeza de la habitual.

—Quizá debería probar con los archivadores antiguos —sugirió Sophie—. Los verdes. Parecen oxidados. Parecen menos honestos.

Matteo asintió.

—Pero primero vuelve a dejar éste en su sitio. Nadie puede saber que has

estado aquí.

Sophie le leyó las etiquetas. Carteristas, incendios en teatros, vagabundos. Pero no vio nada que sonara esperanzador.

—*Divers* —dijo Matteo—. ¿Qué significa eso?

—Significa «revoltijo». Mis... miscelánea, ¿sabes? Prueba con ése.

La cerradura era más grande y a Sophie no le costó tanto encontrar los pernos. Su horquilla y ella tardaron menos de cinco minutos en abrirla.

Las carpetas que había dentro eran abultadas, y las fechas de las cubiertas se remontaban veinte años atrás. Emocionada, Sophie buscó el año correcto. Se estremeció de pies a cabeza y le ardía todo el cuerpo.

*Queen Mary, paquebot Anglais.*

—¿Qué significa *paquebot*? —preguntó.

—Creo que es un barco grande.

La carpeta era de cartón jaspeado. Sophie corrió con ella hasta el alféizar y le pasó la vela a Matteo. Había unas dos docenas de hojas en total. Las dividió en dos montones y le dio la mitad a él.

—No dejes que se vayan volando —le dijo.

Sophie hojeó los documentos lo más rápido que pudo. Había listas de nombres mecanografiadas y cartas escritas a mano. Encontraron fotografías de los camareros, que miraban a la cámara sin sonreír, con las servilletas sobre el brazo y con sus nombres y direcciones escritos al dorso de la foto.

—¡Ja! —gritó Matteo—. Me parece que ésta es la lista de pasajeros.

Sophie le quitó el papel. Debajo de la letra «M» leyó «Maxim, Charles». Pero no encontró nada bajo la letra «V»; ninguna Vivienne Vert. Deslizó un dedo tembloroso por la lista del personal, pero con el mismo resultado. Ninguna Vivienne.

—¡Mira! —dijo Matteo. Sostenía una fotografía—. ¡Sophie! ¡La orquesta! ¿Está aquí?

—¡Déjame ver! —Por poco se la arranca de los dedos—. Pero... —balbució—. Son... son todo hombres. —De pronto la oscuridad de la habitación era espantosa—. El chelista es un hombre.

—Oh —exclamó Matteo. Se le borró la sonrisa—. Oh, *Dieu*.

Sophie le dio la vuelta a la fotografía.

—Aquí pone que el chelista se llama George Greene, rue de l'Espoir, número 12, apartamento G.

Era joven y apuesto, y miraba al mundo como si estuviera a punto de

sonreír. A Sophie le habría dado igual que hubiera sido tuerto y barrigón. Se lamió una lágrima de la nariz. No se había dado cuenta de que estaba llorando.

—Es un hombre —repitió.

—Pero es muy raro. Porque George Greene se parece mucho a ti —afirmó una voz.

Sophie por poco se cae del alféizar de la ventana. Una sombra los observaba a ambos colgada de la tubería del desagüe.

—Moveos, por favor —dijo Safi—. Quiero sentarme.

Sophie se volvió a meter en la sala del archivo para hacerle un hueco a Safi. Agarró a la niña de la muñeca.

—Yo no lo veo. ¡No es verdad! ¿O sí?

—Tiene tus ojos —señaló Safi. Tenía la voz más profunda que Anastasia, y sonaba más francesa—. La gente no suele verse los ojos, por eso no te das cuenta. —Se volvió hacia Matteo—. Pero me sorprende que tú no te hayas dado cuenta. Hablas mucho sobre sus ojos. ¿Crees que podría ser su padre?

Matteo se sonrojó, pero Sophie estaba distraída mirando la fotografía. La levantó hacia la luna.

—Dios mío —susurró.

Un hormigueo nació en el cuello de Sophie y se deslizó por su espalda. Dijo:

—Lleva una blusa de mujer.

—¿Qué? —preguntó Matteo.

Sophie dijo:

—Las blusas de mujer se abrochan de derecha a izquierda.

—¿Qué? —repitió Matteo—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Los botones son importantes —explicó Sophie—. Matteo, es una blusa de mujer. ¿Por qué iba a llevar un hombre una blusa de mujer?

—Y mira los zapatos —intervino Safi—. Sólo las mujeres se cruzan así los cordones de los zapatos. ¡Mira!

Sophie lo vio. Y también vio que los pantalones que llevaba eran negros y tenían las rodillas desgastadas.

—¡Y mirad su bigote! —exclamó Sophie.

Matteo y Safi miraron.

—¿Qué le pasa?

—Es demasiado corto. Tendría que llegarle por encima del labio, ¿no?

Mirad los bigotes de los demás hombres. ¡Son enormes! Sin embargo éste sólo tiene el vello propio de las mujeres, pero sombreado.

Safi cogió la fotografía.

—Creo que no es un hombre —dijo—. Sólo es una mujer muy lista. — Observó de nuevo la fotografía y luego alargó el brazo hacia Sophie y le apartó el pelo de la cara—. Se parece a ti.

Sophie todavía estaba embobada mirando a Matteo, a Safi y la fotografía, cuando se oyó una pelea, un golpe y una voz que gritaba por encima de sus cabezas.

—Sophie, ¿estás ahí abajo?

—¿Quién es? —preguntó Safi.

Matteo dijo:

—¡La policía! ¡Corred!

Pero Sophie los cogió de la muñeca.

—¡Esperad! Creo que es...

—¿Te importaría subir? —preguntó la voz—. No tengo ninguna duda de que no es intencionado, pero me estás dando un susto de muerte, metafóricamente hablando, claro. Vuelve, por favor.

Era Charles.

Los tres subieron por el desagüe. Matteo limpió la mancha de sangre del alféizar con el codo y cerró la ventana. Sophie llevaba la fotografía entre los dientes.

Charles estaba apoyado en la caperuza de la chimenea y Gérard y Anastasia lo vigilaban con recelo. Llevaba el chelo de Sophie en una mano y el paraguas bajo el brazo.

—Esta jovencita ha intentado matarme —dijo, señalando a Anastasia—, hasta que le he explicado que era tu tutor. Este joven la ha persuadido de que soy inofensivo. Creo que tu chelo lo ha convencido.

—¿Has traído mi chelo? —Sophie se lo quedó mirando sorprendida—. ¿Por los tejados? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Me lo he atado a la espalda. —Miró el chelo con aire pensativo—. He pensado que podrías necesitarlo si descubrías algo... algo gris. —Se puso en cuclillas y la miró a los ojos—. Pero por tu mirada ya veo que no es el caso.

—Tengo una dirección —anunció Sophie. Seguía temblando de pies a cabeza—. Podría ser ella. No lo sé.

Matteo le cogió la foto.

—Rue de l'Espoir. Eso es territorio *garier*, cerca de la iglesia de Saint-Vincent-de-Paul. Queda al este de donde estuvimos ayer por la noche.

Los otros tres asintieron.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sophie.

Gérard se encogió de hombros.

—Los tejabundos tenemos mapas en la cabeza.

Anastasia dijo:

—Se enfadarán, Sophie. Los *gariers*. Rue de l'Espoir... eso es como ir a su puerta a cantar villancicos.

—No me importa —replicó ella.

—No lo entiendes —insistió Anastasia—. Rue de l'Espoir es su cuartel general. Y ellos van armados con cuchillos.

—Si quieres puedes quedarte aquí. Yo voy a ir.

Matteo dijo:

—Sophie, nosotros nunca vamos a...

—No me importa —repitió ella.

Y hablaba en serio. Nunca había tenido menos miedo. Pensó que tal vez fuera cosa del amor. El amor no existe para que nos sintamos especiales. Existe para darnos valentía. Sophie pensó que era como encontrar un kit de supervivencia en el desierto, o una caja de cerillas en un bosque oscuro. «Amor y valor», pensó: dos palabras para un mismo concepto. Quizá ni siquiera necesitaras que la persona amada estuviese contigo. Sólo que estuviera viva en alguna parte. Eso era lo que había sido siempre su madre. Un lugar donde dejar su corazón. Una parada para recuperar el aliento. Un conjunto de estrellas y mapas.

Charles había guardado un silencio respetuoso mientras los niños hablaban. Ahora dijo:

—Si vamos a ir a alguna parte, Sophie, tú y yo deberíamos ir por la calle. No quiero estrellar tu chelo por accidente contra la caperuza de alguna chimenea.

—No —contestó ella—. Yo me quedo aquí arriba.

—¿Por qué? —preguntó Matteo.

Estaba pateando una teja. Tenía una expresión muy tensa.

—La policía. Si me cogieran ahora... —Sophie no acabó la frase. En cambio, dijo—: Charles, me reuniré allí contigo; ¿te parece bien?

—Pues no —respondió Charles—. No me parece nada bien.

Sophie levantó la cabeza para mirarlo.

—Por favor —dijo. La niña observó sus piernas largas, su figura estilizada y la bondad de sus ojos—. Te prometo que no me pasará nada. Fuiste tú quien me dijo que hiciera cosas extraordinarias. Y esto cuenta como algo extraordinario.

Charles suspiró.

—Es posible que no sea del todo mentira. —Intentó alzar las cejas, pero sólo le temblaron y se le desplomaron—. No sé lo que diría la señorita Eliot, pero sí, es verdad. —Esbozó una sonrisa tensa—. Entonces supongo que nos veremos en rue de l'Espoir. Si no estás allí dentro de una hora... No sé lo que haré. Ten cuidado.

Se cargó el chelo a la espalda y se volvió hacia el desagüe.

—Si vas a ir —dijo Matteo—, nos necesitarás. Tú no conoces el camino.

—Ya lo sé —respondió Sophie—. Sí. Gracias.

—*Mais, non!* —exclamó Anastasia—. Rue de l'Espoir...

Y le soltó una iracunda ráfaga de francés a Matteo.

Sophie enderezó la espalda. No se había dado cuenta de lo mucho que se encorvaba. Cuando se ponía bien derecha era más alta que Anastasia, y casi tanto como Matteo. Alzó las cejas, y Anastasia y Matteo se callaron.

—No tenéis por qué venir —dijo—. Pero si venís, vámonos ya.

Hacía ya veinte minutos que habían cruzado el río cuando a Matteo se le empezó a tensar la espalda. Iban en fila de uno por el tejado de un hospital, con Gérard a la cola, canturreando por lo bajo. Avanzaban más despacio y con más cuidado que de costumbre. Sophie y Matteo lideraban el grupo, y la niña vio cómo a él se le erizaba el vello de la nuca.

—Han estado aquí —dijo Matteo—. ¿Hueles eso? Es tabaco.

—Mucha gente fuma —razonó Sophie.

—Pero ellos se fuman las colillas de otras personas. Es un olor a quemado.

—Yo no huelo nada. Para mí sólo huele a chimenea. Anastasia, ¿tú hue...?

Sophie se dio la vuelta. Anastasia estaba en la otra punta del tejado, pálida a causa del pánico. La habían rodeado.

Los chicos habían aparecido en completo silencio, trepando por las paredes y saltando desde el edificio contiguo. Eran altos y extremadamente pálidos. Sus expresiones eran arrogantes y corrosivas como el ácido. Eran seis; cuatro de ellos habían rodeado a Gérard. Nadie se movía.

Matteo retrocedió hacia Sophie. El sudor le había pegado el pelo a la cara. Se agachó y rompió un pedazo de pizarra del tejado.

—Están enfadados —dijo—. Esto ha sido muy mala idea.

Nadie se reía, no había burlas. Los *gariers* llevaban tuberías, pedazos astillados de hierro. Sophie pensó que parecían una manada de lobos.

—¿Dónde está Safi? —susurró.

Matteo negó con la cabeza.

—*Je ne sais pas* —dijo. Empujó a Sophie hasta colocarla detrás de la salida de una chimenea—. Quédate aquí —le ordenó—. No te muevas o te mataré después, *d'accord*? Y si aparece Safi, retenla si es necesario. ¿Me has entendido? No la dejes pelear.

Matteo se sacó un hueso de paloma del bolsillo y lo partió por la mitad. El extremo roto tenía la punta astillada como el cristal. Le dio la mitad a Sophie.



—Si vienen a por ti, clávaselo en los ojos.

Matteo se pasó al francés: gritó algo descarnado y amargo a la noche y luego se abalanzó sobre los *gariers*.

La luna se había escondido y la noche era oscura, pero los ojos de Sophie se habían acostumbrado. Vio que Anastasia seguía a Matteo con la vista y gritaba. Dio la sensación de que crecía. Uno de los *gariers* se había dado la vuelta para recibir a Matteo y Anastasia se lanzó sobre otro. La forma de defenderse de la chica no era precisamente delicada. Le atacó el cuello y el pecho con las uñas y los dientes. Lo que más aterrorizaba a Sophie era el poco ruido que hacían. Peleaban entre rugidos y escupitajos. Matteo vio la pelea de Anastasia y cogió la caperuza de una chimenea del tejado y la lanzó a la cabeza del chico que estaba luchando con ella.

—Siempre es bueno saber cuáles son las que están sueltas —jadeó—. Gérard, ¡ayúdame!

Fue entonces cuando Sophie comprendió por qué habían dicho que Gérard era un guerrero. Sus piernas, que tan raras le habían parecido en Notre Dame, eran fuertes y peligrosas. Alcanzó a dos chicos en los ojos y les cortó la cara con un pedazo de sílex que sujetaba entre los dedos de los pies. Pero cuatro contra uno es mucha diferencia y empezó a jadear mientras se agarraba el brazo izquierdo.

—¡Matteo! —gritó.

Matteo peleaba como un gato. Se desplazaba de delante hacia atrás como una flecha, apuntando su fragmento de hueso y los puños contra los ojos, las orejas y los labios de los chicos. Matteo y Gérard habrían ganado en cualquier patio de recreo y contra cualquiera, pero los *gariers* no eran chicos. Eran tejabundos, y despiadados. Gérard resbaló y se golpeó la cabeza contra el tejado. Uno de los chicos hizo ademán de darle una patada en la cara.

Sophie buscó un arma. No sabía si pelear sería difícil, pero quedarse allí agachada era imposible. Se levantó de un salto y se lanzó de cabeza contra el chico. Éste gritó y se tambaleó, pero se levantó antes de que ella se hubiera quitado el polvo y el pelo de los ojos. Se le echó encima y Sophie le dio un rodillazo en la entrepierna. El chico rugió y se desplomó.

Sophie se retiró corriendo y volvió a agacharse detrás de la caperuza de la chimenea. Mientras observaba, el más alto se sacó un cuchillo del cinturón, una puntilla con mango de madera. Ella utilizaba uno igual que ése en casa para pelar patatas. El chico se dirigió a Anastasia. A Sophie se le escapó un

sonido que estaba entre el grito y el rugido. Arrancó una pizarra del tejado y se la lanzó al chico. Lo alcanzó en los nudillos y el chaval maldijo y soltó el arma. Anastasia cogió entonces el cuchillo y lo tiró por una chimenea.

El chico corrió hacia Sophie, que jadeó e intentó darle un puñetazo, pero golpeó el vacío. Su contrincante le espetó algo en francés y ella esquivó su puño.

—Ha dicho que tienes que golpear con ganas —dijo una voz.

Sophie se dio la vuelta, pero ya sabía que no era Matteo. La palma que se le posó en el hombro la apartó de en medio y el puño de Safi impactó contra el puente de la nariz del chico. La sangre salpicó el tejado.

—Si no puedes golpearle, dale una patada —dijo la chica. Su voz sonaba dulce, pero la expresión de su rostro no lo era en absoluto—. Las patadas son menos personales. —Levantó una rodilla con decisión y aplastó la base de la mano contra el ojo del chico—. Lo tienes que hacer con ganas.

El chico rodó por el suelo jadeando y Safi saltó por encima de él.

—¿Dónde está Stasia? —preguntó.

—Estoy aquí. —Anastasia se acercó a ellas a gatas—. ¡Sophie! ¡A tu izquierda!

Bajo presión, a Sophie siempre le había costado distinguir la izquierda de la derecha. Por suerte, a Anastasia también. Sophie tenía todo el pelo por la cara y la boca, de modo que lanzó una patada a ciegas hacia la derecha y notó que su pie impactaba con una espinilla. Mientras el chico se caía, Safi le dio un codazo en la cara.

Ya sólo quedaba un *garier* en pie, al que Matteo estaba alejando de Gérard, que tosía encorvado sobre las tejas. Matteo estaba pálido y llevaba un fragmento de hueso en cada mano, pero el otro tenía un trozo de tubería y lo estaba haciendo retroceder hacia el borde del tejado.

Safi se sacó una piedra del bolsillo, entornó los ojos en la oscuridad y la lanzó. Alcanzó al chico en la sien. El *garier* gritó y se dio la vuelta.

Vio a las tres chicas de pie, aguardando sin un parpadeo en medio de la noche. A sus pies yacían dos chicos inconscientes.

Sophie susurró:

—No te metas con una cazadora de madres. No te metas con los tejabundos. —Y prosiguió—: No subestimes a los chicos. No subestimes a las chicas.

El *garier* saltó hasta el tejado contiguo, se dio la vuelta, escupió y

desapareció en la oscuridad.

—Vamos —le dijo Matteo a Sophie. Estaba de pie detrás de ella—. Rápido. No quiero estar aquí cuando se despierten.

—¿Estás seguro? Podéis volver si queréis. Yo puedo seguir sola. —De repente, las dos hermanas parecían muy frágiles a la luz de la luna. Parecían muñecas de porcelana—. ¿Estaréis a salvo?

Pero las muñecas de porcelana no se sonaban la nariz en el pelo. En cambio, Anastasia lo hizo y sonrió.

—Vámonos antes de que empiece a clarear. No nos pasará nada, Sophie. Somos tejabundas.

Rue de l'Espoir estaba desierta. Charles aguardaba zapateando delante del bloque de apartamentos. Sophie se inclinó por el borde del edificio y le silbó.

—Has tardado más de lo que esperaba —dijo.

Entonces vio la sangre en la sien de Gérard y en las manos de Matteo. No dijo nada; se limitó a ceñirse bien el chelo a la espalda y trepó por el desagüe para reunirse con ellos.

Los seis se sentaron bajo las estrellas. Hacía una noche bonita, pero demasiado silenciosa. No había ni un solo gato, no se veían borrachos ni basura. Sophie miró la calle.

—¿Dónde está todo el mundo?

—En este barrio hubo cólera; tres veces en cuatro años —explicó Gérard.

Anastasia añadió:

—Por eso les gusta a los *gariers*. Nadie quiere vivir aquí. La gente cree que hay una maldición.

Matteo resopló.

—La gente es imbécil. ¿Nos colamos en el bloque de apartamentos?

—No —indicó Sophie—. La llamaremos. —Sophie ahuecó las manos para llevárselas a la boca y a continuación vaciló. ¿Qué debía decir?—. *Maman?! —gritó—. ¿Mamá?*

Matteo negó con la cabeza.

—La mitad de las mujeres de París se llaman *maman*.

—¿*Vivienne?! —gritó Sophie—. Probémoslo todos juntos. A la de tres. Una, dos, tres.*

Los seis vocearon: «¿*Vivienne!*»

No hubo respuesta ni se oyó ningún sonido, aparte del latido de hojalata del corazón de Sophie.

Charles le dio el chelo.

—Toma. Toca el *Réquiem*.

—¿Por qué? Charles, no puedo hacerlo.

Se sentía incómoda. Se sorprendió al ver que los demás tejabundos estaban asintiendo.

—Toca —dijo Safi.

—Pero ¿para qué?

—A veces la música funciona igual que la magia —contestó Anastasia.

Matteo asintió.

—Hay que ser idiota para no saberlo. Toca.

Sophie nunca había estado tan nerviosa. El corazón le había emigrado al estómago y cuando posó los dedos sobre las cuerdas se los notó como hinchados. Le temblaban.

«Toca —se dijo—. Recuerda cómo suena cuando sueñas.»

Las primeras notas sonaron planas y Gérard esbozó una mueca. Charles no pareció darse cuenta.

—¡Sí! —dijo—. ¡Más rápido, Sophie!

Ella escupió en el suelo y enderezó la espalda. Tocó más deprisa.

—¡Más fuerte! —dijo Matteo.

Anastasia pateaba y giraba sobre sí misma.

—¡Más rápido! —gritó.

Sophie no los escuchaba. Seguía tocando e intentaba mover más rápido los dedos.

«Venga —pensó—. Por favor.»

Cuando le empezó a doler demasiado el brazo como para seguir flexionándolo, se detuvo. Matteo daba palmas. Charles silbaba. Safi y Anastasia coreaban. Las estrellas dejaron de girar.

Y, sin embargo, la música continuó sonando.

—¿Eso... eso es un eco? —Sophie volvió la cabeza buscando a Charles—. ¿Es un eco? —Su propia voz le hacía daño en los oídos—. ¡No lo oigo! —gritó—. ¿Se ha parado?

No había parado. Sólo sonaba más flojo.

—Yo nunca he oído un eco que sonara así —aseguró Charles—. Los ecos no cambian de tonalidad.

Fue Matteo quien los sacó de la conmoción. Empujó a Sophie por la espalda. Casi se le cayó el chelo.

—¡Ve! ¡Ahora! *Vite! Mon Dieu*, ¿estás sorda? ¡Ve!

—¿De dónde viene? —preguntó ella—. ¿De dónde? Rápido.

—Procede del noroeste —dijo Anastasia. Y echó a correr tirando de Sophie—. Ve primero hacia el oeste.

—¡¿Por dónde se va al oeste?! —gritó ella—. ¿Izquierda o derecha?

—¡Izquierda! —dijo Safi—. Allí, el tejado de la veleta negra. Luego están los servicios públicos y después tendrás que saltar.

Sophie se dio la vuelta y se marchó corriendo; Charles salió de estampida detrás de ella. Las tejas crujían por debajo de los pies de Sophie. Los pasos de los demás se apagaron.

—¡Sophie! —gritó Matteo—. ¡Vas demasiado deprisa!

Ella no pensaba que estuviera yendo demasiado deprisa. Al contrario, no corría lo suficiente, y la música se iba apagando como si estuviera a punto de acabar. Saltó el medio metro que la separaba de los servicios públicos; luego se encontró con toda una calle de tejados inclinados y corrió sin molestarse en ralentizar la marcha. Si hubiera habido alguien mirando hacia arriba, habría visto una mancha oscura de pies ligeros.

—¡Sophie! ¡Para!

Sophie se detuvo en seco. Había una callejuela entre su tejado y el siguiente. Éste era plano, pero la separación era el doble de larga que su cuerpo. Sería un tremendo anticlímax morir en ese momento.

Se detuvo, atragantándose con su propio aliento. Intentó prepararse para saltar, pero sus piernas se negaban a flexionarse.

—No puedo —susurró.

—Claro que puedes. —Charles estaba justo detrás de ella—. Yo te lanzaré. Hazte un ovillo.

Sophie no le entendía.

—¿Qué?

—¡En cuclillas!

Parecía un sargento mayor. Sophie se puso en cuclillas.

Charles le dijo:

—Intenta aterrizar sobre los pies y las manos, no sobre las rodillas. Las rodillas son quebradizas. Sobre las rodillas no; ¿lo entiendes, Sophie?

Ella asintió.

—¡Rápido!

La música se estaba apagando.

—A la de tres, Sophie. Una, dos... —Charles la cogió en brazos y la balanceó hacia atrás—. Tres.

Sophie no sabía que Charles fuera tan fuerte, siempre había sido alto y delgaducho; pero la levantó con facilidad y notó el viento en la cara. Aterrizó en el tejado siguiente con un ruido sordo y notó cómo se le saltaba la piel de las manos.

Se oyó otro grito de «¡Tres!» y un ruido seco. Matteo aterrizó junto a ella.

—¡Tú! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Me han dado ganas de alcanzarte —dijo él—. No quería perdérmelo.

Entonces Charles saltó también, con las piernas estiradas, recortadas por la luz de la farola. Aterrizó sobre una rodilla en una postura extraña y luego se limpió el polvo de las cejas. Habló con voz ronca.

—Te sugiero, Sophie, que no les menciones esto a las autoridades de educación. Me parece que no les hace ninguna gracia que se lancen niños de un tejado a otro.

Sophie se lo quedó mirando.

—¡Ve! —le gritó él.

Sophie siguió corriendo. Por momentos, los jadeos enmascaraban la música y ella interpretaba que había parado, pero seguía sonando, y cada vez más rápido, incluso cuando eso parecía imposible.

Matteo cojeaba del pie izquierdo y Sophie oía sus gruñidos de dolor, pero

tenía una expresión relajada.

Entonces Sophie oyó jadear a Matteo y se volvió justo a tiempo de ver cómo le cedían las piernas. Charles estaba más cerca. Alargó el paraguas hacia Matteo en el preciso momento en que el chico resbalaba, pero pudo cogerse a tiempo a la empuñadura ganchuda.

—Agárrate fuerte —dijo Charles.

Tiró de él empleando una mano tras otra, hasta llevarlo de nuevo a lo alto de la pendiente.

—Pesas-más-de-lo-que-parece —masculló Charles.

Matteo trepó por encima de él y se puso en pie. Charles debió de advertir lo pálido que estaba el chico, porque sonrió a pesar del esfuerzo.

—Un inglés sin paraguas no es ni medio hombre —declaró.

Al levantarse, Matteo provocó que una teja se desprendiera bajo sus pies y se estrellara en la calle. Alguien gritó y señaló desde abajo. Charles dijo:

—Me parece que no estaría de más que nos diéramos prisa.

Sophie echó a correr.

La música no era tan fácil de seguir como ella imaginaba; pero ¿era posible que se estuviera oyendo más fuerte? Procedía de algún lugar cercano. Era muy bonita.

Entonces una voz que cantaba en francés se unió a la melodía. Sophie se dijo que las estrellas sólo cantaban en los poemas malos, porque si no habría asegurado que en ese caso estaban cantando.

Subió gateando la cubierta de un tejado inclinado y se detuvo.

En el tejado opuesto, a un solo salto de distancia, había una mujer. Estaba sentada de espaldas a Sophie, encima de una caja puesta del revés, y sostenía la oscura curva de un chelo contra su cuerpo.

Incluso en la oscuridad, Sophie pudo ver que la mujer tenía el pelo del color de los relámpagos.



Sophie notó cómo se le encogía el corazón.

—¡Charles! —gritó. Habló con una voz quebrada que no reconocía. Parecía hambrienta—. ¡Charles! ¿Es ella? ¿Lo es?

«¿Y si no es ella? —pensó, y se le revolvió el estómago—. ¿Y si lo es?»

—Adelante, Sophie. —Charles la empujó con suavidad—. Ten cuidado. Ojo con el salto. Nosotros te esperaremos aquí.

Sophie saltó. Su rodilla izquierda impactó contra las tejas cuando aterrizó y un hilillo de sangre le resbaló hasta el tobillo. No le prestó atención.

Se dio cuenta de que no había pensado en qué le diría. En su imaginación nunca había ido más lejos de aquel momento, pero tendría que decir algo. ¿Qué se decía en una situación así? «¿Buenas noches?» «¿Te quiero?» «¿Hace un tiempo estupendo?»

No tendría que haberse preocupado por eso. Había vivido tantos años con Charles que, casi sin pensar, con la cortesía de un gato, se puso derecha como una veleta y entonces se acercó a la espalda de la mujer que tocaba el chelo.

—¿Disculpe? —dijo Sophie.

La música continuó. Ella se acercó un paso más y posó un dedo tembloroso en el brazo de la mujer.

—¿Disculpe? —repitió Sophie—. ¿Disculpe? *Bonsoir*? Disculpe.

La música cesó. La mujer se dio la vuelta.

Sophie dijo:

—Hola. —Tragó saliva—. Estoy... estoy cazando. Estoy cazando madres. Y me parece que usted podría ser lo que estaba buscando.

La luna brillaba sobre sus cabezas. Los ojos, la nariz y los labios de la mujer eran los ojos, la nariz y los labios de Sophie. Olía a resina y a rosas. Sophie pensó que tenía la clase de cara que parecía haber dado la vuelta al mundo dos docenas de veces. Tenía los ojos de un color que nadie espera ver si no es en un sueño.

Charles observaba desde el tejado opuesto. Vio gritar a la mujer y luego

inclinarse y mirar a Sophie fijamente. Vio cómo le besaba las orejas, los ojos y la frente y luego cómo mecía a la niña entre sus brazos y cómo giraban juntas una y otra vez, hasta que dejaron de parecer dos desconocidas y se convirtieron en un único cuerpo sonriente.

Charles se sentó en cuclillas, apoyado en las caperuzas de las chimeneas.

—Siéntate, Matteo.

Dio una palmada en el tejado, a su lado, y buscó su pipa en el bolsillo. Trató de encenderla dos veces; la primera cerilla la apagaron las lágrimas que le resbalaban inexplicablemente por la nariz.

—Ven, siéntate aquí, a mi lado. Dale una calada a la pipa. ¿No? Vamos a dejarlas solas un rato.

Charles sabía que la música debía de haber cesado, porque el chelo estaba sobre las tejas, olvidado; pero parecía que siguiera sonando música en alguna parte, cada vez más deprisa, acelerada.

*Sophie en los cielos de París*  
Katherine Rundell

ISBN edición en papel: 978-84-9838-802-2  
ISBN libro electrónico: 978-84-15631-86-6  
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo 2017

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Rooftoppers*  
Traducción del inglés: Laura Fernández Nogales

Ilustración de la cubierta: [antigonek.com](http://antigonek.com)

Copyright © Katherine Rundell, 2013  
Publicado por primera vez en lengua inglesa por Faber and Faber en 2013  
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.  
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99  
[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)